

DANIEL SALDAÑA PARÍS

---

*Aviones  
sobrevolando  
un monstruo*



---

**ANAGRAMA**  
Narrativas hispánicas

## Índice

Portada  
Nota preliminar  
Aviones sobrevolando un monstruo  
Malcolm Lowry en el supermercado  
Regresar a la habana  
Un invierno bajo tierra  
Apuntes para la fetichización del silencio  
La orgía nefasta  
Peregrinaje y arquitectura  
Los animales prostéticos  
Historia secreta de mi biblioteca  
Agradecimientos  
Notas  
Créditos

Aviones sobrevolando un monstruo

## NOTA PRELIMINAR

Hace muchos años leí, en un libro de ensayos del poeta Robert Creeley, una pregunta que nunca he logrado sacudirme: «¿Puede uno *derretirse* autobiográficamente?» Este libro es, en parte, un intento de respuesta a esa pregunta.

A los diecinueve años, mientras estudiaba en Madrid la carrera de Filosofía, entré a trabajar como redactor a una revista literaria. Decir que entré a trabajar es, como casi todo en estas páginas, una exageración: durante un periodo de prueba no recibí ningún sueldo, pero me permitían errar entre las fotocopadoras y el garrafón de agua unas cuatro o cinco horas por día. A veces me confiaban un texto para corregir o traducir, o me ponían a capturar el aburridísimo índice anual de colaboradores.

Un día, no recuerdo ya si porque lo propuse o porque me lo propusieron, escribí una reseña de una exposición de arte contemporáneo. Era un texto torpe, escolar y poco informado, pero sin venir a cuento incluí la mención de una revista neosituacionista inexistente, que según mi artículo se había presentado por aquellas fechas en el madrileño barrio de Malasaña. En otras reseñas de aquella época, más adelante, difundí nuevos rumores sobre aquel exaltado grupúsculo *neositu* en el que, de manera difusa, estaba ya el germen de una novela que escribiría más tarde. Esa ficción mínima, escondida en un texto que se pretendía *non fiction*, es lo único que salvaba a ese primer artículo que firmé.

Como nadie en la revista tenía mucha idea de arte contemporáneo, y como supongo que tampoco tenían la paciencia para explicarme que mi texto era muy malo, me publicaron la reseña y hasta me pagaron por ella. Así empezó mi carrera de escritor a sueldo. Desde entonces he escrito y publicado muchos textos por encargo, a veces contra reloj, a veces con un tema asignado, a veces incluso como escritor fantasma, poniendo mi prosa pero no mi nombre.

Los textos aquí reunidos son producto de una labor análoga a la de aquella primera reseña. Algunos fueron escritos, en principio, para cumplir cierta comisión o ganar un monto más o menos irrisorio, pero en las múltiples reescrituras y rondas de correcciones cobraron otro sentido. Y, a pesar de su origen pedestre, quiero pensar que todos son fieles a un impulso personal; que todos guardan, entre líneas, ese oscuro corazón ficticio que, no tan paradójicamente, le confiere verdad a una escritura («Se miente más de la cuenta / por falta de fantasía: / también la verdad se inventa», dice Antonio Machado).

La aleatoriedad del freelanceo moderno impone a veces temas medio absurdos. Se me ha llegado a pedir que escriba sobre asuntos de los que no tenía la más pálida noción, pero una mezcla de cinismo y desempleo me ha empujado a tomar tales propuestas como retos, lanzándome a las bibliotecas públicas a investigar, en jornadas maratónicas, sobre la historia de la cetrería persa, las peregrinaciones budistas o el rosacrucianismo. Con todo, el azar objetivo me ha puesto una y otra vez ante temas que me son caros y sobre los que ya había pensado antes. El lector o la lectora de estas páginas encontrará, por ejemplo, una reaparición constante de la ciudad como superposición de capas narrativas, el sonido de los aviones, el ritual, la enfermedad y el dolor, las drogas. Uno tiene sus duendes, vaya, que lo persiguen de por vida aunque les aseste patadas.

De la Ciudad de México a Madrid, de Cuernavaca a Montreal y de allí a La Habana, este libro dibuja, además, un recorrido, o un derretimiento autobiográfico, por las ciudades que me han marcado.

«¡Horrible vida! ¡Horrible ciudad!», escribe Baudelaire en otro poema que releo mucho, de *El spleen de París* (una ciudad, quiero creer, menos horrible que Cuernavaca). Horrible oficio, añado aquí: solitario e incierto, sembrado de obstáculos reales e ilusorios, desesperante y mal pagado. Pero también oficio dulce, que me sosiega y me hace olvidarme de casi todo lo que en general me angustia. Pensar sobre la ciudad desde la que escribo, o sobre el cuerpo que teclea estas palabras, es siempre, invariablemente, pensar también el acto mismo de escribir, sus consecuencias. Por eso se cuelan, en estas páginas, algunas reflexiones sobre el oficio, horrible y luminoso, de poner una palabra delante de otra.

Me acerco a la ventanilla del avión casi hasta pegar mi cara contra ella. Sobrevolamos la ciudad. Juego a identificar los edificios: el World Trade Center, antes conocido como Hotel de México; la Torre Latinoamericana, a lo lejos, marcando el territorio del Centro Histórico; el *mall* de Reforma 222, por donde pasaba todos los días para ir a mi trabajo como editor hace unos años, antes de emigrar a Canadá.

No había estado en la Ciudad de México en los últimos doce meses y lo único que puedo pensar es que es horrible, y que la amo. Esta contradicción es perfectamente común y todos los chilangos la hemos sentido alguna vez cuando atisbamos el monstruo desde lejos. Pienso en todas las veces que he visto el infinito océano de calles, casas grises y avenidas sucias de la ciudad extenderse bajo mis pies desde un avión. Cada vez, al llegar a México, he experimentado esta misma mezcla de repulsión y encanto, este movimiento de atracción y rechazo.

Ese doble impulso lo sintió también Efraín Huerta, que en 1944 publicó su «Declaración de amor a la Ciudad de México» en el mismo libro en el que se incluía uno de los textos más hermosos y justos sobre el DF que se hayan escrito nunca: «Declaración de odio a la Ciudad de México». A veces leo ese poema en voz alta, exaltado, para recordar mi origen: «Te declaramos nuestro odio perfeccionado a fuerza de sentirte cada día más inmensa, / cada hora más blanda, cada línea más brusca.»

Hace diez años, exactamente, aterricé en el Aeropuerto Internacional Benito Juárez de la Ciudad de México al que ahora nos acercamos. En ese entonces volvía procedente de Madrid, después de pasar cuatro años viviendo en España. Yo era un joven poeta de veintiún años y tenía una beca del gobierno mexicano para escribir mi primer libro. Nunca había vivido como adulto en la ciudad, pero una incombustible altanería –característica de los poetas jóvenes– me hacía confiar ciegamente en el futuro.

Era octubre de 2006 y me instalé en un pequeño departamento de la colonia Roma, que en ese entonces no se había gentrificado hasta los ridículos niveles de hoy en día.

La vecindad en la que vivía, llena de plantas y de pericos enjaulados, tenía su entrada justo entre una sinagoga y un local de reparación de pianos –el *soundtrack* de mi vida durante esos años era una mezcla extraña de música judía y experimentos atonales, como una composición de John Zorn pero accidental y callejera–. Por una extraña peculiaridad arquitectónica, el breve pasillo que conectaba mi sala, mi cocina y mi cuarto estaba descubierto, sin techo, de modo que cuando llovía tenía que mojarme para pasar de un espacio a otro del departamento.

Tenía muy pocas pertenencias: una orquídea que me llevé de casa de mi madre, un puñado de libros de poesía y una cafetera italiana. Vivía a base de quesadillas, sexo y cerveza de lata. Me sentaba en una pequeña silla de madera en el pasillo sin techo y escribía poemas en una vieja laptop frente a mi orquídea. No conocía a nadie, nadie me conocía. El DF –que ahora ha dejado de llamarse «DF»– era una aglomeración de posibilidades.

Poco después, a través de la beca que tenía para escribir mi primer libro, conocí a otros

poetas. Bailé con ellos, me peleé con ellos, los amé, me emborraché con ellos, nos insultamos. Las cosas que hacen los poetas jóvenes de cualquier ciudad, y que paradójicamente los hacen sentirse únicos. Yo me sentía único, escuchando las notas imperfectas del afinador de pianos mientras bailaba en el pasillo descubierto de mi pequeño departamento, bajo mi lluvia de interior.

2

Hace ya dos semanas que estoy en la Ciudad de México, después de aquel aterrizaje en el Aeropuerto Internacional Benito Juárez –después de ese momento en que pensé, como Efraín Huerta, que amo y odio esta ciudad–. Dos semanas de salir todos los días, de volver en la madrugada, ebrio de luz eléctrica, y de intensidad y de smog y de tequila. Dos semanas de este paréntesis extraño que es mi visita al lugar donde nací, después de un año viviendo fuera.

Jorge, Benjamín y yo miramos el cielo, acostados en la azotea, mientras hablamos. La conversación se interrumpe de vez en cuando por el ruido de los aviones. La colonia Narvarte, en donde estamos, está en la ruta de aterrizaje del Aeropuerto Benito Juárez: cientos de vuelos comerciales, sobre todo a partir de las dos de la tarde, ejecutan una elegante curva sobre el techo de la casa de Benjamín antes de apuntar hacia alguna de las dos pistas de aterrizaje y despegue del vetusto aeropuerto. (Siempre me sorprendió que el nombre de esas pistas fuera 5L/23R y 5R/23L, como si no fuéramos capaces de reconocer que es un aeropuerto de dos pistas, y que bien podrían llamarse 1 y 2, respectivamente.)

Hace tres horas, Benjamín, Jorge y yo nos metimos media dosis de LSD cada quien. Ahora conversamos con cierto letargo, desde la lucidez alucinada de la droga, interrumpidos de vez en cuando por el ruido de las turbinas sobre nosotros. Es un domingo resplandeciente y lento. Deben ser las tres o las cuatro de la tarde.

Cada vez que el sonido de las turbinas de un avión corta el cielo a la mitad, Benjamín, Jorge y yo nos callamos para mirar y escuchar con todo el poder de nuestra atención. La aeronave asoma la nariz por el extremo izquierdo de nuestro campo de visión, que imagino corresponde al norte. Desde ahí se desliza suavemente hacia el extremo opuesto, como un cuchillo caliente que atraviesa un bloque de mantequilla. El ruido resuena unos segundos más, cuando el avión ya no es visible desde donde estamos tumbados. El LSD acentúa el efecto Doppler y sé que los tres –Benjamín, Jorge y yo– estamos pensando en eso mismo, en la forma en que el sonido de los aviones revela, de un modo casi científico, la curvatura del planeta y el tamaño exacto de la atmósfera sobre nosotros.

Hace poco más de un año, de un modo bastante imprevisto, fui el actor protagónico de una película filmada en la Ciudad de México, justo antes de irme a Canadá. Digo que fue imprevisto porque no soy actor y nunca antes había trabajado en cine. Pero acepté actuar en la película porque me pareció que sería una experiencia interesante –y necesitaba el dinero–. Cuatro días de rodaje, de los dos meses que duró el asunto, transcurrieron en la colonia Narvarte –a unas diez calles de la casa de Benjamín desde donde miro el cielo acostado en la azotea–. Durante la filmación, el paso de los aviones hizo tortuoso el trabajo del sonidista, que se perdía momentos importantes de un diálogo más bien improvisado e irrepitible. En vista de los problemas que eso

supondría para el proceso de edición, me acostumbré a callar cada vez que pasaba una aeronave. De un modo más o menos natural hacía una pausa en cuanto intuía el ronco sonido de las turbinas en lo alto, y luego continuaba el diálogo cuando el ruido era ya imperceptible. Así fue como el director acabó rodando tomas de hasta diecisiete minutos sin un solo corte, para gran irritación de buena parte del *crew* –acostumbrado a un estilo más conservador y expedito de trabajo–. Esa experiencia me volvió extremadamente sensible al paso de los aviones en la Ciudad de México, que antes había ignorado con relativo éxito durante treinta años. Desde entonces, no puedo tener una conversación en el DF sin hacer una pausa, aunque sea mínima, cuando pasa un avión.

3

No sé de dónde saqué la peregrina idea de que podía dedicarme a la escritura, pero es una idea conflictiva, por decir lo menos. Nadie puede dedicarse a la escritura en México. O bueno, quizás sí, pero son personas que no conozco y que, en última instancia, no tengo el más mínimo interés en conocer. Para vivir holgadamente como escritor en México uno tiene que opinar mucho sobre fútbol y política –en un sentido chato de la política, desde luego– y dar conferencias sobre temas diversos y salir en la tele. El resto de los escritores mexicanos nos dedicamos a mandar emails lastimeros pidiendo trabajo o solicitando becas, cuando no a trabajar jornadas infames en oficios afines.

No sabía nada de esto cuando llegué a vivir a la ciudad hace exactamente diez años, ansioso de plasmar en inocentes versos mi escuálida visión del mundo mientras escuchaba la música de la sinagoga y del afinador de pianos. Creía entonces, con un fervor ridículo, que sería la gloriosa excepción a la norma. Me dedicaría a escribir poemas y conquistaría lentamente el mundo desde mi pasillo sin techo en la colonia Roma. En vez de eso, terminé trabajando jornadas de diez u once horas al día en una revista, una editorial, un festival, una película independiente.

Escribir en la Ciudad de México es como conversar cuando se está bajo la ruta de despegue y aterrizaje de los aviones: hay que callar de vez en cuando, dejar que el ruido lo ocupe todo, que el cielo se parta en dos antes de retomar la palabra. Entre 2006 y 2015 intenté ser un escritor en la Ciudad de México. El cielo se partió en dos muchísimas veces durante ese tiempo.

Al principio sobreviví gracias a las becas. Ahora bien, en México hay becas para escritores jóvenes que implican que uno debe asistir a ciertos talleres, con tutores de una generación *senior*. Esos escritores mayores son, salvo excepciones, personas que no tienen otro mérito que haber envejecido. La literatura en México es una gerontocracia. Los viejos son celebrados por cumplir años; los jóvenes son mirados con recelo y tratados con displicencia. Y los talleres, en general, son espacios en los que se liman todos los ángulos de la escritura, homogeneizando y quitándole el filo o la rareza a un texto. Durante tres años viví gracias a becas de ese estilo, oponiendo al sistema de talleres una tozudez hiperbólica.

Pero toda beca se acaba. Una vez que empecé a trabajar como editor de una revista literaria pensé que en el fondo no estaba tan mal dedicarme a eso. Podía escribir un poco durante la semana más floja, inmediatamente después del cierre de edición. Podía pedirles textos a todos los autores que me interesaban. Vaya, me pagaban por leer poesía: dentro de todo, no estaba tan mal. Pero esa ilusión duró poco: la revista era un nido de víboras. Editar cada número era como bailar



con hienas. Escritores afines al poder político repartiéndose un prestigio imaginario y macerándose en la mediocridad de una prosa que, como mucho, aspiraba a una pálida eficiencia. No eran los únicos, pero sí la mayoría. El director de la revista, un renombrado liberal, se ensañó conmigo porque osé hablarle de «tú» en vez de «usted» –mi maldita educación Montessori–. Así que terminé por irme.

En cualquier caso, no todo fue malo en aquellos años. Me casé con una mujer inteligente y hermosa. Nos mudamos juntos a la colonia Narvarte, justo bajo la ruta de aterrizaje de los aviones. El sonido recurrente de las turbinas se convirtió en el nuevo *soundtrack* de mi existencia, reemplazando la música de la sinagoga y del afinador de pianos.

Y luego, poco a poco, todo se fue torciendo, avivado mi vicio y mi violencia por la hipertrófica urbe. Observé con ternura el crecimiento de mi alcoholismo como otros vigilan la maduración de un hijo. Me volví un ser irritable, con accesos de ira. Escribí una novela en los tiempos muertos de mi devastación. Y luego se partió el cielo en dos. Me divorcié. Perdí toda la fe en lo que hacía. Me tuve que quedar callado durante un tiempo, escuchando el paso de los aviones.

#### 4

Es muy fácil idealizar la Ciudad de México. Convertirla en un destino turístico para fans de Roberto Bolaño. Presentar sus colonias más *hip* como epítomes de un cosmopolitismo que no da la espalda a las tradiciones. Todo eso es pura mierda. La Ciudad de México es esencialmente fea, más allá de los tres o cuatro barrios donde vive la incipiente clase media. Hay que abrazar esa fealdad, encontrar su encanto sin traicionarlo. Hay que hacerle caso a Witold Gombrowicz, quien celebraba la inmadurez mugrosa de Buenos Aires –la vileza del arrabal– por encima de los bulevares iluminados que imitaban a Europa.

Lo característico de la Ciudad de México no es la combinación de azul y siena de la casa de Frida Kahlo, en Coyoacán, sino el mar de casas grises, sin pintura, con las varillas de construcción expuestas, que se extiende en torno a la calzada Ignacio Zaragoza, por la salida hacia Puebla. Es una ciudad donde hay peluquerías y tiendas de mascotas que pagan un impuesto a los cárteles del narcotráfico para teñir canas o vender hámsters. Las mujeres no se pueden vestir como quieren ni viajar en transporte público sin que les toquen el culo. Hay zonas paupérrimas junto a edificios de oficinas a los que los CEO llegan en helicóptero. Hay manifestaciones todos los días porque el gobierno no concibe que la gente insista en tener un trabajo digno. Hay barrios enteros que se quedan sin agua durante varios días. Hay tardes de viento en que llega un penetrante olor a basura desde el oriente. Cada vez que llueve se inunda todo y las coladeras escupen caca. Cada tanto aparece, en alguna parte de la ciudad, un cadáver desmembrado o colgado de un puente. Hay redes de trata que tienen secuestradas a decenas de adolescentes y las prostituyen en connivencia con la policía. Hay cientos de SUV llenas de guardaespaldas armados que ejercen violencia sobre la población con una impunidad absoluta. Hay millonarios, en ciertas colonias, que pagan un cuantioso soborno a cierto funcionario público para desviar la ruta de los aviones y que el ruido no los moleste al ver series americanas en sus *home theaters*.

Amo con locura la Ciudad de México, sobrevolada muy de cerca por aviones que a veces

imagino soltando bombas.

5

En agosto de 2015 me fui a vivir a Montreal porque ya no podía escribir en la Ciudad de México. Hubo otras razones, claro, pero esta es la que elijo contar ahora. Es imposible encontrar tiempo para escribir si uno tiene que trabajar nueve o diez horas al día, y, dado el estado de la economía mexicana, no hay manera de sobrevivir si no se trabaja nueve o diez horas al día. En ese contexto, los escritores que vienen de familias acomodadas tienen más oportunidades. Claro, en comparación con el resto del país, yo no la tenía muy difícil, pese a que no provengo de una familia de empresarios sino de profesores universitarios, de sólida clase media. Las escritoras de zonas rurales, de lenguas indígenas, las poetas de ciudades chicas y sin librerías están condenadas a una marginalidad infinitamente mayor que la mía: soy un varón blanco relativamente heterosexual y capitalino en un país racista, criminalmente pobre y cubierto de fosas comunes clandestinas.

En la Ciudad Monstruosa siempre parece haber cosas más importantes que hacer –¡cualquier cosa antes que escribir un libro!–. Hay fiestas impostergables. Hay exposiciones de arte en las que se hace explotar una sección del museo. Hay manifestaciones a las que uno debe sumarse para protestar por la desaparición de decenas de personas. Personas abducidas por un ovni, quizás, o más probablemente masacradas por el Estado en alianza con el narcotráfico. Y, en las horas muertas, hay amistades y planes absurdos que terminan por ganarme, desterrando de mí la idea de pasar cinco horas frente a la computadora. (Por ejemplo, el plan de mirar el cielo desde una azotea en la colonia Narvarte, tres horas después de consumir media dosis de LSD, un domingo a las tres o las cuatro de la tarde.)

Escribir desde la Ciudad de México, para mí, era no escribir casi nunca. Dejar que pasaran las semanas sin añadir un solo párrafo a la novela. Teclear textos por encargo en dos horas y media antes de salir a comidas interminables que degeneraban en karaoke. Caminar de madrugada en busca de un taxi. Escuchar el paso de los aviones y pensar en la novela que no estaba escribiendo, que quizás no llegaría a escribir nunca.

6

En ningún lugar como en la Ciudad de México me he sentido parte de una comunidad. Pero toda comunidad tiene un envés oscuro. Un ruido constante y sordo, como de avión que no termina de pasar nunca, se tiende sobre la Ciudad de México y me obliga a guardar silencio. Cada tanto, esta oscura certeza, como la sombra de un avión, sobrevuela mi espíritu: la literatura es incompatible con los literatos.

El efecto del LSD está pasando. También la tarde. Hay un color rosa al final del cielo y un naranja imposible en algunas nubes. «Es la droga», pienso, pero también es el espectro cromático de los contaminantes del aire, que convierten la Ciudad de México en uno de los *Sueños* de Akira Kurosawa. La frecuencia de los aviones ha disminuido, pero ninguno de los tres decimos ya nada. Los domingos en la colonia Narvarte siempre me parecieron cruelmente melancólicos.

Me despido de Benjamín y de Jorge y emprendo el camino de regreso a casa. Pero entonces recuerdo que mi casa está a 4.000 kilómetros de distancia, así que camino sin rumbo, por las calles vacías, hasta que se hace de noche.

Me entra una cierta desesperación al escribir sobre Cuernavaca. La desesperación de haber perdido algo y no encontrarlo por ninguna parte; de haber olvidado un detalle fundamental sobre la propia historia y ser incapaz de reconstruir, sin esa pieza, la serie de acontecimientos que desembocan en este momento –en esta luz que me pega de lado mientras escribo, en un húmedo cuartito de azotea, a las cinco y media de la tarde–. Desde hace años emprendí la búsqueda: escarbé en los recuerdos infantiles, removí las ruinas de mi adolescencia, contacté a viejos amigos, leí cuanto pude y desenterré fotos que estaban mejor en el olvido. Pero Cuernavaca sigue estando lejos, como al otro lado de una barda que apenas me permite entreverla, distorsionada por el afán y el terco esfuerzo de la memoria.

En el camino recolecté historias, buenas y malas. Las mías están borradas, pero hay otras, muchas, que han terminado superponiéndose, conformando un pastiche con el que ahora reemplazo la experiencia. No tengo más que un puñado de recuerdos propios, pero puedo señalar la casa de la avenida Humboldt donde murió Charles Mingus, consumido por la esclerosis lateral amiotrófica, o el hotel donde unos nazis agredieron a Neruda, o la calle por la que Howard Fast vio bajar a Cristo montado en un burro, o la funeraria donde descansó el cuerpo de Manuel Puig, rodeado de sus propios libros, antes de que se lo llevaran de regreso a la Argentina.

Pero primero fue *Bajo el volcán*, de Malcolm Lowry. Hace unos quince años la leí por primera vez en la virtuosa traducción de Raúl Ortiz y Ortiz que publicó en México la editorial Era. Por aquel entonces yo vivía en Madrid y, después de varios años sin visitar Cuernavaca, emprendí esa lectura, en principio, como una estrategia para acercarme a ese jardín mitológico que era para mí la «Ciudad de la Eterna Primavera». Pero debo reconocer que entonces, en Madrid, no comprendí ni disfruté cabalmente los méritos del libro; las frases largas, sostenidas durante párrafos enteros, me expulsaron, y tampoco encontré por ningún lado la magdalena proustiana que me devolviera a los territorios de mi etapa formativa. Hay libros así: que no se abren fácilmente a quien tiene todavía demasiadas ilusiones, pero a los que, si regresamos más jodidos, se les puede arrancar un significado nuevo, más profundo.

Hace un par de años, en una residencia de escritores cerca de Hudson, en el estado de Nueva York, encontré un ejemplar en inglés de *Bajo el volcán* en la pequeña biblioteca del lugar y me lo robé con total descaro. En medio del predecible paisaje del *upstate* neoyorquino, pensé que leer *Bajo el volcán* me sería útil para reapropiarme de ese pasado esquivo, eclipsado; para volver imaginariamente al terruño o, al menos, para contraponer un rostro de la ciudad distinto al que dibujaba la lectura del periódico, más bien devastador.

Desde luego no encontré lo que buscaba, porque los buenos libros nunca responden a las expectativas instrumentales del lector. La ciudad que Lowry describe ya no existe, y quizá nunca existió del todo. Pero, de alguna manera, la lectura encendió la desesperación necesaria: esa «sed de luz» de Geoffrey Firmin y el cartel que descubre en un jardín público atizaron algo en mis entrañas y, desde entonces, una imagen de Cuernavaca, o algo parecido, ha ido perfilándose detrás de mis ojos con cada nuevo libro. Mi recuerdo, atravesado por las investigaciones, ha dejado de pertenecerme, y por eso es mío nuevamente, en toda su desnuda extrañeza.

El comienzo de *Bajo el volcán* es una escena de esas que les gusta recordar a los lectores: la conversación entre el Dr. Arturo Díaz Vigil y M. Laruelle en el famoso Casino de la Selva, que albergaba murales de Siqueiros y de Josep Renau, entre varios otros. Se trataba de un hotel con canchas de tenis, terrazas, árboles centenarios que llenaban la zona con graznidos de zanates al caer la tarde.

Todo eso es ahora un centro comercial enorme, situado entre otros dos centros comerciales enormes y perfectamente contiguos. Hay también un museo, para guardar un poco las formas, pero todo el mundo sabe que el museo es una sección más del *mall*, como el área de comida rápida o los cines. Cuando anunciaron la demolición del hotel y la tala de árboles, muchos ciudadanos protestaron y ocuparon el predio para impedir la entrada de la maquinaria. Algunos de ellos eran excompañeros míos de la escuela, y sé que al menos uno terminó encarcelado durante un par de días por su afán conservacionista.

Dice Beatriz Sarlo en *La ciudad vista. Mercancías y cultura urbana* que el emplazamiento de un *shopping mall* en el fondo «es indiferente y puede caer al lado de una autopista, en un baldío yermo, sin necesitar nada de lo que en una ciudad lo rodea». No debemos buscar, entonces, en el fenómeno mismo del *shopping mall* la razón de que Costco haya decidido construir su mole sobre los hules centenarios que daban cobijo a los zanates, o sobre los murales de Siqueiros – ideológicamente opuestos a las ambiciones del gigante comercial–. Lo que estaba en juego en ese antagonismo de dos visiones del espacio urbano en realidad era un mecanismo de reemplazo entre dos sistemas mitológicos, bajo el mismo esquema fagocitante del sincretismo religioso: al construir un museo de arte *dentro del centro comercial*, el consorcio se agencia simbólicamente el aura del Casino de la Selva, para presentarla empaquetada con la asepsia de su arquitectura fría. Otra vez Sarlo:

El shopping asimila, como una medusa gigantesca, todo lo que encuentra dentro de sus límites [...]. Como los medios audiovisuales, el shopping gobierna todos los elementos extraños (artísticos, por ejemplo) que incorpora o tolera porque no le queda más remedio o porque pueden agitarse como argumentos de prestigio [...]. El shopping supera siempre los restos artísticos o arquitectónicos colonizados, tanto si los desquicia como si los vuelve invisibles, ya que su finalidad no es conservar un fragmento valioso del pasado, sino incorporarlo a su espacio.

He hecho algunos cálculos personales (poco fiables, tal vez) para saber qué parte del antiguo Casino de la Selva estaba en qué punto y, según lo que he podido deducir, esa primera escena de la novela de Lowry –la conversación entre Díaz Vigil y Laruelle– tuvo que suceder (de esa manera extraña en que decimos que *sucedieron* ciertas escenas de la ficción) en lo que actualmente es el área de cárnicos del Costco. Es decir, que quizás el propio Lowry, mientras fue huésped del Casino de la Selva, estuvo parado en el punto exacto en el que ahora despachan chicharrón al peso.

Me gusta pensar así las ciudades, como territorios que existen en diversos planos: el histórico, el real, el político, pero también el ficticio; buscar las coincidencias entre un *topos* físico y uno más liviano, inconsútil, que no es real en el mismo sentido pero también existe.

Mi papá y yo fuimos parte de la oleada de chilangos que llegó al estado de Morelos a finales del siglo pasado, no tanto por los estragos del terremoto del 85 –que nos agarró en una de las zonas menos afectadas del Valle de México, en las lindes de Coapa– cuanto por la amenaza que la contaminación del aire capitalino suponía para mi asma infantil.

Después de algunos meses de transición en un barrio periférico al sur de la ciudad, nos instalamos en un pequeño departamento de interés social cerca de la colonia San Miguel Acapantzingo. Esa misma colonia aparece como escenario en la novela de Lowry, cuando Hugh e Yvonne divisan una cárcel durante su primera conversación. (Ya se sabe: Yvonne acaba de regresar a Quauhnhuac y se va de paseo con Hugh, hermano del Cónsul, para ponerse al día.) La cárcel es ahora un parque ecológico y sede del Museo de Ciencias de la ciudad, pero en 1991, cuando mi padre y yo llegamos al barrio, era todavía la prisión que Lowry describió en su novela de 1947, con sus muros blancos y altos, sus torretas y alambres de púas.

La cárcel estaba sobre la avenida Atlacomulco, lo mismo que la entrada a la Unidad Habitacional Fovissste Cantarranas, donde vivíamos. Casi enfrente de mi casa, además, había un hospicio para niños huérfanos del Ejército de Salvación. Esos dos puntos, la cárcel y el orfanato –separados por no más de quinientos metros–, eran presencias ominosas en las que pensaba con frecuencia, y que aparecían de forma reiterada en las conversaciones con mis amigos. No era poca cosa vivir tan cerca de una cárcel y un orfanato. Era casi como vivir a las puertas del infierno, con un recordatorio constante de todas las cosas que podían salir mal en la vida: mis padres podían morir accidentados; yo podía matar a alguien y terminar encerrado en la penitenciaría, etcétera.

En el mapa de mi imaginación infantil, la cárcel y el orfanato marcaban los polos Sur y Oeste respectivamente. Los otros dos polos de esa cosmogonía estaban representados por edificios que se ubicaban, también, sobre la avenida Atlacomulco: mi casa (polo norte hacia el que señalaba la brújula de mis afectos) y mi escuela (oriente de mi psique, por donde salía el sol cada mañana).

Toda esta temprana psicogeografía, esta versión miniatura de mi Infierno (con círculos para los huérfanos, los criminales, mis familiares y los maestros bienintencionados), nimbó mi infancia con un aire siniestro que quizás he aprendido a exagerar mediante la repetición neurótica de su anecdotario.

Unos años después, mi papá y yo nos mudamos de nuevo, al norte de la ciudad. Un puñado de calles que serpentean sobre un cerro, una iglesia entre los primeros peñuscos de una barranca: Santa María Ahuacatlán. En tiempos prehispánicos, aquel pueblo era un asentamiento tlahuica conocido como Izteyocan o Itztoyucan. Antes incluso que Hernán Cortés, llegaron allí los primeros franciscanos, en torno a 1525, y erigieron una de las primeras capillas de esa región, conocida desde tiempos de Sahagún como «tierra caliente» («*revolution rages too in the tierra caliente of each human soul*»), escribe Lowry en *Bajo el volcán*). El propio Cortés apadrinó el saqueo de los recursos naturales de Santa María Ahuacatlán: mandó extraer de allí toda la madera de aguacate para construir la maquinaria de su ingenio azucarero en Tlaltenango, unos kilómetros al sur.

El pueblo de Santa María no aparece mencionado en *Bajo el volcán*, pero sí en un libro fascinante de mi amigo Rubén Gallo: *Freud en México*.

Allí, Gallo cuenta la historia de un monasterio que existió no muy lejos de la casa en la que viví: Santa María de la Resurrección. El monje benedictino que fundó dicho lugar en 1950, Gregorio Lemercier, convirtió su monasterio en un enclave del catolicismo progresista, en una época en la que Cuernavaca entera estaba bajo el influjo de la Teología de la Liberación.

En 1959, a raíz de una crisis personal, Lemercier descubrió el psicoanálisis y decidió que aquella práctica se complementaba a la perfección con la fe católica. Al poco tiempo, todos los

monjes de Santa María de la Resurrección empezaron a asistir a sesiones grupales de análisis. Lemercier predicó esta nueva fe con tal entusiasmo que incluso viajó al Vaticano para convencer a las élites católicas de la necesidad de complementar sus ejercicios espirituales con sesiones de psicoanálisis. Aquella heterodoxia no fue bien recibida: después de múltiples llamadas de atención, la Iglesia obligó a Lemercier a elegir entre la santa doctrina y las ideas freudianas, y el monje colgó los hábitos y convirtió su monasterio en el Centro Psicoanalítico de Emaús, que se arrogó la misión de divulgar la palabra de Freud en Cuernavaca.

Después de leer el capítulo que Gallo le dedica a ese episodio, busqué el libro de Lemercier y lo hojeé precipitadamente en una sala de la Biblioteca Británica durante un viaje a Londres. La historia es todavía más estrambótica de lo que había supuesto. Lemercier fundó primero un monasterio a unos kilómetros de Santa María, en Monte Casino, junto con otro cura belga con el que llegó a México. Puesto que tenían unos terrenos en el norte del país, el otro cura le dejó encargado a Lemercier el monasterio de Monte Casino y se fue a liquidar las tierras, para llevarse ese dinero a Morelos. Pero cuando regresó de su misión, el cura había colgado los hábitos y tomado las armas: se presentó junto con una banda de forajidos y obligó a Lemercier a dejar el monasterio a punta de pistola, permitiéndole tan solo llevarse los libros. Así, expulsado y llevando a rastras su biblioteca, llegó Lemercier a Santa María, donde al cabo de no mucho tuvo una crisis de fe y de salud mental que lo llevó al diván de una psicoanalista argentina.

El monasterio freudiano de Santa María Ahuacatlán cerró sus puertas poco antes de mi llegada al mundo, pero me parece que no ha pasado mucho más en ese pueblo desde entonces. Cuando llegué a vivir allí, existía una comunidad de intelectuales y artistas que recordaban todavía al monje Lemercier, y me gusta creer que hay una especie de vibra psíquica residual, emanada del monasterio psicoanalítico, que continúa percibiéndose en las calles empedradas.

Además de Lemercier, que fue su hijo adoptivo, el único prócer que Santa María Ahuacatlán le dio a la patria, que yo sepa, fue un tipo con el nombre –que siempre me pareció perfecto– de Genovevo de la O. Se trata de un héroe de la Revolución a quien el pueblo le dedicó una calle más bien secundaria –del ancho de una camioneta, como mucho–. Cuando pienso en Santa María y en su prócer no puedo evitar recordar aquel misterioso verso de Gerardo Deniz: «Morir no será más extraño que apellidarse De la O.»

Cuernavaca es una ciudad con muchos jardines; o más bien, una ciudad donde la disparidad económica permite la existencia de barrios residenciales con jardines y albercas junto a colonias que sufren de la escasez de agua.

En *Bajo el volcán*, el jardín descuidado del Cónsul, signo público de su alcoholismo, le permite al personaje una apasionada reflexión edénica en el capítulo quinto. En ella, de algún modo, Lowry logra trenzar las referencias bíblicas con los ecos de una voz más laica: la de Voltaire y su «*Il faut cultiver notre jardin*». Al Cónsul se le ocurre defender, a raíz de una conversación sobre jardines con su vecino, que el verdadero pecado original por el cual Adán y Eva fueron expulsados del paraíso fue la propiedad privada (a la que, irónicamente, se le erigió ese hipertrófico templo que es el Costco, sobre las ruinas del antiguo Casino de la Selva).

Mi madre se mudó a Cuernavaca –a una casa con jardín cerca del antiguo Casino de la Selva– cuando mi padre y yo llevábamos ya casi diez años allí, en el año 2000. De los varios lugares en los que viví en esa ciudad, el que más me recuerda a los ambientes de la novela de

Lowry es la casa de mi madre. Pese a ser una edificación de finales de los años cincuenta, el estilo de la casa evoca la década anterior, cuando Lowry se hospedaba en el Casino.

Un día descubrí que en el jardín, bajo una escalerita de piedra, vivían dos iguanas gigantes. Lentas y majestuosas, salían a media mañana a tomar el sol y luego, cuando la luz de la tarde se filtraba entre las flores del tulipanero africano, volvían a esconderse en su guarida. Empecé a dejarles papaya, que devoraban con lento agasajo. Al mismo tiempo, me puse a indagar sobre cómo habían llegado hasta allí aquellos magníficos dinosaurios.

Me enteré de que las iguanas habían pertenecido a la anterior ocupante de la casa, que había muerto unos meses antes de que nosotros llegáramos: una mujer de noventa y muchos años que, según los rumores de los vecinos, gustaba de asolearse desnuda, despreocupada y longeva como sus iguanas.

Aquella mujer, a la que había pertenecido la casa, era María Asúnsolo. Galerista y modelo, comunista y embajadora de las artes mexicanas en todo el mundo, Asúnsolo fue una mujer célebre y polémica, de legendaria belleza, desde finales de la década de 1930.

Hija de Manuel Dolores Asúnsolo, general zapatista que tomó la ciudad de Cuernavaca durante la Revolución (con ayuda de Genovevo de la O), María Asúnsolo posó para artistas como María Izquierdo, David Alfaro Siqueiros y Juan Soriano. «En toda la historia de las artes plásticas del siglo xx, ninguna mujer ha sido tan retratada y esculpida como María Asúnsolo», afirma Fabienne Bradu en *Damas de corazón*, libro en el que le dedica un retrato biográfico.

En la Ciudad de México, María Asúnsolo fue una celebridad como pocas durante los años en que Lowry se ahogaba en mezcal recorriendo el estado de Oaxaca. Se decía que era la mujer más hermosa del país –aún más que su prima, Dolores del Río–. Efraín Huerta le dedicó un poema («Esta región de ruina») que incluye cinco versos hermosos: «esta pequeña tierra de perfecta tibieza, / este agrio transcurso de agonías, / es, en puras palabras, / la antigua, / la agotada raíz de la ciudad». También Siqueiros sucumbió a sus encantos y vivió con ella un intenso amorío, plasmado en una correspondencia copiosa y un anecdotario exaltado: cuenta Julio Scherer (en *Siqueiros: La piel y la entraña*) que Asúnsolo se entusiasmó, en una iglesia de un pueblo tlaxcalteca, con un Cristo de madera de la época de la colonia. Siqueiros, pese a su inveterado ateísmo, se robó el Cristo para regalárselo a Asúnsolo como muestra de su amor.

Hace poco visité el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional, donde yo creía que se guardaba esa correspondencia autógrafa entre Siqueiros y Asúnsolo. En un artículo periodístico de hace unos años se anunciaba la exposición, en la planta baja del Fondo Reservado, de algunas de aquellas cartas de amor, y yo tenía una curiosidad irreprimible por consultarlas. Pero el director del fondo me dijo que allí no tenían nada de eso, solo la biblioteca personal de Asúnsolo y el archivo de su tercer marido. Traté de contactar a una sobrina de la modelo y galerista, por ver si ella tenía las cartas y podía enseñármelas, pero nunca logré que contestara.

Derrotado, tomé el metro hasta Bellas Artes y entré al Museo Nacional de Arte, dispuesto a consolarme con los cuadros y ver si, en alguno de ellos, reconocía la casa de mi madre. Asúnsolo tenía una colección importante de óleos, dibujos y esculturas de artistas mexicanos que donó al MUNAL, una de cuyas salas lleva su nombre.

Ahí hay un retrato fotográfico de Asúnsolo, firmado por Manuel Álvarez Bravo, en donde se la ve recostada de lado sobre un canapé, en una pose que recuerda a las majas de Goya. La luz cae sobre su flanco derecho de tal modo que su falda y su blusa parecen hechas de mármol. No



tengo ni idea de dónde se tomó esa foto –el encuadre es demasiado cerrado como para que sea posible adivinarlo–, pero me gusta especular con la posibilidad de que Álvarez Bravo disparara su cámara, precisamente, en la casa de las iguanas, donde viví muchos años más tarde.

La señora Asúnsolo mandó construir esa casa para retirarse en ella, alejada ya de los reflectores y muy cerca, en cambio, del Casino de la Selva –que ahora es un enorme supermercado en cuya sección de cárnicos el fantasma de Malcolm Lowry se está tomando un mezcal en este preciso momento.

Cuenta Bradu que un compositor boliviano, José María Velasco Maidana, le dedicó a Asúnsolo un poema sinfónico que tiene la peculiaridad de tener una parte para pistola: en los momentos cumbre de la pieza se escucha el repiqueteo de un revólver, que pretende evocar los disparos con los que murió Manuel Dolores Asúnsolo, después de brindar por la Revolución –provocadoramente, si me preguntan– en el Club de Industriales.

María Asúnsolo, por su parte, murió en esa casa, quizás en el cuarto que después fue el de mi madre, o a la sombra del tulipenero africano. No creo demasiado en los fantasmas, pero en los momentos en que cedo al pensamiento mágico, a la seducción de lo inexplicable, pienso que al habitar un espacio lo marcamos de algún modo. Así como el monasterio psicoanalítico de Santa María Ahuacatlán es parte de mi experiencia de aquel pueblo, y así como al recorrer ciertas zonas de Cuernavaca no puedo evitar pensar en los delirios alcohólicos de Geoffrey Firmin, la ausencia de María Asúnsolo en la casa de mi madre me parecía tan real e inevitable como la pareja de iguanas que dejó.

De los cuadros en los que posó para Siqueiros, quizás el más conocido sea «Retrato de María Asúnsolo bajando una escalera», de 1935. En él, María Asúnsolo mira como expectante hacia la derecha mientras se recoge el vestido con la mano y desciende el penúltimo escalón de una serie que se pierde, hacia atrás de ella, en las sombras. Las paredes rojas y el ambiente sulfuroso de la escena hacen pensar que, más que la escalera de una casa, María Asúnsolo desciende a su propio Infierno, quizás tan oscuro como el de Lowry.

Pero hay un retrato de Asúnsolo que me gusta más. Fue pintado por Jesús Guerrero Galván un año antes que el de Siqueiros, en 1934. A la todavía joven María se le ve solamente el busto, el cuello alargado y el rostro. Tiene un gesto como de decepción, como si mirara al artista condenándolo mientras él la pinta; por lo mismo, la modelo parece expresar esa misericordia desdeñosa también hacia el espectador. Al observar detenidamente la mirada de Asúnsolo, uno puede llegar a sentir –como el Cónsul en sus simas dipsómanas– que se ha equivocado en algo fundamental cuyo contenido, sin embargo, ha olvidado para siempre.

## REGRESAR A LA HABANA

### *1. Un recuerdo inventado*

Esta es la segunda vez que comienzo a escribir esto. Lo escribo en mi cuaderno verde, sentado en la terraza de un café en la Plaza Vieja. Me gusta escribir a mano porque así, en vez de hacer correcciones a un mismo párrafo, borrando y añadiendo como en la computadora, empiezo una y otra vez desde el principio, el mismo texto cada vez pero distinto, para evitar borraduras. Empiezo un párrafo y lo repito. Me interrumpo y recomienzo. Copio las mismas líneas en una página nueva. Y aunque escriba dos, tres veces el mismo texto, el mismo idéntico texto, como un Pierre Menard de mí mismo, pervive siempre el entusiasmo del comienzo. Hay un regreso y un avanzar. Un retorno novedoso. La tinta es otra y no. La página en blanco está menos en blanco porque siempre está escrita de antemano.

Escribir sobre La Habana, de algún modo, implica un movimiento parecido; una espiral, casi. Aunque sea la primera vez que visito la ciudad, la primera vez que escribo sobre ella, no puedo evitar tener, a un tiempo, el entusiasmo atrabancado de las primeras veces y la sensación de que este viaje –este texto– es también un regreso.

Pero ¿un regreso a qué, adónde? Sé que es una sensación sin fundamento, un engaño. No he regresado a nada. La idea de que regreso a La Habana pertenece, sobre todo, al terreno de la ficción. De la ficción autobiográfica, si se quiere.

En diciembre de 1983, hace treinta y cuatro años, mis padres vinieron a La Habana. Léase este fragmento con la velocidad y el color de una película en súper-8. Mi padre luciendo su camisa de jerga, su vello facial de ortodoxia marxista. Mi madre convencida de que podía cambiar el mundo a gran escala –veintidós años cada uno bajo el brazo–. En aquel entonces mi papá trabajaba en la Universidad Autónoma Chapingo, especializada en asuntos de agronomía, donde era miembro del sindicato. Tanto él como mi madre, además, formaban parte de un comité de apoyo a El Salvador que contribuía a la relocalización, en México, de los exiliados políticos de la guerra civil centroamericana. Fue en ese comité, precisamente, donde se conocieron, mientras eran todavía estudiantes de sociología en la Ciudad de México. Su relación prosperó siempre en el marco de cierto activismo político, de cierta exaltación revolucionaria, teñida por ese Pantone del siglo xx que ha desaparecido casi por completo y que hoy se revisita con nostalgia.

El sindicato de trabajadores de Chapingo organizó, en diciembre del 83, un viaje a Cuba. Mis padres aprovecharon la coyuntura para venir al país que más poderosamente ocupaba su imaginación en aquellos años. Pasaron una semana de un lado a otro, en actividades y reuniones organizadas por el sindicato, y una semana más, ellos dos solos, vacacionando y conociendo las calles de La Habana. Nueve meses después, en la Ciudad de México, nació yo.

Esta es la segunda vez que comienzo a escribir esto. Si me remito a las páginas anteriores, en este mismo cuaderno, puedo leer la primera versión de estas líneas, que no difiere mucho de esta. Un adjetivo distinto, un par de frases añadidas, alguna precisión. La reescritura a mano funciona

como por tema y variaciones. Como pasar dos veces por la misma calle en dos momentos antagónicos del día –bajo un clima distinto, un día partido por la revelación o la tormenta.

Mis papás se divorciaron antes de que yo cumpliera los dos años; ellos tenían tan solo veinticinco y, como es comprensible, ambos han cambiado mucho desde entonces, al grado de que hoy me resulta difícil imaginarlos en una misma habitación, compartiendo un café, no digamos ya conformando una pareja de enamorados que camina por la plaza –por una versión anterior de esta misma plaza donde escribo.

No recuerdo en qué momento mi padre, más propenso a la nostalgia que mi madre, me contó que fui engendrado en Cuba, en algún hotelucho de La Habana, en diciembre de 1983. Quiero creer, hoy, que usó precisamente esa palabra: «engendrado», pero no sé mucho más. El recuerdo que me invento para llenar la laguna es este: mi papá borracho, después de tomarse cinco caballitos de tequila, llorando en el jardín de la casa de Santa María Ahuacatlán, en Cuernavaca, contándole a su hijo adolescente –a mí, a una versión de mí que ya no existe– que fue engendrado en Cuba, que sus padres formaban una pareja mítica, envidiada por todos, y volvieron a México decepcionados de la Revolución pero esperando un hijo. El recuerdo que me invento se resume así: nací al mismo tiempo que su desencanto.

A lo mejor no es la segunda ni la tercera vez que comienzo a escribir esto. A lo mejor he escrito otra versión de estos párrafos atrabancados, sembrados de comas y de dudas, muchas otras veces, en cuadernos verdes que he perdido, cuyo contenido se inventa mi memoria. Y seguiré escribiendo este mismo texto el resto de mi vida: versiones y variaciones de estas mismas líneas, de este mismo punto y seguido. Pero todas las versiones contendrán esto: la Plaza Vieja, la confluencia del sonido de tres grupos de son cubano diferentes, tocando la misma canción a diferente ritmo desde tres esquinas distintas de la plaza. Todas las versiones de este texto, copiado y recopiado en mil libretas verdes, contendrán el sonido que, como el viento, se reúne en el centro de la plaza, junto a la fuente acordonada, confundándose con el rumor políglota de los turistas. Yo soy uno de esos turistas: recorriendo la ciudad y la memoria con el mismo desparpajo en bermudas, con la misma curiosidad dispersa.

Si conocer es recordar, como creía Platón, entonces recuerdo La Habana desde siempre, y ahora mismo reescribo una versión del texto sobre mi primera impresión de esta ciudad gozosa. Esto no es retruécano filosófico sino escritura a mano: confusión, bochinche, confluencia del sonido de tres grupos de son distintos en una ciudad húmeda y soleada, que descubro y reconozco.

Empezar a escribir algo es aprender a escribir de nuevo, a tropezones, siempre con dudas, aunque el texto se haya escrito infinidad de veces en cuadernos perdidos, en cuadernos extraviados que me invento.

La Habana es el origen. El texto está empezado siempre.

Esto: la danza lentísima de una ciudad que se viene abajo, *striptease* arquitectónico con la música machacona de las olas –el salitre inmiscuyéndose como un rumor en todo– y en el mar, a lo lejos, el espejismo borroso de otra isla, calco perfecto de esta isla donde escribo otra versión de estas palabras.

Mi padre tenía una docena de casetes con discursos de Fidel grabados, escondidos en la

misma gaveta del librero que sus revistas pornográficas y el boceto de una novela que no terminó de escribir nunca. En la sala del departamento del Fovissste Cantarranas, cuando vivíamos los dos solos, él ponía una y otra vez la canción de «Caballo viejo» en un disco de 33 revoluciones mientras se tomaba un tequila.

Es un recuerdo inventado, por supuesto, como todos los que sirven para explicar quién soy. ¿Cómo será entonces, dentro de veinte años, mi recuerdo del recuerdo de este café habanero, de esta mesa frente al malecón, inventando el espejismo de una isla?

Esta es la tercera, la cuarta vez que escribo estas mismas líneas.

A veces imagino que tengo un hermano gemelo en algún sitio, perdido, como una isla que le da la espalda a su espejismo. Un hermano idéntico que repite mis gestos, que recorre, quizás, las calles de otra Habana, sin que lleguemos a toparnos nunca.

Ese hermano que no tuve, calco perfecto de mí mismo, ¿es un recuerdo inventado? ¿El ron que me tomé anoche, sentado frente a un mural de héroes decimonónicos en Habana Vieja, es un perfecto espejismo?

Entre las ruinas de un edificio verde, una mujer que se contorsiona. Cuatro gatos grises entre la basura. Dos turistas rubios que fotografían a una adolescente. Una conversación sobre filatelia fumando un puro. El lenguaje envolvente de la estafa. Las estatuas ausentes. Un vals para Oshún. Los orines al pie de la farola... ¿Qué recuerdos quedarán cuando regrese, cuando escriba de nuevo estas palabras?

## 2. *Turismos*

Diciembre. El día que debo volar a Cuba, Montreal amanece cubierto de hielo. *Verglas*, dice la alerta de clima en mi celular. Me tambaleo desde el portal de mi edificio hasta el taxi, patinando, sintiendo el hielo crujir bajo mis tenis de tela. El avión sale con una hora de retraso, no es mucho. Conforme despega, veo por la ventanilla el paraje blanco, yermo, asfixiante, que voy dejando atrás. Más allá del horizonte, la promesa de un verano sin orillas: Habana para la sed. Este es mi último invierno en el norte. Esta es la última vez que escapo de la gélida tundra para buscar el sol, desesperado. La cabina va llena de turistas quebequenses. Uno de ellos intenta conversar conmigo, pero yo finjo que no entiendo su idioma, y en el fondo no entiendo su idioma.

(Estoy escribiendo esto de nuevo, regresando punto por punto, *a posteriori*, como un detective de mi propia vida. Como si hubiera perdido algo en una esquina de La Habana y quisiera reconstruir cada paso, cada gesto para encontrarlo.)

En migración, el oficial me pregunta si he estado alguna vez en el país. «No», respondo, con un titubeo.

¿He estado alguna vez en Cuba? A decir verdad, no me siento seguro afirmando una cosa u otra. Podría haber estado aquí de paso, cuando era un lactante, o en algún sueño. He estado en muchos lugares que no recuerdo, y recuerdo muchos sitios donde nunca puse un pie, donde nunca me tomé un mojito. (Si escribo esto después de haber estado en Cuba, recordando, ¿cabe modificar aquí el recuerdo? ¿Cabe que le responda algo distinto al oficial que me pregunta?) «Bienvenido a Cuba», me dice, tendiéndome el pasaporte.

En el estacionamiento del aeropuerto veo, primero, a Luis Felipe. Fumando. Tiene que haber siempre una cara conocida, una cara amiga, una mirada que cuestiona y un cigarro encendido.

En el trayecto en camioneta hacia el Vedado voy absorto, miro por la ventanilla: paradas de autobús descascaradas, construcciones de los setenta. Alguien me va diciendo los nombres de los barrios que atravesamos, pero no escucho nada. Mi único sentido, de momento, es la vista: como un halcón hambriento en lo alto de una rama, miro con prisa, exprimiendo la imagen en busca de algo concreto: la carne expuesta. (Y recuerdo, de repente, *La carne de René*, esa novela de Virgilio Piñera a la que llegué de rebote tras leer el *Ferdydurke*, y que emulé con poco tino durante un verano: apuntes perdidos, libretas viejas.)

Lo primero y principal es elegir un lugar al que volver: una terraza, una trastienda, un balcón desde donde se pueda ver, conversar, quizá escribir –a veces–. Un punto fijo o dos –otero, promontorio– para que la ciudad se vuelva más legible. La elección no es tal: se impone, se revela. El turista debe recibirla con la humildad debida, sin titubeos. En este caso ese lugar, primero, es la terraza del Hotel Presidente, sobre avenida G, frente a una ristra de pedestales sin estatuas –¿es esta la segunda vez que escribo estas palabras?–. «Don Iván, bueno días, un mojito y una tarjeta de esas.» Después será el café El Escorial –«montón de escorias»–, en la llamada Plaza Vieja –tres grupos de son distintos, desde las tres esquinas–: el único lugar de la ciudad donde han decidido combatir el deterioro con pintoresquismo, a la manera de otros cascos antiguos de América Latina.

En esos dos lugares escribiré esto, sobre las páginas centrales de un cuaderno verde, tamaño A5, vertical; con una pluma negra que en algún momento se quedará sin tinta, obligándome a mirar en torno –halcón de nuevo–, el rumor batiente de la sangre ensordeciendo todo.

Se habla de sexo, mucho –hay un léxico hermoso–. Los nativos lo venden como si ellos, personalmente, lo hubieran descubierto esa misma mañana, por casualidad. Como quien descubre el fuego y luego sigue con su día.

La conversación sugiere, siembra un temblor en las vísceras huecas. Intento hacerle oídos sordos: mi viaje es hacia adentro, por ahora. Una peregrinación al núcleo, caminata ritual hacia mi origen. Temo, sobre todo, verme reflejado en el espejo del turista que permuta el frío de los suyos por el abrazo rentado –el olor a coño y a tabaco oscuro mezclado con el almidón de la camisa–. Cuba será un lupanar bíblico, si quieren; una isla de míticas fenicias entrenadas en el arte de cabalgar la noche –perra de lomo arqueado–, pero yo vine a mirar las cosas desde una terraza púdica y prudente –promontorio–, enfilando un café tras otro, un mojito y otro hasta quebrar mi pasmo.

Después vendrá la danza. Puedo mantener el tipo hasta que bailo, ya luego no respondo.

La Habana debe de estar a mitad de camino entre el pesimismo nostálgico de Antón y el entusiasmo sin bemoles con que Rubén la explica. Entre la música que Juan Carlos colecciona y el Hambre con mayúscula que Luis Felipe recuerda –un huevo hervido, singular, protagoniza su anécdota–. La Habana está echada –perra– entre la sospecha de Pablo y el Tumbao Silver Dry apurado en la banqueta. Un pueblo unido al grito de «¡Guaracha y paranoia!».

Aquí nació Dionisio, me parece, pero tenía otro nombre (uno de esos nombres con i griega que tanto abundan). Lo puedo ver paseándose desnudo por el malecón lamoso, resbalando ante la

risa estentórea del guajiro, recién llegado –ayer– con una bolsa al hombro. Aquí fundó su reino: en una ínsula. Maceró en su vino las columnas apolíneas de las casas, para acabar con todo. Las ménades no encontraron uvas que traerle, ni fruto alguno. Unas malangas fritas, a lo sumo, sumergidas en mieles espesísimas.

Cabaret Las Vegas. Una transexual con novísimas tetas me enseña su operación en fotografías. «Aquí estoy yo inconsciente a la salida del quirófano», dice. «Mi ideal de belleza es Anahí», dice. «Una vez estuve en Rusia», dice. Yo bebo un trago de ron Santiago y convengo a Pablo de escapar pronto. Afuera, entre dos almendrones, pienso de pronto en Sarduy, que acentuaba el sustantivo *travestí*.

Un violín no es un violín; un vals no es, tampoco, un vals –no exactamente–. El departamento es dos estancias, un balcón y una cocina. En el balcón fuma Luis Felipe (una queja, una risa, un cigarro encendido). Adentro hay percusión y cuerda. Antón sentado como un patriarca. Juan Carlos bailando. Hay ron servido en vasitos de plástico y un altar con una Virgen negra. Un diente dorado en una boca roja. Unas uñas postizas –largas, colores chillantes: belleza desatada–. Hay pastel y chicharrón y plétora. *Potlatch* para los dioses de nombres llenos de vocales. Babalú Ayé. Obatalá. Yemayá. Oshún. El calor emana de las voces, del acordeón asmático que vierte las notas de su crisis sobre nosotros, los comedidos, los fuera de lugar, los atolondrados. Pero el calor lo irá igualando todo. Y el baile: única democracia en esta isla.

Llevo treinta y tres años escribiendo esto, varias veces. Este texto híbrido entre cuyas sílabas se filtra siempre un retorno. Un viaje circular de 33 revoluciones para volver al punto exacto en que empezó todo: ¡Música, maestro! Un espermatozoide en el momento de la fecundación –tan visto en documentales–. Una reproducción acelerada de células madre –la prisa, desde ese momento, será mi signo: *prestissimo*– y luego un palpito y otro y otro más –solo de timbales–. Desplazamientos: una ciudad como un monstruo mítico, una niñez en pantalones cortos, una crisis asmática –entra el acordeón–. Viajes, lecturas, corazones rotos –el violín se arranca–. Y luego la letra: escritura que busca morderse la cola: uróboros terco –la voz del cantante–. *Fast forward*, treinta y tres años, revoluciones: un departamento atestado, en algún lugar –periférico– de La Habana. Un altar con una Virgen negra. Un baile sin tregua hasta sudarlo todo.

Las calles tienen aquí dos nombres. Quizá de ahí proviene mi sensación de que La Habana es una y su *Doppelgänger*. La piedra carcomida y el plano levantado, a vista de pájaro, como una dimensión platónica que flota tranquila sobre las cosas. A veces hay intentos por reconciliarlas. En la guagua, un hombre me explica, espontáneamente, las equivalencias: «Prado es Martí, Monte es Máximo Gómez, Belascoáin es Varela, Avenida de Italia es Galiano, Línea es Nueve.» Otro pasajero, tres asientos atrás, interrumpe, corrige, introduce adendas a gritos. Discuten, se hacen de palabras. Una señora interviene y recita de memoria la tabla completa de calles y sus seudónimos, con un ritmo casi bailable. Los dos que discutían guardan un silencio no sé si indignado y alguien, desde el último asiento, prorrumpe en aplausos que pronto se contagian. La señora que cantó el nombre de las calles sonrío, agradece, reparte miradas de triunfo por toda la guagua. Ya nadie se acuerda de cómo empezó todo: con mi tímida pregunta de dónde bajarme. Por supuesto, me paso tres cuadras.

Pienso en ese capítulo de *Canción de tumba* donde Julián Herbert recorre los *afters* de La

Habana levitando en una nube de opio, persiguiendo el recuerdo de su madre en los rostros de las prostitutas habaneras. Pienso en *El libro uruguayo de los muertos*, donde Mario Bellatin y Sergio Pitol exploran la bahía de La Habana con una maleta llena de toallas, en busca de unos muñecos. Pienso en el primer taller de poesía que tomé en mi vida, en Madrid, con Orlando González Esteva, poeta cubano del exilio que me regaló un CD con el canto de treinta y seis diferentes grillos japoneses, y que me contagió su entusiasmo por algunos improbables rincones del corpus martiano: el artículo sobre la gran exposición de ganado, ciertas entradas de los *Diarios* («en la nariz, franca y chata, le jugaba la luz») y, ante todo, el artículo en que Martí describe una convención de sordomudos en Siracusa: «Se entendían con los dedos, que subían y bajaban por el aire en mil figuras, como es fama entre duendes que suben y bajan los *kobolds* traviesos por las chimeneas de las cocinas de Holanda.»

Hay un regreso, como siempre. Una segunda parte –envés oscuro.

La media casa de Lezama Lima: «Aquí se levantaba un muro, a mitad del patio. Su casa era solo la parte izquierda», me dice la guía. El vaso danés que sale en *Paradiso* y que César Aira, al relatar su visita a la Casa Museo, utiliza como pretexto para una digresión sobre la miniatura.

La misma terraza del Hotel Presidente, pero bajo la luz hiriente de la espera y, después, el reencuentro con mi exesposa: «Me cansó mucho verte», me dice ella –honestidad que desarma.

La aclaración recurrente de todo lo que está en la carta pero no les queda.

El cuarto con vistas al océano. El cuarto con vistas a mí mismo.

La caminata alcohólica por Centro Habana, la caminata por el Vedado cuando entré a una iglesia, la caminata nocturna por el malecón (el amuleto de santería lanzado contra las olas: gesto desafiante que no logro sacudirme), la sensación de que esta es la cuarta, la quinta vez que escribo estas líneas.

### 3. *Mis ínsulas extrañas*

Hay en el cerebro de todos los mamíferos una región del tamaño de una ciruela que los científicos han dado en llamar *ínsula*. Según el paradigma dominante –mecanicismo refrendado que tiende a reducir cualquier conducta a un amasijo más o menos complejo de tejidos atravesados por impulsos eléctricos–, la *ínsula* es la nueva glándula pineal que con tanto ahínco buscó Descartes tasajeando vacas (en Cuba, me parece, lo habrían condenado a cárcel): el nódulo exacto en que coinciden la mente y el cuerpo –fantasma en la máquina.

Los neurólogos informan que la *ínsula* se ilumina en las resonancias magnéticas cuando el sujeto experimenta deseos, empatía, repulsión. Un estudio la relaciona con el orgasmo; otro le atribuye la capacidad de leer la amenaza en los rostros humanos y otro más le asigna, nada más y nada menos, la «conciencia de sí», de la que tanto se jacta el *Homo sapiens* cuando está aburrido.

Las *ínsulas* convierten las sensaciones físicas en emociones socialmente codificadas: desdén, orgullo, deseo de saciar algún apetito. Pero las *ínsulas*, además, anticipan: advierten a las regiones superiores del cerebro que algún estímulo físico en el futuro inmediato puede provocar rechazo o deleite. En los drogadictos, la *ínsula* parpadea como luces estroboscópicas cuando ciertos estímulos ambientales detonan la avidez del consumo. Al ser el reducto –otero, promontorio– de la anticipación, del futuro, en la *ínsula* también se alojan los desórdenes

ansiosos, a los que soy tan propenso. Forzando un poco la metáfora podría decir que la ínsula, esa fruta marchita en el centro del cráneo, es el arúspice que llevamos puesto: lee las propias vísceras con fines adivinatorios.

Cuando tenía diecinueve o veinte años me obsesioné con un lugar bastante improbable: las Islas Coco, en el océano Índico. Empecé a investigar cuanto pude sobre estas islas gemelas, primero en internet y luego en las bibliotecas, y pronto contagié la caprichosa fascinación a un amigo mío, que se sumó a las pesquisas. Entre los dos resolvimos fundar una vanguardia artística –es lo que se hace a los veinte años– cuya sede estaría, precisamente, en las Islas Coco.

Encontramos la dirección postal de un residente de la isla más poblada (Pulu Selma) y le escribimos una carta, en un inglés inseguro, informándole de nuestros planes. Su silencio nos pareció auspicioso y al cabo de unos meses empezamos a mandar más cosas: objetos varios de nuestra vida cotidiana que se integrarían a un vasto archivo sobre aquella vanguardia, resguardado por nuestro corresponsal en las Coco (Keeling) Islands.

Después de tomar un café juntos, por ejemplo, guardábamos la servilleta manchada del platito junto con el ticket de consumo, lo metíamos todo en un sobre y lo mandábamos, sin más explicaciones, a la dirección que teníamos. Nos imaginábamos, en nuestra megalomanía, que al cabo de algunos lustros abriría en las islas un museo dedicado a nuestra marginalia, un archivo imposible que contendría poemas, corchos de botellas de vino, las hojas secas de un magnolio y un pañuelo con mocos.

Supongo que el pobre guardián de nuestro futuro museo terminó por hartarse de nuestra propuesta artística, porque una buena tarde empezaron a regresarnos, a vuelta de correo, todos los paquetes que enviábamos.

Lejos de decepcionarnos, la nueva circunstancia reavivó nuestra pasión por las remotas islas, que ya languidecía. Mandar algo a las Coco era un método de consagración de nuestros tiliches: de pronto tenía en mis manos un cuaderno que había dado la vuelta al mundo y había regresado a mí impregnado con la magia de una isla aleatoria.

Un día mi amigo y yo nos aburrimos de la vanguardia, como suele suceder, y cada quien siguió con su vida. Además de muchos sobres con matasellos de las Islas Coco, lo único que quedó de aquel episodio, en mí, fue una atracción inexplicable por ciertas ínsulas.

Tres o cuatro años más tarde me invitaron a leer mis poemas en un festival de poesía en Trinidad y Tobago. Aunque el festival duraba solamente un día, los organizadores me llevaron por dos semanas enteras. Como no había ninguna actividad agendada para mí, esas dos semanas me dediqué a caminar por la selva en las inmediaciones de Puerto España.

Mi hotel, el Cascadia, estaba a siete kilómetros de la ciudad, y lo único que había más o menos cerca era un hospital psiquiátrico. A veces, durante el día, llegaban hasta el balcón de mi habitación los gritos de los locos.

En Puerto España encontré una librería con el sistema de clasificación más original que haya visto. Los libros se amontonaban en dos largas mesas de madera con sendos letreros: de un lado los «Libros secos» y del otro los «Libros mojados con agua de lluvia». Estos últimos eran más baratos. Allí y entonces decidí que yo quería escribir libros de ese género, y de ningún otro:



libros mojados con agua de lluvia; aunque luego he traicionado sistemáticamente esa decisión escribiendo libros más bien secos.

Todo senséi, gurú o maestro de teatro que se precie procede de manera similar con respecto a su discípulo: lo primero es quebrar su espíritu, machacar su ego con tareas denigrantes para que su alma, reblandecida por el golpe, reciba las enseñanzas en lo más hondo.

Para una persona cuyo signo zodiacal es la impaciencia (prisa mata), como es mi caso, no hay método más eficaz para quebrar mi espíritu que someterme a la espera. Mi vuelo desde Montreal a La Habana, en abril, salió con dieciséis horas de retraso. Después de gritarles, por teléfono y en persona, a varios responsables del servicio al cliente; después de considerar cancelarlo todo y de hacer filas en diversos mostradores y de resignarme a pasar la noche en un hotel desolador en las inmediaciones del aeropuerto, abordé finalmente el vuelo 879 de Air China con la mente en blanco, lienzo dispuesto para el brochazo que Cuba decidiera imprimirle.

Aterrizar en el aeropuerto José Martí de La Habana, dejarme conducir hasta el Vedado y más tarde abordar el ferry con destino a Regla fue parte de un solo movimiento. Mi cuerpo mostraba una voluntad nula: era el destino el que tiraba de la lancha, desde la otra orilla. Había dormido mal y me sentía vulnerable, como a punto de llorar de un momento a otro.

Antes de volver a La Habana había estado leyendo el *Saducismus Triumphatus, or, Full and plain evidence concerning witches and apparitions. In two parts. The first treating of their possibility. The second of their real existence*, de Joseph Glanvill, libro funesto de 1681 donde se documentan los acontecimientos que en Suecia se conocieron como «El Gran Ruido»: la cacería de brujas y el pánico social desatados en 1667. Durante los juicios suecos por brujería, nos dice Glanvill, numerosos testimonios coincidían en señalar la isla de Blockula como el lugar donde las brujas se daban cita, cada jueves santo, para celebrar sus aquelarres. La isla, descrita en los testimonios inquisitoriales como una pradera infinita, recibió, casi cien años más tarde, la visita del gran taxónomo sueco Carl Linnaeus, que, si bien se apresuró a condenar las supersticiones que rodeaban a aquel lugar en nombre de la razón positiva, también se vio obligado a reconocer que se trataba de un paisaje lúgubre que ciertamente inspiraba historias de satanismo.

Según consigna el *Saducismus...*, en Blockula las brujas caminaban hacia atrás, bailaban espalda con espalda y cogían con el diablo juntando los culos, como los perros. El diablo tenía la verga muy fría y de esas abominables cópulas nacían culebras y sapos.

La idea de una isla donde todos los movimientos son ejecutados en reversa me hizo pensar en el cuarto rojo de *Twin Peaks*, de David Lynch, esa especie de Blockula metafísica, y en ese otro cuarto, el REDRUM que Danny escribe en las paredes del Overlook Hotel en *The Shining*, de Stanley Kubrick, y que leído en reversa dice «asesinato».

Mi Blockula personal no está en el mar Báltico, sino en el Caribe. Las mujeres bailan reguetón al ritmo de ese machacón estribillo que reza «de reversa, mami, de reversa». Pero de mi cópula con las brujas regueteras, juntando los culos, no nacerían sapos ni serpientes porque una santera, a la salida del santuario de Nuestra Señora de Regla, tuvo a bien revelarme que soy irremediabilmente estéril. «Tu esposa quedará preñada, pero no va a ser tuyo el hijo», sentenció como epílogo la santera.

Sentado en el malecón, con la vista perdida en el horizonte, un par de días más tarde, no sé

todavía si debo tomarme en serio el oscuro vaticinio, pero pienso que, en cualquier caso, mi posible esterilidad genética no parece extenderse, bendita sea Blockula, al dominio de las historias insulares, que tienden a multiplicarse y proliferar en mi vida como las aves de un exuberante archipiélago.

Será como dejar un vicio...

CESARE PAVESE

Escribo, en general, por las mañanas. De las siete o las ocho en adelante, y hasta las doce o la una de la tarde, siento que las palabras me vienen con cierta naturalidad, sin tanto esfuerzo, y soy capaz de llenar páginas con relativa soltura. No digo que sean buenas, pero me salen fácil; escribir me gusta, y me gusta que me guste, así que nunca, hasta ahora, había sentido la necesidad de modificar esa rutina. Escribir en las noches, o aun en las tardes, me resulta penoso; los adjetivos se me resisten, los verbos se conjugan como quieren. El lenguaje, por las tardes, se me vuelve espeso.

Pero he decidido hacer una excepción con este texto, que pienso escribir, enteramente, pasado el meridiano. Cuando promedia la tarde, cuando la noche asedia, cuando no me siento capaz ni talentoso. Mi intención es que surja, del cansancio y la torpeza, una verdad distinta, un tipo de transparencia que no suelo buscar ni preferir cuando escribo en la mañana; contar, sin las distracciones de la retórica, la historia de cómo terminé metido, más como testigo que como parte, en la epidemia de opiáceos que asola a Norteamérica.

A principios de 2014, un mal día, empecé a sentir un dolor en el hombro derecho. Un dolor agudo, que me inmovilizaba la articulación. No podía levantar el brazo y tenía una sensación de calor intenso que me llegaba hasta el pecho. Fui con un reumatólogo de la colonia Roma y me dijo que tenía bursitis: una inflamación puntual de la bursa, de causa desconocida, probablemente relacionada con el estrés y la postura. No me pareció un diagnóstico descabellado. En esa época trabajaba en una oficina del gobierno y pasaba nueve horas al día sentado frente a la computadora, sometido además a una dieta de puros triglicéridos bajados con cerveza.

El doctor me recetó una inyección de cortisona que operó milagros y el dolor remitió durante un par de meses. Pero luego regresó, esta vez en la muñeca. Y luego en el hombro izquierdo, en el codo, en un tobillo. Un segundo reumatólogo confirmó el diagnóstico: me dijo que me tomara las cosas con calma. Lo intenté. No pude. Me volvieron a recetar cortisona inyectada.

A la siguiente crisis decidí que no valía la pena gastar dinero en una consulta y que lo mejor sería comprar la cortisona directamente. La señora de la farmacia frente a mi casa me conocía y me vendió la dosis inyectable sin presentar receta. Me inyecté yo mismo en la nalga.

Durante los siguientes años seguí sintiendo dolores intensos y paralizantes en todo el cuerpo. Probé toda suerte de remedios y fármacos que, a lo mucho, sirvieron para paliar los síntomas un par de semanas.

2015 fue un año especialmente difícil. El dolor saltaba de una articulación a otra como un mono capuchino, se arracimaba en mi codo como una colonia de larvas en el tallo de una planta, me adormecía la mandíbula durante semanas y cedía, nada más, ante el embate bruto del ketorolaco.

En agosto de ese año, Ana y yo nos fuimos a vivir a Montreal. A ella le ofrecían una beca muy buena para estudiar el doctorado y yo tenía ahorros como para dedicarme un tiempo a escribir y traducir libros. Los últimos años habían sido de mucha vida social y se me antojaba aislarme, como dicen los poetas, del mundanal ruido, convencido de que la nieve y el silencio y la escasa luz del norte resultarían benéficos para mi escritura. Pensé también que, si el estrés era la causa de mi dolor físico, la vida en Canadá tenía que ser mucho menos estresante que en la Ciudad de México.

Llevaba dos años intentando escribir sin conseguirlo, trabajando en oficinas editoriales, viajando a veces a residencias en el extranjero y consumiendo alprazolam y algunas drogas ilegales con cierta frecuencia, por no hablar de las inyecciones de cortisona y el largo listado de antiinflamatorios no esteroideos que me autorrecetaba para los dolores: ibuprofeno, naproxeno, indometacina... Con ese cóctel químico me controlaba, según me parecía, el estrés y todos sus efectos.

Durante esos dos años, antes de irme a Montreal, pasaron muchas cosas: protagonicé una película independiente que no se estrenó nunca, aprendí el antiguo arte de la cetrería, me divorcié, me deprimí, me mudé un par de veces, empecé a salir con Ana y me casé con ella. Durante esos dos años, además, cumplí la treintena. Quería prolongar mi juventud manteniendo los malos hábitos que le habían dado fuelle y que en el fondo no eran interesantes. Escapar al invierno canadiense se me presentaba como la oportunidad para dejar atrás, de una vez por todas, esa etapa de vana impostación.

La vida social me había acostumbrado a una dosis de atención alta. Me gustaba hablar fuerte y claro, como si tuviera razón siempre. La cocaína mala de la Ciudad de México me ponía altanero y me dormía la cara; me provocaba rachas de impotencia sexual pero me convencía de que era una especie de semental fluorescente. Después de esa racha de excesos, un día me vi en un departamento de techos muy altos del Plateau-MontRoyal, con vistas al cerro, sin otra compañía que un par de libros sacados de la biblioteca, una botella de whisky y mi computadora. El silencio me parecía insoportable. El dolor me volvía como en oleadas, paralizándome.

Empezaba el otoño. La luz anaranjada bañaba las paredes, también anaranjadas, del departamento. Ana entró a la universidad y de pronto tenía que pasar todas las mañanas en clase, y todas las tardes leyendo en la biblioteca, redactando *papers* en inglés, sin tregua. Yo no tenía amigos en la ciudad.

Decidí que una rutina de saludables paseos urbanos me ayudaría a echar a andar las ideas. Caminaba por la Avenue du Parc en dirección al norte, hacia el Mile-End y el Mile-Ex y la Petite-Italie; me perdía por las *ruelles* del barrio judío o bajaba andando hasta las faldas del Mont Royal, donde los *dealers* de marihuana se daban cita bajo la estatua de Sir George-Étienne Cartier.

La perspectiva de tener que escribir mi segunda novela me tenía agarrotado. ¿Tenía que parecerse a la primera? ¿Tenía que ser completamente distinta? Tomaba notas y escribía algunos párrafos deshilvanados y excesivos que a las pocas horas me parecían ilegibles (lo eran). Me servía un vaso de whisky, salía a dar la vuelta a la manzana para fumarme un porro, cocinaba o limpiaba el departamento con un celo excesivo.

El vecino de enfrente me ofreció un día un porro que acepté con gusto. Una amistad sellada con drogas prometía ser la mejor escapatoria a mi encierro. Su marihuana era mucho más fuerte

que la que vendían en el parque. El vecino me dio el teléfono de su *dealer* y empecé a llamarlo cada dos semanas. (Esto era antes de la legalización del cannabis.) El *dealer* subía hasta el departamento, sacaba de su mochila siete u ocho bolsas ziplock llenas de hierba y me decía los nombres de cada variedad: AK-47, White-Kush, Purple Death. Yo elegía la que sonara más nociva y pasaba el resto del día fumando.

Leí *Los hermanos Karamázov* en un estado de exaltación máxima, declamando capítulos enteros en la sala vacía y copiando párrafos en una libreta. (No recuerdo nada del libro, y mis apuntes al respecto son muy confusos.) Me aficioné a las cervezas artesanales del Quebec y Vermont, que me parecían tan nutritivas que no me parecía grave beberlas desde temprano. Todavía me quedaba, además, una caja entera de alprazolam que había comprado en México, y que era el remedio perfecto para la ansiedad de la cruda.

El problema, creo, fue que empecé a mezclar el alprazolam con la marihuana. Me di cuenta de que, con esa mezcla, las crisis de dolor articular desaparecían casi por completo. O quizás el problema fue que empecé a escribir sobre telepatía. O que por primera vez en mi vida me encontré a solas con mi conciencia y me cagué de miedo. O, más probablemente, el problema fue que estaba aburrido y no tenía comunidad, no pertenecía a nada. Sea lo que fuere, empecé a sufrir episodios de ansiedad cada vez más serios. El otoño, con sus luces alucinadas, dio paso al invierno y las primeras nieves. La temperatura descendió de golpe y los paseos urbanos me parecieron menos apetecibles.

El departamento de techos altos estaba mal aislado y todos sus desperfectos salieron a relucir con la llegada del invierno. Por más que subiéramos la calefacción, nunca se calentaba del todo; las escaleras exteriores eran peligrosísimas cuando había helada; las tuberías se quejaban por las mañanas y todo empezó a descomponerse, al mismo tiempo, durante las primeras semanas del año 2016.

Pasé casi todo enero en New Hampshire, en una residencia para escritores en donde me reencontré con una buena amiga, escritora estadounidense, que, para mi sorpresa, había llegado en coche, manejando desde Colorado, y tenía un cargamento importante de marihuana legal de alta potencia y varias pastillas de Adderall que compartió generosamente desde el primer día.

Fueron cuatro semanas difíciles. Escribí más de ochenta páginas de las cuales, a lo mucho, cuatro me parecen rescatables. Me aficioné a machacar las pastillas de Adderall y a inhalarlas para trabajar desde las 5 o las 6 de la mañana, a oscuras, observado por una familia de venados que a veces pasaba frente a mi ventana. Algunos días caminaba hasta el pueblo más cercano para comprar una botella de whisky, o de vino, que me bebía a lo largo de la tarde, sentado ante la computadora.

En esos días tuve un dolor insoportable en una rodilla, y luego en la cadera y en la mandíbula. Pero hacía mucho tiempo que me había acostumbrado a no hablar con nadie de mis dolores. El dolor es lo más incomunicable, lo más personal, y aunque a mí me parecía intensísimo y me colocaba en un estado de trance, cuando hablaba sobre el tema tenía la impresión de estar exagerando; me convencía de que lo mejor era sobrellevarlo en silencio.

Una noche, agotado por el régimen de drogas y dolores, me desmayé al pasar del gélido clima del bosque a la calefacción del comedor de la residencia. Los responsables del programa se

ofrecieron a llevarme al hospital, pero les dije que no era necesario (no tenía seguro médico) y me encerré en mi cabaña.

Sobrevino entonces un episodio que, *a posteriori*, interpreto como un caso de *cabin fever*, espoleado por las sales de anfetamina: me convencí de que había una presencia demoníaca en aquellos bosques, de que mi amiga escritora era una especie de súcubo, de que los amigables gringos que me habían becado para escribir una novela en realidad conspiraban para acabar conmigo.

Regresé a Montreal bastante debilitado, tanto física como emocionalmente: había desperdiciado mis cuatro semanas de retiro creativo sin escribir nada bueno, alucinando azores malévolos entre las ramas de los centenarios arces.

Ana seguía ocupadísima con el doctorado, incluso más que en otoño, y el departamento de techos altos seguía destartalándose con cada nevada.

Por suerte, de la manera más improbable, en pleno invierno, Ana supo de otro departamento –mejor aislado– que una conocida desocupaba en Outremont, en el corazón del barrio jasídico, y decidimos mudarnos.

El día de la mudanza la ciudad amaneció recubierta con una capa de hielo. No de nieve: de hielo. La temperatura había subido un poco, derritiendo la nieve, y luego había descendido de nuevo, congelando todo. Yo soy un pésimo conductor –no digamos ya sobre hielo–, así que Ana fue la responsable de la camioneta que rentamos para mover las cosas; a mí me tocó la tarea de cargar las cajas y los pocos muebles. Pero en cuanto puse el primer pie en la banqueta, antes aun de que la mudanza propiamente dicha hubiese comenzado, me resbalé espectacularmente y caí sobre mis lumbares. Adolorido, me resigné a seguir y empecé a cargar la camioneta.

Terminamos de mudarnos hacia las 8 p.m., fuimos a devolver la camioneta rentada y a las 10 de la noche, por fin, nos vimos en nuestra nueva casa. El cuerpo entero me dolía del esfuerzo y del golpe, y tanto Ana como yo nos sentíamos desfallecer de cansancio y de hambre. Lo sensato hubiera sido bajar a cenar a cualquier sitio de comida rápida, pero quisimos estrenar la cocina haciendo un arroz y, entre el agotamiento y la impaciencia, Ana se derramó sobre la mano una taza de agua hirviendo. La escuché gritar y su llanto no se detuvo hasta que salimos a la calle, en busca de un taxi para irnos a Urgencias, y el aire gélido de la noche le alivió un momento el ardor.

En el hospital nos recibieron con relativa presteza, después de unos veinte minutos de espera, y le aplicaron a Ana una especie de cataplasma. Pero el ardor seguía, y Ana temía no poder dormir nada, así que el médico de turno le extendió una receta «para que el dolor te deje dormir». Esas palabras se quedaron resonando en mi cabeza.

En la farmacia nos miraron con desconfianza y verificaron el documento de identidad de Ana con un celo que me pareció exagerado, pero al final nos dieron un bote de cincuenta pastillas de Statex, 25 mg. Me emocionó saber que la medicación nos saldría gratis: ventajas de un país del primer mundo con un envidiable sistema de salud pública.

De regreso en el departamento, una búsqueda de Google me informó qué clase de pastillas eran: sulfato de morfina de liberación inmediata.

Ana durmió bien esa noche y a la mañana siguiente el ardor de la quemada había remitido

casi por completo, así que se fue a la universidad a seguir trabajando. Yo me quedé, como de costumbre, a trabajar en el sillón, viendo la nieve por la ventana. Tomé algunas notas en mi cuaderno, intenté leer un rato. Me dolía todo el cuerpo: por el esfuerzo de cargar muebles, por la caída en el hielo y porque mis articulaciones –los hombros, los codos– estaban inflamadas de nuevo. En Montreal no sería fácil conseguir cortisona sin receta.

Se me ocurrió que tomar una pastilla de Statex ayudaría. Me tragué una con mi segundo café del día y pasé casi toda la mañana durmiendo, mientras afuera caía una tormenta de nieve.

Durante los días siguientes intenté regresar a mi abúlica rutina. Me esforcé por salir del departamento al menos una vez cada veinticuatro horas, para conocer el nuevo barrio. Todas las personas que veía en la calle eran judíos ultraortodoxos, ataviados con largos abrigos negros y Shtreimels o pelucas o kipás, según el caso. Desde la tarde del viernes hasta el domingo por la mañana se cerraban todas las tiendas del vecindario y se escuchaban los cantos en las sinagogas.

Era mi primer invierno de verdad, a temperaturas de -30 grados centígrados, con tormentas de nieve que emborronaban la ciudad casi por completo. La novela que pretendía escribir se había descarrilado, oficialmente: llevaba cientos de páginas de sinsentido, de una prosa abigarrada e imprecisa, engolada y mediocre. Aunque estaba en negación, algo dentro de mí, muy al fondo, sabía que tendría que empezar de nuevo.

Una mañana me encontré con que se me había terminado el alcohol y la marihuana; hacía un frío del carajo y yo no tenía la más mínima intención de salir de casa, pero la ansiedad empezó a treparme por las piernas, por la espalda, en dirección a la nuca. Para colmo, los dolores y la inflamación de las articulaciones habían regresado con todo en las últimas semanas: tuve una rodilla inutilizada durante cuatro o cinco días, y después un hombro jodido durante tanto tiempo que dejé de contarlos.

El alprazolam me había estado jugando chueco: el estado de placidez que inducía me duraba cada vez menos y la inquietud subsecuente cada vez más. Recordé el bote de 48 pastillas de Statex que había guardado en el botiquín, y una lucecita se encendió en mi cabeza. Dolor y sulfato de morfina: *a match made in heaven*. Nada podía salir mal.

La descripción clínica más exacta del tipo de dolor que sufría (y que sigo sufriendo) es, pese a ser también la más antigua, la de Aulo Cornelio Celso, que en el siglo I de nuestra era definió la inflamación articular aguda con un sonoro octosílabo latino: *rubor calor dolor tumor*. Quizás me hubiera convenido saber que ya el propio Celso desaconsejaba el uso médico del jugo de amapola, señalando que induce sueños muy dulces, pero que «cuanto más dulces los sueños, más amargo el despertar». Por otra parte, podría haber confiado en Ibn Sina (Avicena), médico y filósofo persa del siglo XI, quien decía que la poción perfecta debe aliviar el dolor físico, el dolor espiritual e inducir el sueño: la morfina cumple sobradamente con esos tres principios.

Pero todo eso lo he sabido después. En ese momento, lejos de consultar tratados medicinales de la antigüedad, pasé unos minutos leyendo, en un foro de internet dedicado a las drogas recreativas, sobre la manera más conveniente de consumir el sulfato de morfina. Calculé mi dosis con respecto a mi peso, raspé la capa superficial –roja– de unas cuantas tabletas con un cuchillo, machaqué las píldoras, las dividí en dos largas rayas de polvo y las inhalé en dos golpes.

Burroughs lo describe con precisión experta: «La morfina pega primero en la parte de atrás de las piernas, luego en la nuca, y después se extiende una gran relajación que despega los

músculos de los huesos y parece que uno flota sin límites, como si estuviera tendido sobre agua salada caliente.»

El efecto fue inmediato. Sentí los músculos de mi cara distendiéndose, la sonrisa que se formaba como por relajación, las extremidades súbitamente más ligeras. Era como estar en una cápsula de privación sensorial como las que inventara John C. Lilly –y que allí mismo, en Montreal, fueron empleadas por agentes de la CIA, junto a drogas psicodélicas, como parte del Programa MK-Ultra–. El dolor del hombro se me olvidó y la molestia que me había quedado en la rodilla se disipó al instante. La sensación me recordó un poco al sonido que hace una cafetera italiana cuando el café está listo: algo que se colma, una ebullición que culmina y satisface. Bienvenido a casa.

El uso clínico de la morfina en el tratamiento del dolor se generalizó a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Se creía que, al ser más potente que el opio, la morfina generaría menos adicción, pues se requería menos cantidad para que surtiera efecto. Para cuando se comprobó que esta hipótesis estaba del todo equivocada, ya había una potente industria farmacéutica alrededor de la morfina y una multitud de mujeres adictas a ella en varios países.

Una de las ideas tradicionales y más nocivas de la masculinidad es que es incompatible con el dolor. Los hombres «se aguantan». En el siglo XIX, si una mujer y un hombre acudían a la consulta de un médico y describían dolores similares, lo más probable era que la mujer saliera de allí con una receta de morfina y el hombre con una palmada en la espalda y la recomendación de bañarse con agua fría.

Quizá la cosa no sea tan distinta en el siglo XXI. A causa de mis dolores, visité tres reumatólogos y dos médicos internistas a lo largo de cinco años, y cada vez salí de la consulta con la recomendación de aprender a manejar el estrés: una palmada en la espalda. A la postre resultó que padezco una modalidad particularmente agresiva de artritis reumatoide –enfermedad autoinmune– desde los veintinueve años.

Ana, en cambio, se quemó la mano con agua hirviendo y salió de Urgencias con suficiente morfina para matar a dos San Bernards adultos. Pero en nuestra casa yo era el que tenía propensión al consumo recreativo, además de un dolor crónico.

Thomas de Quincey, en sus *Confesiones de un comedor de opio inglés*, asegura haber pasado diecisiete años consumiendo opio una vez por semana, y al menos ocho años consumiéndolo a diario, antes de que el lado oscuro de la droga, sus tormentos, se le hicieran insoportables. William Burroughs afirma, respecto a la heroína, que es necesario inyectarse dos veces al día durante al menos tres meses para adquirir el hábito. El autor anónimo de *Les rêveries du toxicomane solitaire* pasó siete años enganchado a la heroína y a la morfina antes de empezar su paulatina desintoxicación. En mi caso, aunque mi farmacodependencia llevaba varios años trazando una leve curva sigmoide, no llegué jamás a los extremos miserables de esos predecesores literarios, por fortuna. Sospecho que el cuerpo no me lo habría permitido: siempre he sido de complejión endeble y enfermiza, y mi tolerancia a cualquier droga suele estar por debajo del promedio.

No sé cuánto duró mi idilio morfinómano. Sucede que soy muy malo para calcular los plazos de mi propia vida. A veces me pongo a contar anécdotas o etapas de mi pasado y alguien me hace notar que lo que digo es imposible: en mi relato hay más años de los que llevo vivo, o hay



años que tienen dos veranos, o meses que se extienden más de la cuenta. Por eso, entre otras cosas, escribo ahora un diario: para cotejar en el futuro y que me salgan mejor las cuentas. Pero en Montreal no llevaba todavía un diario, y las notas que tomé durante mi etapa morfinómana son bastante confusas.

En cualquier caso, consumí morfina con cierta frecuencia durante algunos meses, y cuando decidí dejar de consumirla ya era otra vez otoño, como si la primavera y el verano jamás hubieran existido. Pero me estoy adelantando. Antes de narrar el periplo de mi desintoxicación quisiera consignar, aunque sea de pasada, lo que el periodo de consumo me enseñó sobre mis propios límites.

Tengo el tabique nasal desviado desde la adolescencia y una rinitis alérgica que renace cada pocos meses, inmune a todo tratamiento. Por lo mismo, las drogas inhaladas nunca han sido mi fuerte. Ya con el Adderall, unos meses atrás, había tenido problemas: un derrame en el ojo que se veía alarmante y que tardó varios días en desaparecer del todo. Los síntomas oculares de la artritis reumatoide empeoraban la cosa.

Con la morfina me empezó a pasar lo mismo. Las fosas nasales me ardían espantosamente y pronto me empezó a doler toda la cara, como me duele cuando atravieso una gripe importante. Tenía los ojos secos e inyectados en todo momento, y no había lágrimas artificiales que lo remediaran.

Regresé a los foros de internet sobre consumo recreativo, en busca de alternativas menos molestas. Ingerir la morfina oralmente es una mala idea: el porcentaje de biodisponibilidad de la droga es muy bajo y el efecto eufórico apenas se siente, además de que provoca un estreñimiento agudo. En el otro extremo, los expertos aseguraban que inyectarse era la opción más económica, pero sentí que era un paso demasiado grande. No quería que Ana empezara a notar las marcas de las agujas en mi brazo al volver de la universidad por las tardes.

La única opción que me quedaba era la vía rectal, que según pude leer presentaba una mayor biodisponibilidad que la nasal y la oral, aunque menor que la intravenosa. Tres pastillas de Statex metidas por el ojo del culo podían ponerme en un estado equivalente al de cinco tabletas inhaladas. El procedimiento era medio tedioso, pero consideré que valía la pena: tenía que machacar las pastillas y disolverlas en agua, después aplicarme un enema con la solución y quedarme acostado una media hora, en lo que se absorbía. Como de todas formas pasaba casi todo el tiempo acostado, no me pareció tan grave. Claro, tenía que vencer el ridículo pudor anal, pero debo decir que no me costó tanto como esperaba.

Los enemas de morfina se convirtieron en parte de mi rutina; primero cada quince días, luego una vez por semana. A veces machacaba una sola pastilla y la esnifaba al paso, sin tanto ritual, solo para controlar el dolor de las articulaciones. Dejé por completo la marihuana, el alcohol y el alprazolam, y me dio un alivio tremendo no sentir la ansiedad de abandonar este último sin ir bajando la dosis a lo largo de varios meses.

La morfina había obrado un milagro. Sedado, eufórico, sonriente, desnudo de la cintura para abajo, mientras afuera caía la enésima nevada y los jasídicos de mi barrio se preparaban para celebrar Pésaj –o quizás era ya Purim–, empecé a concebir una nueva novela que me salvaría del escollo en que había caído la otra. Una novela más directa, más acotada, más «sincera», si es que

eso significa algo. Desde luego, no escribía nada: me limitaba a pensar en el personaje, a recordar acontecimientos de mi infancia que me servirían en algún momento.

Dice De Quincey que el opio provoca ciertas ensoñaciones en las que se reviven, con claridad meridiana, algunos episodios del pasado remoto de los que no tenemos memoria. Supongo que algo así me pasó con la morfina durante esos meses de postración y dicha: recordaba detalles de mi vida hasta entonces obliterados como si los viviera por segunda vez. Pero el frasco de pastillas disminuía con una velocidad pasmosa y muy pronto entendí que tendría que empezar a racionarlo si quería mantener durante más tiempo el hábito. Así que decidí salir de mi encierro a irme a trabajar a la biblioteca.

La Grande Bibliothèque es un edificio enorme, todo blanco por fuera, que se levanta frente a la estación de autobuses de Berri-UQAM y el parque ÉmilieGamelin, rodeado de edificios pertenecientes a la Universidad de Quebec. Es una zona intersticial, difícil de descifrar. La primera vez que visité Montreal, en 2007, aquel era un barrio todavía turbio. Las prostitutas se formaban a lo largo de la banqueta en la avenida St.-Catherine, flanqueando las entradas de los clubes nudistas, los establecimientos de masajes o las videocabinas. Unas cuadras más al norte empezaba el Gay Village, con sus saunas y sus chichifos y sus espectáculos *drag*.

Durante casi un siglo, Montreal funcionó como una especie de Tijuana de la Costa Este. Los neoyorquinos –de la ciudad, pero también del *upstate*– cruzaban la frontera los fines de semana para correrse juergas con su moneda fuerte y disfrutar de los privilegios del *table dance* canadiense –donde las bailarinas se dejan tocar, a diferencia de lo que sucede en Estados Unidos–. La mafia italiana puso sucursales en la ciudad francófona desde los años treinta, y en los sesenta se alió con las bandas de motociclistas (Hell’s Angels francohablantes) para controlar la distribución de la droga que entraba por los puertos. El distrito rojo de Montreal, la avenida St.-Catherine, se llenó de bares y de traficantes callejeros –y, poco después, de adictos.

De aquella ciudad concebida para el vicio queda muy poco. La Grande Bibliothèque es parte de un esfuerzo sostenido de gentrificación del barrio. Quedan un par de míticos locales de *striptease*, pero las prostitutas callejeras han desaparecido. En cuanto a las zonas de tolerancia para drogadictos, se han ido desplazando hacia el norte y hacia el este.

Pero el parque Émilie-Gamelin, frente a la mole blanca de la biblioteca, se resiste al cambio. En las bancas que rodean el costado este de la plaza hay siempre un grupo de cinco o seis personas –poco impresionadas por las patrullas policiales que pasan cada pocos minutos– que venden dosis mínimas de *crack* a los adictos más desesperados. En las paradas de autobús de los alrededores, protegidas del viento gélido, hay siempre dos o tres personas fumando piedra en un tubito de vidrio.

El territorio de los opiáceos empieza a unas cuadras de distancia, en las calles que unen el Gay Village con el Boulevard René-Lévesque. Antes de las siete de la mañana uno puede caminar por allí, si el clima lo permite, y ver a los *dealers* despachando pastillas de oxicodona, tramadol o morfina. Para comprar heroína es mejor ir a Montréal-Nord, o a los picaderos de SainteMarie y Hochelaga. Pero las pastillas de contrabando se consiguen sin dificultades en diferentes puntos de venta, al aire libre, por toda la zona que se extiende desde la Grande Bibliothèque hasta el puente JacquesCartier, a lo largo del río Saint-Laurent.

Por dentro, la biblioteca tiene un aspecto prolijo y moderno. Cada piso tiene computadoras

públicas, además de las computadoras que sirven para consultar el catálogo. Hay también una zona de lectura, con sillones muy cómodos y donde a veces se exhiben exposiciones de arte relacionadas con los libros.

Ahora bien, la biblioteca, como edificio público, no puede prohibir el acceso a ninguna persona por su apariencia. Mientras no hagan desmanes ni roben nada, los adictos pueden refugiarse del frío allí dentro, hojear cómics o guías de viajero apoltronados en los cómodos sillones, escuchar música en la estupenda sala multimedia o utilizar los baños para asearse un poco.

Los indigentes, los vagabundos, los desclasados y los drogadictos pasan muchas horas en la biblioteca, en todas las bibliotecas. Algunos van allí para revisar el correo electrónico, o para leer el periódico, o para dormir la siesta. Es difícil no verlos, entre los universitarios que estudian para sus exámenes: hombres harapientos y mujeres con las uñas negras que cada tanto gritan o tosen sin disimulo. La biblioteca es su reino. Lectores y yonquis comparten, durante el día, ese terreno neutro y hospitalario. Hay una especie de justicia poética en que esos dos grupos convivan tan de cerca en la biblioteca, como si la lectura y la farmacodependencia insinuaran así su vínculo más hondo.

Cuando empecé a ir a la Grande Bibliothèque, rutinariamente, para salir de mi departamento, trabajar en la nueva novela y olvidarme de la morfina, no calculé que me vería obligado a convivir muy de cerca con mis colegas de hábito, y que la caja para jeringas que tienen los baños de la planta baja de la biblioteca, o la luz negra que instalaron en los escusados para que los yonquis no se encuentren las venas, serían un recordatorio constante de que la ciudad entera estaba inundada de sustancias, perfectamente asequibles, con las que podría reemplazar el botecito de Statex cuando se me acabaran las pastillas –quedaban muy pocas.

No me interesa tanto hablar de la droga como de la ciudad. La ciudad y la droga, la droga y la ciudad.

Las calles se transforman de repente. La adicción es como ponerse unos lentes de realidad aumentada: emerge un mapa secreto de las mismas calles por las que has pasado infinidad de veces. Sin entender muy bien cómo, de pronto sabes que en cierta esquina venden cierto producto, que los tipos que se pasean con la mirada inquieta a la salida del metro están esperando a que alguien llegue a venderles merca.

La gran biblioteca de Montreal puede parecer un lugar inocuo a cualquier persona que busque recogimiento y estudio; pero para quien mira con ojos interesados es un lugar repleto de estímulos. En una de las salidas suele haber un grupo de indigentes fumando piedra; en los sillones del piso 4 está siempre la misma transexual vieja con los brazos marcados de moretones. Cada tanto se escucha algún grito, alguna trifulca, y los guardias de seguridad tienen que echar a la calle a un drogadicto problemático.

No es una circunstancia exclusiva de esa biblioteca. En todo Canadá y Estados Unidos sucede lo mismo. En la Biblioteca Pública de Vancouver, los bibliotecarios están entrenados para administrar un antídoto –naloxona en spray– en caso de que algún usuario sufra una sobredosis. Los primeros auxilios se han convertido en un punto fundamental del currículum de los bibliotecarios. Lo mismo sucede en Calgary, en Denver, en Filadelfia. Las bibliotecas públicas se han convertido en uno de los principales campos de batalla de la guerra contra las drogas.

Asistir a la Grande Bibliothèque no era la mejor opción para olvidarme del botecito de morfina. Todo lo contrario: empecé a salirme de la biblioteca y a caminar, a pocas calles de allí, entre los *dealers* de opiáceos ilegales por ver qué productos manejaban. Pregunté precios, cotejé opciones. Uno de los *dealers* me regaló, a manera de gancho, una pequeña pastilla que según él era oxicodona. La esnifé a las pocas horas y me hizo lo mismo que la morfina. Muy pronto me convencí de que, si seguía yendo a «escribir» a la biblioteca, terminaría haciéndome adicto a algo más fuerte. Así que volví a pasar la mañana en la cama o en el sillón, haciendo un esfuerzo titánico por ignorar la existencia del botecito de Statex, calculando cuántas semanas de vicio me quedarían.

En ese punto crítico me encontraba cuando sobrevino la crisis. No quiero exponer aquí los pormenores. Baste decir que una disputa conyugal, una confesión de mis niveles de consumo y la repentina conciencia de la fuerza de mi hábito me hicieron decidirme a dejar la morfina.

Al día siguiente, agotado por el llanto y el conflicto, machaqué unas pocas pastillas e inhalé por última vez –no estaba de humor para el ritual del enema–. Estuve tentado a tomarme también una pastilla de alprazolam, solo para sobrellevar el día, pero me contuve: se sabe que la combinación de opiáceos y benzodiacepinas puede ser peligrosa (en los últimos años han muerto varias estrellas del pop por esa misma mezcla).

Mi plan era radical: dejarlo todo, desde la cerveza y la marihuana hasta el Adderall y la morfina, amarrarme a la cafeína como Odiseo al mástil.

El tercer día de abstinencia se puso difícil. Sentía una ansiedad insostenible, cierto malestar físico. Fumé un poco de tabaco, solo para marearme, y caminé mucho, aunque afuera hacía un frío del carajo. Al cuarto día se me ocurrió que no perdía nada si me daba una vuelta por alguna reunión de Narcóticos Anónimos. Mi problema no era tan crítico como para internarme, pero quizá me ayudase escuchar palabras de aliento. Busqué el directorio de reuniones de la ciudad en una página de internet y tomé el autobús de Avenue du Parc para ir a una junta esa misma noche, en el sótano de una iglesia cerca de la Universidad de McGill.

No voy a detallar lo que pasó en las reuniones. Hay una especie de código de silencio que me gustaría honrar en esta crónica apresurada, aunque hace mucho tiempo dejé de frecuentar esos grupos y ahora soy, contra todo pronóstico, un consumidor ocasional y responsable de drogas blandas: tomo aceite de marihuana para controlar el dolor de las articulaciones y a veces llego a beberme una cerveza, los fines de semana. Mis días de rehabilitación y abstinencia me resultan tan ajenos e incomprensibles como mis días de excesos. Ahora vivo en esa meseta de prudencia, dieta mediterránea y buenas decisiones que evité durante tantos años, aferrado a una adolescencia tardía o recurrente.

Las reuniones de doce pasos a las que asistí durante meses modificaron, entre otras cosas, mi percepción de la ciudad. Un nuevo mapa de Montreal emergió en mi cabeza, superponiéndose al mapa neutro de los turistas y al mapa imaginario de los adictos inveterados que había llegado a atisbar fugazmente, en las inmediaciones de la biblioteca. Un mapa de las reuniones, de los sótanos de las iglesias donde transcurrían, de los autobuses que tenía que tomar o los callejones que tenía que recorrer, con el frío pelándome los dientes, para llegar a la fraternidad de adictos, su calor de miseria y galletitas.

Canadá no tiene fama de ser un país demasiado emocionante, sino todo lo contrario, pero lo

que vi y escuché entre sus drogadictos en recuperación desmiente parcialmente el estereotipo. Empecé asistiendo, cada día, a una reunión distinta de la misma fraternidad, según la agenda que a continuación detallo:

*Lunes.* El sótano de la iglesia que mencioné antes. La reunión se desarrollaba en inglés y los asistentes eran, en su mayor parte, jóvenes estudiantes o empleados de la Universidad de McGill. Eran, muchos de ellos, canadienses de las provincias anglófonas que se habían mudado a la ciudad para estudiar en la prestigiosa casa de estudios (conocida como la «Harvard canadiense»). Agobiados por la exigencia académica o desconcertados al verse de pronto en una ciudad de más de 100.000 personas, los alumnos se entregaban durante algunos años a los excesos normales de los universitarios privilegiados: fiestas con alcohol y cocaína los fines de semana –que se iban ampliando hasta comenzar en miércoles–, alucinógenos a puños, antros de música electrónica. Pero luego el asunto pasaba a mayores: los corrían de la escuela, la familia les cortaba el flujo de dinero, dormían en los sillones de los amigos mientras a estos les duraba la paciencia y, finalmente, se veían obligados a prostituirse, delinquir, mudarse a alguna zona marginal para seguirse costear el vicio.

En esa reunión de los lunes había, como en todas partes, historias de abuso sexual intrafamiliar, de alcoholismo hereditario, de enfermedad mental. Pero también muchas historias de dinero, de viajar en primera clase para vender el cuerpo en Luxemburgo durante cuatro días y regresar a Montreal a gastarlo todo en piedra. Era una reunión poco religiosa, donde se toleraba la disidencia ideológica respecto al Gran Libro y se permitía que los miembros del grupo se refirieran a dios con nombres más neutros o seculares –como Gran Conciencia o Espíritu Mayor–. El café, en general, era bueno. Había en promedio unos cuarenta asistentes y las galletas eran el secreto mejor guardado de aquel inframundo montrealense. Los responsables de la reunión eran muy profesionales y llevaban el orden del día con un rigor un poco molesto, como si necesitaran afirmar su autoridad a partir del cumplimiento puntualísimo de los horarios.

*Martes.* En la misma iglesia que la reunión de los lunes, se desarrollaba los martes una reunión de distinto formato. Aunque era más o menos la misma tribu, esta reunión era dirigida exclusivamente por mujeres y tenía un acento LGBT+, aunque no se declaraba como tal (había un par de reuniones explícitamente LGBT+ en la ciudad). En cada sesión había un orador designado. Algunos de ellos provenían de otros grupos o hasta de otras fraternidades (es la única reunión donde presencié una convivencia más o menos pacífica entre los miembros de Narcóticos Anónimos, AA, y Cocainómanos Anónimos, una escisión de la primera, surgida en los años noventa, que en general se mantenía aislada).

*Miércoles.* La reunión de ese día tenía lugar en uno de los salones de actos múltiples de la YMCA, sobre Avenue du Parc, muy cerca de mi casa. Esta reunión, mi favorita, era oficialmente anglófona, aunque buena parte de los asistentes hablaban también francés y no era raro que las conversaciones privadas, ajenas a la liturgia, transcurrieran en ese idioma. La concurrencia era muy variada: adolescentes punks, con el pelo al rape, que se quejaban de sus padres; amas de casa que habían caído en la heroína después de pasar por los opiáceos de receta; antiguos motociclistas, afiliados a la rama local de los Hell's Angels, que cargaban con culpas impronunciadas y llevaban treinta años «limpios»; mafiosos italianos de impecable vestimenta que daban gracias a dios por su familia numerosa; uno que otro latinoamericano de clase media y, lo juro, un ladrón de bancos. En esta reunión forjé mis amistades más íntimas. Alguien me dijo

que tenía que involucrarme en el grupo y empecé a llegar media hora antes para poner la cafetera y acomodar las mesas. A fin de alentarme, algunos de los veteranos del grupo me dijeron que tenía un don especial para hacer el café; a mí me seguía sabiendo espantoso.

Un día me quedé platicando con uno de los adolescentes punks después de la reunión de los miércoles. Vestía todo de negro y llevaba unos zapatos hechos mierda, poco indicados para las temperaturas extremas del invierno. No sé cómo empezamos a hablar de música y me dijo que tocaba noise en un grupo. Yo le conté que en México, años atrás, había tenido también un grupo de noise, La Viruela de Stalin. Entusiasmado por la coincidencia, me invitó a su casa ese viernes para hacer ruido en su sótano, donde acumulaba algunos sintetizadores de los ochenta y una batería destartada.

Ese viernes fui a casa de mi nuevo amigo, en el barrio de Montréal-Nord: una de las zonas marginales de la ciudad, poblada sobre todo por inmigrantes. Gritamos y manipulamos circuitos sin ninguna noción armónica hasta quedar medio sordos. Luego salimos a caminar por las calles de su barrio y él me contó de sus tempranos flirteos con el *crack*, en la secundaria. Me dijo que había ingresado a la primera clínica de rehabilitación a los quince años, y me sentí un poco farsante, como si fuera culpable de que mi adicción, mucho más manejable, jamás hubiera conocido un pozo tan hondo.

También me hice amigo de un ama de casa judía que asistía a esa misma reunión de los miércoles. La mujer había llegado hasta los cincuenta años sin probar más que una copa de vino tinto en alguna celebración de Rosh Hashanah; luego había tenido un accidente y se había lastimado la espalda. Le recetaron morfina, o Percocet, u Oxycontin. Al cabo de dos años se había divorciado y se había gastado todos sus ahorros en heroína. Vivía en un edificio muy cerca del mío, en un departamento que compartía con su amante, un adicto a la coca veinte años menor que ella. Nos topábamos todo el tiempo en la frutería o en la farmacia, donde me hacía bromas en un francés quebequense cuyos matices se me escapaban.

También en la reunión de los miércoles, el ladrón de bancos me pidió que apuntara su teléfono y que lo llamara si alguna vez estaba en problemas. Me sentí muy honrado de contar con semejante apoyo, pero al poco tiempo lo metieron de nuevo a la cárcel y nunca pude llamarlo.

*Jueves.* El día más difícil para los adictos de la zona este. Casi todas las reuniones anglófonas de los jueves transcurrían en West Island, que me quedaba muy lejos, así que ese día, en general, descansaba, o bien iba a una reunión francófona y diminuta cerca de Parc Extension, en donde nunca había más de tres asistentes y que terminó disolviéndose por falta de recursos.

Un par de veces aproveché el jueves para ir a las reuniones en español, organizadas por una fraternidad de adictos inmigrantes, que tenían su sede en las inmediaciones del mercado de Saint-Hubert, donde hay muchos comerciantes latinos. Pero no tuve estómago para seguir asistiendo. De todas las historias que escuché en inglés o en francés, ninguna fue nunca tan perturbadora como la más leve historia de la comunidad latina. Ni siquiera cuando uno de los asistentes a una reunión francófona decidió suicidarse horas antes de que le tocara hablar me sentí tan afectado y emocionalmente revuelto como las dos veces que asistí a las reuniones hispanas. En ellas no había ningún tipo de apego al protocolo: cada sesión podía extenderse hasta cuatro horas y nadie le decía al orador que había excedido su tiempo; la cooperación económica no era voluntaria, sino que te obligaban a poner dinero; y a la hora de recitar los mantras de la rehabilitación nadie parecía tomarse en serio el ritual: todo el mundo conversaba, sin ponerle atención al presidente.

La mayoría de los asistentes estaban allí por orden judicial, como último recurso antes de ser deportados o volver a la cárcel. En esas reuniones escuché a un sexagenario que afirmaba haber sido entrenado por la CIA y haber participado en masacres de la contrarrevolución centroamericana durante los años ochenta; escuché a un miembro jubilado de un importante cártel mexicano que había pedido asilo en Canadá después de perder a toda su familia; escuché a un marero rehabilitado que había terminado de celador en una bodega de la periferia, tras pasar un par de años en el tambo. Eran, además, reuniones profundamente misóginas, homófobas y evangélicas.

*Viernes.* Ese día alternaba entre dos reuniones muy distintas. La primera tenía lugar en un sótano de una iglesia cristiana en Outremont, a unas cuatro o cinco calles de mi casa. Era una reunión de abolengo, llena de empresarios o profesores que habían sido adictos en su juventud hippie pero que llevaban al menos cuarenta años sobrios y no toleraban ningún tipo de excentricidad o disidencia. La junta era tan grande que, pasada la liturgia inaugural, se dividía en dos grupos: los Ancianos Sabios se quedaban en el salón principal y los miembros más jóvenes, con menos tiempo de sobriedad, pasábamos a un salón adyacente, más pequeño, con una gran mesa rectangular al centro. Siempre me desconcertó que en las paredes hubiera símbolos masónicos, y cada vez que fui a esa reunión procuré salirme antes de que terminara, para no socializar con nadie.

La otra reunión de los viernes, en cambio, era la más democrática de todas. Era una reunión bilingüe, administrada por quebequenses francófonos de aspecto rockero y de clase obrera, que tenía lugar en un enorme salón vacío de un supermercado subterráneo. Era una reunión que empezaba inusualmente tarde, cuando los pasillos de ese *mall* decadente estaban vacíos y daban un poco de miedo. La asistencia promedio era de sesenta personas. El café nunca alcanzaba y hacia el final de las reuniones la gente se ponía muy nerviosa por eso. Dije que era una reunión bilingüe, lo cual quiere decir que uno podía dar su testimonio en inglés o en francés, pero la mayoría de los participantes se expresaban, más bien, en un *quebeco* cerradísimo y lleno de *slang* que me costaba seguir. Había sobre todo gente de la vida nocturna de la ciudad: cadeneros, *streakers*, narcomenudistas, pandilleros con la cara tatuada, anarquistas, músicos de folk francófono que venían desde Laval o incluso de otros pueblos, en los Cantones del Este, solo para pasar las noches del viernes –hora fatal para un adicto de pueblo– en compañía de gente más o menos rehabilitada. Era una reunión muy emocional, en donde siempre había alguien que lloraba. Allí fue donde me tocó saber de un suicidio y de varias recaídas que terminaron en sobredosis, justo durante los meses en que el fentanilo empezó a hacerse presente en la Costa Este (hasta ese momento había sido un azote exclusivo de las provincias de British Columbia y Alberta).

Los fines de semana, las reuniones de adictos se vaciaban. Aquellos pequeños empresarios o mafiosos retirados que llevaban cuarenta años sin acercarse a un gramo de coca, a una jeringa, a una triste cerveza sin alcohol, pasaban el sábado y el domingo en familia, suspendían por dos días la necesidad de retribuir, con su experiencia, a la comunidad que les salvó la vida.

A la reunión del sábado –que tenía lugar en un centro comunitario del Plateau-Mont-Royal donde se impartían clases de francés para inmigrantes ilegales– asistían unos seis o siete adictos, rara vez llegaban a la decena: jóvenes de las *first nations*, recién salidos de la cárcel, que se habían enganchado a la heroína a los catorce años; enfermos mentales que vivían de su pensión

gubernamental; adolescentes de cincuenta años que habían logrado dejar el *crack* pero no la violencia; inmigrantes musulmanes y un genio de las finanzas, reconvertido en ludópata, que lo había perdido todo en juegos de póquer ilegales.

Lo mismo, a grandes rasgos, el domingo: reuniones tristes y silenciosas, siempre al borde de la desaparición, donde no había dinero suficiente para galletas ni vasos desechables.

Fue en esas reuniones de fin de semana donde conocí a uno de mis amigos de aquella época. Oriundo de Vancouver, S. había sido un DJ famoso en los años noventa. Se había ido de gira por Europa y había perdido varios años en esa bruma festiva de las *raves*, Ibiza, las luces estroboscópicas y el MDMA mezclado con cualquier cosa. Más tarde, S. se había asentado en Montreal y había fundado una empresa de seguridad informática; pionero de las criptodivisas, había amasado una fortuna importante que después se evaporó durante un periodo particularmente duro de adicción a la cocaína junto a la madre de sus hijos. Ahora llevaba un par de años limpio y trabajaba para un banco estadounidense en asuntos de ciberseguridad.

Un día, S. me invitó a tomar un café después de una de las reuniones, y yo acepté. Nos hicimos amigos porque a los dos nos gustaba el café *ristretto*, lo más amargo posible. Tomábamos tres o cuatro cafés a lo largo de la tarde y nos contábamos de nuestras respectivas vidas. Era agradable conversar con un adicto que no hablaba solamente de adicciones: mucha de la gente que asiste a esos grupos repite sin apenas matices los mismos tópicos de la desintoxicación, y yo rara vez lograba llevar la conversación hacia otros territorios. Con S. era distinto. Me habló de su adicción, pero también, mucho, de su trabajo.

Otro día fuimos a comer *baozis* al barrio chino y, en la sobremesa, me contó, en voz baja, algunas de las cosas que sucedían entre bambalinas en las reuniones de adictos: «Entre septiembre y noviembre, los grupos se llenan de policías infiltrados que vienen a parar la oreja para ver quién ha reincidido, luego amedrentan a esa persona para que delate al *dealer* y así hacen un par de redadas importantes antes de fin de año, para inflar sus cifras»; «si apuntas tu número de teléfono en los cuadernillos del grupo, lo más probable es que una máquina de la policía te esté escuchando en todo momento. Es un software que empieza a grabar en cuanto tú pronuncias ciertas palabras clave».

No supe distinguir si aquella información provenía de un conocimiento profundo y personal de la sociedad del espionaje informático o de una aguda paranoia, resultado del consumo sostenido de enervantes. En cualquier caso, a partir de ese día empecé a ver con desconfianza a muchos de los asistentes a las reuniones, incapaz de quitarme la idea de que eran policías encubiertos. Supongo que allí empezó a cobrar fuerza mi desencanto, y empecé a ir cada vez con menor frecuencia: primero dos veces por semana, luego una, luego cada quince días.

La ciudad, en esa época, me empezó a mostrar su flanco más hostil. Era invierno otra vez, como casi siempre. Sé que viví veranos en Montreal –tres veranos, para ser precisos–, pero lo único que logro recordar son las tardes grises de la primavera, la luz histórica del otoño y el larguísimo *loop* del invierno.

Me aficioné a caminar por las zonas industriales, de grandes fábricas y almacenes abandonados, después de la medianoche. Casi sin darme cuenta, fui sustituyendo los rituales de Narcóticos Anónimos por las caminatas –las caminatas rituales–. A veces tomaba un autobús cualquiera en dirección a los suburbios y me bajaba en una parada indistinta, para caminar bajo



los grandes puentes que unen entre sí las muchas islas del Saint-Laurent. Mis dolores articulares regresaban a veces, pero caminar me hacía bien, y también la sobriedad. Desde que dejé la morfina, los síntomas de mi artritis no diagnosticada habían ido disminuyendo.

En esas mismas fechas empecé a interesarme por algunos personajes míticos de la vida cultural de Montreal. En un afán por darle más color local a mi francés, escolar e inseguro, me puse a leer las novelas de Réjean Ducharme.

Ídolo marginal de la literatura quebequense, Ducharme publicó al menos dos obras maestras (*L'avalée des avalés*, *L'hiver de force*) en Gallimard, en los años sesenta. Desde la aparición de su primera novela se negó a responder entrevistas, a someterse a sesiones fotográficas, a hacer giras o lecturas públicas. A lo largo de las décadas siguientes publicó algunos libros más, cada vez menos leídos, menos celebrados, y se fue difuminando en el anonimato y la reclusión hasta aquellos días helados del invierno de 2016. Una de las tres o cuatro fotos suyas que se conocen, y la única en color, es de 1990: un hombre vestido en tonos pardos, la línea del cabello ha comenzado a retirarse, las manos en los bolsillos, un camino de nieve, el blanco por todas partes, y dos perros.

Para cuando empecé a leerlo Ducharme había alcanzado, oficialmente, el estatus de leyenda urbana. Su literatura me gustó, aunque un poco menos que el misterio que rodeaba al autor. Se sabía que Ducharme vivía en una casa del barrio conocido como la Pequeña Borgoña, y que llevaba varios años dedicado a hacer esculturas en su jardín con la basura que recolectaba por las calles –firmaba tales piezas con el seudónimo de Roch Plante: un nombre que casi significa «piedraplanta», como si el escritor se hubiera camuflado hasta fundirse con el paisaje–. Tras casi dos décadas sin publicar, y con sus libros más célebres perdidos ya en las brumas del lejano siglo xx, Ducharme había conquistado, por fin, la invisibilidad absoluta.

Durante mis largas caminatas por las zonas baldías de la ciudad, se me metió en la cabeza la idea de encontrar a Réjean Ducharme, de confirmar su existencia en este mundo, más acá de la leyenda.

Una de las particularidades urbanísticas más encantadoras de Montreal son sus callejones. Cada manzana de casas o de edificios de departamentos tiene una calle o avenida al frente y una pequeña callejuela detrás, conocida como *ruelle*. En esas callejuelas transcurre la vida secreta y más íntima de la ciudad –todas aquellas escenas que se le escamotean al turista que solo transita por avenidas–. Allí juegan los niños jasídicos con sus patinetes, los vagabundos esculcan los botes de basura en busca de cosas para vender, algunos vecinos organizan convivios y los adolescentes se juntan a fumar marihuana. Las *ruelles* son el lado B de Montreal, un sistema sanguíneo paralelo por el que fluye una sangre más oscura.

Me pareció natural buscar a Ducharme en las callejuelas. Era seguro que un escritor secreto no se pasearía por los bulevares, que no frecuentaría el Café Cherrier, donde los intelectuales francófonos de medio pelo se beben cada tarde una copa de vino para sentirse en París; que no me lo encontraría en L'Express –el bistró de los periodistas– ni en las *soirées* de la Maison des Écrivains, a un costado de la Square St.-Louis; ni en la función nocturna del Cinéma Du Parc, haciendo fila para ver el último estreno de Xavier Dolan. Un escritor secreto, como Ducharme, caminaría exclusivamente por las callejuelas de la Petite Bourgogne, o a lo mucho por las callejuelas de Griffintown, de Pointe-St.-Charles. Así que me convertí yo también en un escritor secreto. Frecuentaba –aunque cada vez menos los sótanos de las iglesias, atestados de adictos que

hablaban por primera vez de sus sentimientos, y luego salía a recorrer las *ruelles* de los barrios menos protagónicos, donde yo mismo rebuscaba en la basura o miraba con desconfianza a los jóvenes, como si el solo hecho de actuar como creía que Ducharme actuaba me acercara a él de alguna manera.

A veces creía reconocerlo en el rostro barbudo y descuidado de algún indigente que recogía muebles abandonados, o en la mirada esquiva de un viejo que andaba muy lentamente en bicicleta, esquivando los charcos de nieve derretida. A veces, cansado de caminar y con las manos entumidas por el frío, me metía en alguna biblioteca pública y me apoltronaba en un sillón, junto a los yonquis y los viejos y los desempleados, y me ponía a escribir en mi cuaderno sobre los posibles rumbos de Réjean Ducharme, el escritor secreto, como si fuera un detective privado que debía entregar un informe: «Martes. La Petite Patrie. Encontré los restos de una silla dispuestos con intención escultórica en una callejuela: ¿Ducharme *was here?*»

En esas bibliotecas seguí leyendo a Ducharme. En esas bibliotecas leí, también, a Mordecai Richler, Hubert Aquin, Nicole Brossard y Leonard Cohen: autores todos que habían caminado esas mismas calles, esas mismas bibliotecas llenas de marginados.

En esas bibliotecas, llenas también de chinches y de charcos que dejaba la nieve derretida de las botas, traté de convencerme de que Montreal era una ciudad posible, una ciudad de Norteamérica, de la Costa Este, a la que uno se mudaba para probar suerte y en la que uno descubriría una vocación sencilla pero dichosa y envejecía, saludablemente, bajo el cuidado de las instituciones públicas de salud, que recetaban morfina a mansalva. Pero no lo era. Montreal era una ciudad imposible: un sistema de túneles que interconectan centros comerciales, un montón de sótanos de iglesias atestados de adictos, una red de bibliotecas públicas con luces negras en los escusados y cajas para tirar las jeringas en los baños; era una ciudad de almacenes y fábricas abandonadas, de callejuelas y callejones y escritores secretos, donde el acto mismo de escribir sería siempre secreto, siempre conflictivo y anónimo, siempre inútil.

Réjean Ducharme, el escritor más secreto de los escritores secretos, se fue quedando pobre después de publicar su último libro, en 1999. Según los artículos de periódico que leí en las computadoras públicas de las bibliotecas, Ducharme solo comía arroz y alubias de lata desde hacía años. Se dedicaba a recolectar basura, como un Kurt Schwitters cualquiera, a garabatear dibujos y a pasar varias horas al día encerrado en su estudio, quién sabe si escribiendo una obra secreta o secretando una obra muda, una obra indistinguible de las piedras y las plantas de una ciudad políglota e imposible.

Montreal, para mí, había pasado de ser una ciudad cerrada, impenetrable, a ser la ciudad de los adictos, abierta como una flor carnívora, y más adelante la ciudad de los adictos en rehabilitación, y por último la ciudad de los escritores secretos y perdidos.

Al mapa inicial de mis rumbos se le fueron superponiendo esos otros mapas, hasta formar una ciudad en estratos, como son todas las ciudades que conocemos un poco más de cerca.

Al caminar desde mi casa hacia el Parc Lafontaine, por las callejuelas, escuchaba primero el yiddish predominante de mi barrio, después el inglés de los hípsters del Mile-End, después el francés europeo del Plateau y luego el francés quebequense de los barrios menos gentrificados. Si caminaba hacia el noreste, en cambio, escuchaba italiano saliendo de los cafés de la PetiteItalie, y después, el español de inflexiones sudamericanas al llegar al mercado de Saint-Hubert, pasando por el urdu que a veces sonaba cerca de la avenida JeanTalon.

Nunca volví a probar la morfina, ni inhalada ni en enemas, pero un día dejé de ir por completo a las reuniones de adictos. Acababa de obtener el llavero conmemorativo de mis primeros seis meses sobrio. Ya no las necesitaba. Quizá nunca las había necesitado, en el fondo, más allá de que todos necesitamos, a veces, contar una historia de nosotros mismos frente a un grupo de gente desconocida. Empecé a tomarme una cerveza de vez en cuando, con amigos que había conocido en lecturas de poesía, o en torneos de ping-pong, o en conciertos de música.

Nunca encontré a Réjean Ducharme. En junio de 2016, cuando acabó por fin el invierno de mi adicción, murió la pareja de Ducharme, Claire Richard, quien había fungido durante décadas como su representante y su único contacto con el mundo. Y después se murió Ducharme. Y yo dejé de buscarlo en las callejuelas y empecé a frecuentar los bulevares, y los cafés de escritores, y dejé de mirar a los ojos a los adictos que se apoltronaban a mi lado en las bibliotecas, y el mapa de esa ciudad fantasmal de los opiáceos se borró de mi mente con la misma naturalidad con que había aparecido.

Hace un par de días recibí un email diciendo que mi credencial de la Grande Bibliothèque estaba a punto de expirar. Quise leerlo como el signo definitivo de que una etapa de mi vida ha terminado para siempre.

Mientras escribo, pasado el meridiano, noto que me empieza a doler el hombro. En momentos como este extraño la ligereza analgésica de la morfina. Pero quizá la solución no es encontrar la pócima perfecta de Ibn Sina. Quizá lo que tengo que hacer es irme al campo. Hacer una cura, como decían antes. Tal vez incluso buscar un retiro de aguas termales o peregrinar a Lourdes o por lo menos a Chalma. O perseguir las huellas de un escritor secreto en una ciudad extraña, en un invierno de sótanos y túneles. Debo ponerme en las maternales manos del ritual. Encontrar un disparate cualquiera que a fuerza de repetirse termine siendo verdadero.

No es del todo casual que la época en que menos padecí los dolores fue precisamente cuando iba cada tarde a las reuniones de adictos, cuando llegaba media hora antes para poner la enorme cafetera metálica en el grupo de los miércoles y repetía ciertas frases sin entenderlas del todo y sin estar de acuerdo con ellas, y me tomaba de las manos con un grupo de gente rota, doliente, escaldada por el flagelo más salvaje de nuestros días: esas pastillas azules que unos muelen para inyectarse, esa heroína cortada con fentanilo, esa coca lavada que se vende en los antros o la piedra del *crack*, fumada al abrigo de las *ruelles* montrealenses. Eran personas que habían vivido en el bosque, sin hablar con nadie durante meses, alimentándose de bayas y carne seca; que habían vivido, durante una época, de asaltar bancos, o de robar gasolineras en cinco pueblos de Ontario. Personas que habían bebido alcohol de una bolsa de papel de estraza ofrecida por un inuit generoso a la salida del metro Place des Arts, en otoño, o que comían por cuatro dólares en el comedor comunitario de Saint-Denis, donde también comíamos Ana y yo, arracimados en mesas largas junto a otros estudiantes y artistas latinoamericanos, junto a simpáticos viejos desdentados y a exconvictos que se bebían el café con parsimonia, postergando el momento de salir al frío.

Estoy bastante seguro de que el dios de los drogadictos en recuperación no existe, como tampoco existen los otros dioses, pero la acción de repetir un gesto o un conjunto de palabras aleatorias poniendo en ello el cuerpo y la cabeza a veces basta, por sí sola, para reacomodar las melladas piezas del espíritu y restablecer la ficción más hermosa de la que somos capaces: la de

que existe, a pesar de todo, un orden. Un orden precario y provisorio, si se quiere. Un mapa que se sigue transformando mientras habitamos el territorio que define, y que se fija en el recuerdo – al fin– cuando nos mudamos a otra parte.

## APUNTES PARA LA FETICHIZACIÓN DEL SILENCIO

Hasta hace poco vivía en otra ciudad –al norte, muy al norte, demasiado–. Durante seis meses al año, las ventanas de mi departamento estaban cerradas, sin excepción ni tregua: era un edificio viejo y el hielo bloqueaba los mecanismos para abrirlas. Las temperaturas bajo cero, las lluvias, las heladas y nevadas entre noviembre y abril –a veces mayo– hacían imposible la comunión de espacios: afuera, la intemperie gélida; adentro, un refugio. La frontera entre ambos pedía ser infranqueable: doble vidrio empañado o con escarcha. Era, pues, una casa sorda, con pisos de madera.

Durante seis meses seguidos, sin interrupciones, solo escuchaba el crujir de la duela, los ires y venires de los ratones en el interior de las paredes, el agua llenando los radiadores de la calefacción central –vetustos armatostes de fierro pintado que descansaban junto a los muros–. El sonido era algo que sucedía adentro. Como cuando uno sumerge la cabeza en una tina y escucha solo su propio movimiento, el flujo de la sangre, las oscuras vísceras palpitando en su lento pero seguro trote hacia la tumba.

Casa y cuerpo, en esas condiciones, interpretaban una especie de coreografía en espejo. El runrún de las tuberías desperezándose me obligaba a volver el oído hacia mi aparato digestivo –lento como mula lenta, entorpecido por la quietud de todo–. El tac tac de la lluvia helada –ni granizo ni nieve: punto medio– me ponía los nervios de punta, como se dice: nervios de formas punzantes como los carámbanos de la iglesia al otro lado de la calle. Las patitas de los roedores escarbando sonaban como algo turbio que habitaba en mí y buscaba salir por algún sitio. Y así con todo. Reinaba, podría decirse, una inquietante armonía.

Una vez al día me forzaba a salir de casa, para caminar un poco. Las banquetas, bordeadas de nieve a un costado y otro, se convertían en veredas agrestes. Los rostros adustos de los peatones, enmarcados de ropa hasta las cejas mismas, pasaban como fantasmas: las pisadas de los otros no se oían; solo mis propios pasos, crac crac, apisonando el hielo, moldeando la huella fría que la nevisca borraría pronto. Y los niños acolchados, arrastrados en trineos por aquellos senderos invernales como tiranos miniatura de una tundra muy cívica –mongoles tímidos que susurraban órdenes a sus caballos, hunos gentiles sobre los caminos níveos–, no gritaban apenas.

Así, cada tarde caminaba hasta el café de siempre, arquetípicamente llamado Club Social, donde el vocerío romance de los italianos me restituía de pronto un sentido de la escucha, un rumor añorado, a medias familiar pero también extraño: palabras deformadas por siglos y migraciones, carcajadas latinas que se aliaban con aullidos anglos, capuchinos pedidos a gritos en un francés macarrónico, de vocales dobladas sobre sí mismas –vocales ahogadas por el peso plúmbeo de la pinche nieve–. A veces allí, en el Club Social de la calle St. Viateur, me sentaba a calentarme un rato, rodeado por un ruido puntual y hasta un poco previsible, pero ruido al fin, que a medias reemplazaba el sol inexistente de fines de diciembre.

Luego, de regreso a mi casa –casarón insólito, insonorizado casi–, me detenía en la panadería de los jasídicos, que se quejaban en yiddish por sus celulares y pedían de mala forma una docena de *rugelachs* a la dependienta china que les despachaba.

De noche, el sonido de las gigantescas máquinas quitanieves irrumpía a veces en mis sueños,

atravesando los dobles cristales, como un recuerdo difuso pero todavía reconocible: pitidos, motores, crash crash, palas metálicas contra el asfalto frío.

La primavera no era el golpe de dicha que nos enseñan las caricaturas. Más bien un flujo constante de líquidos, un lento goteo: la vida conectada al suero del deshielo. En la azotea se reactivaban ríos intramuros, desagües súbitamente vivos que canalizaban el agua desde los altos tejados hasta la yerma tierra. Los carámbanos de la iglesia, pling pling, iban perdiendo forma hasta ser un charco mugriento del que bebían las primeras ardillas, materializadas de pronto sobre las banquetas.

Las conversaciones también, de alguna manera, se descongelaban; en la calle se oían imprecaciones políglotas y el salpicar de los coches entre ese lodazal negruzco que en inglés llaman, con una onomatopeya fantástica, *slush*.

Regresar a vivir a la Ciudad de México ha sido, sobre todo, volver a un ruido que no por conocido resulta más discreto. No es una transición sencilla. Las primeras noches me desperté cada media hora, sorprendido por el aullido de un perro vecino, el paso de un helicóptero, la conversación de dos personas junto al elevador de mi edificio. A las 3 a.m., puntualmente, una seguidilla de aviones en descenso me despertaba. A veces, resignado a la interrupción del sueño, caminaba hasta el balcón de este séptimo piso y a lo lejos escuchaba el motor de los camiones sobre el Eje, las sirenas, una fiesta que no cedía un par de pisos más abajo. Este trajín constante del que no es posible aislarse llegaba a enloquecerme.

Al cabo de un par de días me hice con un paquete de tapones para los oídos, que me sirvieron al menos para alcanzar el estado de sueño profundo. En el Metrobús me habitué a llevar siempre los audífonos puestos, incluso si no sonaba nada a través de ellos, para ensordecer un poco a la ciudad, que alcanza niveles nocivos de intromisión sónica. En el café donde me sentaba a trabajar me aficioné a escuchar ruido blanco mediante una aplicación que descargué en el teléfono, para bloquear las bachatas de las bocinas y las conversaciones de los comensales.

A ese primer momento de tratar de bloquear el ruido, recién desembarcado en la Ciudad de México, le siguió otro de experimentar con sus muchas posibilidades. Me aficioné a un podcast sobre paisajes sonoros urbanos que dedica un episodio a cada ciudad, de modo que un día me vi atravesando el Parque Hundido mientras escuchaba los pregones de Nueva Deli. La fisura que se abrió entre el sonido de una ciudad y la visión de otra me permitió después recuperar cierta sorpresa con respecto a la música del DF.

«Anoche ha venido el gran gato gris de mi infancia. Le he contado que me hostiliza el ruido», escribe Di Benedetto en *El silenciero*. El pitido distante del camotero, después de escuchar un programa de una hora dedicado al paisaje sonoro de Copenhague, me pareció de pronto, ¿cómo decirlo?, exótico, y solo mediante esa exotización se me hizo soportable la hostilidad de la que habla el narrador de Di Benedetto.

Quizás no haya más que asumir el ruido, darle una bienvenida resignada o buscarle el flanco improbable, como cuando se aprende a acariciar a una bestia en el lugar del lomo que más la satisface.

No digo que haya reconciliación completa, pero sí un reconocimiento tácito: las ciudades vivas hablan, aúllan, se rompen toda la noche en un estrépito de vidrios. Sus habitantes podemos

agitarnos de rabia e impotencia, comprar los más sofisticados tapones para oídos, o podemos inventar un silencio a la medida de nuestras posibilidades en una cama, con la almohada sobre la cara, o cerrando los ojos en la regadera, o en la oscuridad de un cuarto, o frente a una ventana, para descubrir que otros nos miran desde ventanas idénticas, al otro lado de la avenida.

En *The Soundscape*, el libro que acuñó el término «paisaje sonoro», R. Murray Schafer habla de la necesidad de recuperar un concepto positivo del silencio: «Si abrigamos la esperanza de mejorar el diseño acústico del mundo, solo realizaremos esta aspiración tras recuperar el silencio como un estado positivo en nuestras vidas. Acalla el ruido de la mente: esa es la primera tarea; todo lo demás llegará en su debido tiempo.»

En *Silence: In the Age of Noise*, el explorador noruego Erling Kagge (el primer ser humano que alcanzó el polo Sur, el polo Norte y la cima del Everest, y a quien conocí una tarde en el húmedo calor del aeropuerto de Medellín) relata un experimento llevado a cabo por las universidades de Harvard y Virginia: a un grupo de gente se le dio la posibilidad de quedarse callados, sentados en un cuarto vacío y sin distracciones, o bien recibir dolorosas descargas eléctricas. Casi la mitad de los participantes eligió la descarga eléctrica antes que guardar silencio durante un rato.

Me pregunto si yo hubiera formado parte del grupo masoquista, eligiendo la descarga eléctrica, o del grupo silencioso y meditativo. Hace unos meses, durante el largo invierno del norte, hubiera respondido sin dudar un instante que prefería el silencio. Hoy no lo tengo tan claro.

Todas las técnicas de meditación hablan de la importancia de la respiración para «acallar el ruido de la mente». El problema es que en cada lugar se respira de una manera distinta. Yo nací en esta ciudad ruidosa y no aprendí a respirar bien inmediatamente. Me metieron en una incubadora y después de unas horas en observación los doctores decidieron que ya aprendería solo y me mandaron a casa. Pero no aprendí solo. En la escuela se me olvidaba respirar correctamente. El asma me llevó a otra ciudad, más cálida, con menor altitud, más callada entonces –y quizás también ahora–. Y en cada ciudad donde he vivido –entre el griterío madrileño o en la muy callada ciudad del norte de la que hablé antes– he tenido que aprender a respirar de nuevo. Pero en la Ciudad de México no terminé de aprender nunca. Retengo el aire un minuto entero y luego resoplo agitadamente, tomo tres o cuatro bocanadas grandes y después otra vez en vilo, conteniendo la respiración sin darme cuenta. Soy, un poco, como alguien que no sabe nadar, solo que fuera del agua.

Este ritmo entrecortado con el que respiro hace un sonido propio del que pierdo consciencia. A veces, mientras leo, mi esposa me dice «estás respirando muy fuerte» y entonces caigo en cuenta de que estoy haciendo muchísimo ruido, respirando como un perro que tiene pesadillas o como un cerdo que alguien intenta desplazar a empujones. No una respiración constante que deviene, en la hipnosis de la lectura, zumbido, sino una respiración con prisa, que tropieza y se atasca y genera una música deleznable.

Esa es la música de que estoy vivo.

En la ciudad del norte, del demasiado norte, respiraba distinto, como si todo fuera a llegar a mí aunque no hiciera nada –como si el aire, ay, no faltara nunca, ni siquiera en aquel

departamento cerrado al vacío—. Mi respiración era un dispositivo inconsútil y ajeno, como las constelaciones. Me transportaba de un lado a otro como un automóvil inteligente. Aquí, en cambio, parece que conduzco una podadora, una máquina sucia de toscas bujías que puede cortarte una mano si te descuidas.

    Mi silencio es una burbuja en el interior de esa máquina (fantasma en ella); una burbuja que flota y sobrevive milagrosamente, a punto de reventarse siempre contra el metal herrumbroso.



## LA ORGÍA NEFASTA

Viví en Madrid entre 2002 y 2006, y estudié allí la carrera de Filosofía en la Universidad Complutense. En el verano de 2007 regresé a esa ciudad, durante unas tres semanas, para despedirme de algunas personas y llevarme cuantos libros me cupieran de los que había acumulado en esos cuatro años: había decidido regresar a México definitivamente y no tenía intenciones de volver a España –de preferencia nunca.

Le fui fiel a esa convicción durante poco más de una década. Pisé solo el aeropuerto de Barajas de camino a algún otro destino, pero no volví a ver las calles de Madrid hasta finales de 2018. En ese tiempo, intenté no pensar demasiado en mis años de estudiante; me alejé de la filosofía sin haberme titulado y no quise arreglar mi situación académica porque habría implicado volver, aunque fuera por una corta temporada, a Madrid y su ciudad universitaria, de las que no quería saber nada.

Mis recuerdos de Madrid me parecen muchas veces distorsionados o inverosímiles, como si justo en aquellos años mi capacidad de fabulación se hubiese disparado a niveles preocupantes y ahora me resultase imposible reconstruir la verdad objetiva. Para colmo, he perdido el contacto con casi todos mis amigos de aquellos años, de los que guardo un recuerdo más bien amargo.

Pero hay una historia que recuerdo mejor que otras, y que de algún modo resume mis cuatro años de vida universitaria. Cuando volví a Madrid en 2018, el vívido recuerdo de esa historia me impidió, incluso, disfrutar de la ciudad como hubiese querido.

Al pasar bajo las enredaderas del Edificio Princesa, en la Glorieta de San Bernardo, me acordé de esta historia y, con ella, de una versión de mí mismo en la que no me reconozco, pero que me sigue diciendo cosas, como una frase cuyo significado, esquivo, no termina de entenderse nunca.

Viví en ese edificio durante tres de los cuatro años que estuve en Madrid, en un departamento que mi abuelo, español, me prestó a condición de que no hiciera en él ninguna fiesta y de que no perturbara a los vecinos (uno de ellos, el famoso golpista fracasado, teniente coronel Antonio Tejero).

En ese mismo departamento, en el Edificio Princesa, traicionando la confianza de mi abuelo, organicé una fiesta para celebrar el cumpleaños de C., mi novia de aquel entonces. Le propuse que fuera una fiesta temática y ella decidió que la quería del Lejano Oeste. Diseñamos una invitación horrible en computadora, con la palabra «saloon» y una estrella de sheriff, convocando a «forajidos» y exigiendo disfraz obligatorio.

Uno de los pocos objetos que conservo de esa época y que me puede ayudar a comprender el sentido y el alcance de lo que pasó en la fiesta es mi ejemplar subrayado de *El erotismo*, de Georges Bataille.

C. y yo nos leíamos a Bataille en voz alta y escribíamos, para clases que no tenían nada que ver con el tema, ensayos sobre *Acéphale* –la revista y comunidad secreta que Bataille lideró en los años de entreguerras sobre *Sade mon prochain* de Pierre Klossowski. Venerábamos, también, un volumen, comprado en una librería de viejo, sobre el Colegio de Sociología, un grupo de estudios que Bataille, Michel Leiris y Roger Caillois, entre otros, habían organizado

como tapadera para los aquelarres que montaban en el Bois de Boulogne. Pero la verdad es que, a mis veinte años, la teoría de la disipación se había adelantado a la práctica: yo era un veinteañero enamorado oriundo de Cuernavaca, sin mucha experiencia, y, en realidad, había asumido aquellas convicciones por la misma falta de personalidad que después me llevó a la poesía o, en tiempos más recientes, a la práctica del Kundalini: «Yo solo quiero que me quieran», dice un poema de Eduardo Milán que releo cada tanto. Cualquier ideología o cualquier lectura que me permitiera pertenecer a un grupo me parecía fantástica. Y Bataille y el Colegio de Sociología habían sido mi pase de entrada a un grupo de amigos que me parecía hermoso y sofisticado, y dentro del cual C. ocupaba un lugar de liderazgo.

Mi ejemplar de *El erotismo* perdió la camisa original de la portada, que mostraba un detalle del *Éxtasis de Santa Teresa* de Bernini, y exhibe en su lugar el cartoné azul cielo de esa edición de Tusquets, manoseado hasta el fastidio por un yo que ya no existe. Me da horror y una especie de vergüenza descubrir mis marcas –con pluma azul y resaltador amarillo– en los márgenes del libro. Donde Bataille escribe «La orgía no se orienta hacia la religión *fasta*, que extrae de la violencia fundamental un carácter *majestuoso*, tranquilo y conciliable con el orden profano. La eficacia de la orgía se muestra del lado de lo *nefasto*, lleva consigo el frenesí, el vértigo y la pérdida de la conciencia», yo subrayé varias veces cada una de las palabras y escribí «¡Esto!», subrayando también mi propia nota al margen como si no hubiera quedado claro que esa sección me parecía importante.

Para la fiesta de cumpleaños de temática vaquera, C. y yo hicimos dos piñatas. Una *fasta* y otra *nefasta*, que condujo al frenesí y al vértigo.

Estoy casi seguro de que ese viernes leímos en voz alta esa cita de Bataille antes de que empezaran a llegar los primeros invitados, hacia las once de la noche. A mí, acostumbrado a los horarios más santurrones de Cuernavaca, esa costumbre madrileña de empezar a beber hacia medianoche me parecía perfecta: todo lo que siempre había soñado en mi adolescencia de ciudad pequeña y provinciana.

Al principio llevé un control bastante estricto de quienes iban llegando: eran todos amigos de la facultad, disfrazados de curas tuertos, bailarinas de burlesque o cantineros malencarados; pero en algún momento me distraje y cuando quise hacer un recuento había un grupo considerable de estudiantes de Derecho a las que nadie había invitado y que no cumplían del todo la etiqueta.

Curiosamente, no recuerdo mi disfraz. En mi memoria (seguro que distorsionada), llevo un sombrero de fieltro que no tenía nada de vaquero y una pistola de juguete al cinto, pero puede ser que hubiera algún otro detalle. De C., en cambio, me acuerdo claramente: llevaba un vestido negro, como de encaje, un velo negro que le caía sobre los ojos, y unos guantes que llegaban casi hasta el codo. En el ligero, que mostraba todo el tiempo arremangándose el vestido, llevaba una navaja de verdad –una vieja faca de su padre que brillaba sobre su piel blanquísima.

Durante los cuatro o cinco días previos, C. y yo habíamos hecho las dos piñatas que pensábamos romper durante la fiesta. Como una especie de guiño a nuestras lecturas batailleanas, decidimos que era una idea maravillosa llenar una de las dos con vísceras de animales. La otra tenía dulces y frutas, como cualquier piñata típica.

A lo mejor en este punto estoy mintiendo: a lo mejor fue C. la que decidió llenar de vísceras su piñata, y yo solo acepté que así fuera. Pero ya no sé quién era yo hace diecisiete años. A lo mejor tuve un papel menos pasivo en todo. En cualquier caso, teníamos una piñata tradicional,

llena de dulces, y otra en la que el papel maché se había humedecido por la sangre. Ambos sabíamos que en algún momento de la fiesta tendríamos que romperla. Era un rito de paso, un momento fundacional de nuestra comunidad secreta. Después de aquella fiesta estaríamos listos para llevar la vida disipada, de orgías y vino malo, con la que soñábamos al leer a filósofos franceses.

Una vez escribí un cuento sobre esta misma anécdota, apenas disfrazada. Pero la ficción, curiosamente, le quitó el filo al relato. Lo que pasó en la realidad fue mucho peor y mucho menos verosímil. En el cuento sentí que tenía que atenuarlo, y al final resultó un cuento muy malo, porque fingí una distancia emocional respecto a la anécdota que en realidad no existe: todavía hoy, diecisiete años después, me tiembla un poco la mano al escribir esto.

Aquella noche, después de beber durante tres o cuatro horas, me sentí lo suficientemente borracho como para sugerirle a C. que sacara las piñatas de donde las habíamos escondido.

En el amplio balcón del departamento atamos una cuerda al lugar de donde normalmente pendía mi hamaca y ahí colgamos la piñata. La típica, primero, rellena de dulces. El foco del balcón se había fundido y solo llegaba la luz mortecina de la sala, que se perdía en la noche. Había más personas de las que era prudente y me dio miedo que, al blandir el palo, alguno saliera lastimado, así que prescindimos de la venda en los ojos y simplemente aporreamos la piñata con fuerza. Al tercer o cuarto participante, el papel maché se abrió y cayeron los dulces por el suelo. A los españoles les parecía todo muy divertido y muy autóctono, y algunos me preguntaban por la simbología de aquello. Pero yo no podía hablar. Estaba paralizado por la expectativa de lo que iba a suceder en unos momentos.

La piñata de C., la que tenía las vísceras, se rompió mucho más rápido, al segundo palo. No me voy a detener mucho en los detalles porque esta es una historia que he contado demasiadas veces, incitado en otras fiestas por amigos que la conocen, y ya no tengo ánimos para regodearme en ella (todo lo contrario: me parece una historia horrible y uno de los momentos más tristes de mi vida). Las vísceras animales cayeron con un ruido asqueroso; algunas quedaron colgando de los restos de la piñata y algún amigo sádico sacudió el mecate para que cayeran. Como no se veía mucho, las mismas personas que habían participado en la piñata previa se lanzaron al suelo a recoger los dulces. Al sentir las materias deleznable, con las manos manchadas de sangre y el olor a muerte impregnándolo todo, buscaban el haz de luz que llegaba de la sala tratando de entender qué sucedía. Cuando se daban cuenta, invariablemente gritaban. Un tipo de un metro ochenta me dijo que éramos unos imbéciles (tenía razón) y que era peligroso y agresivo lo que habíamos hecho. Yo me empecé a sentir mareado. Todo olía a sangre.

Intenté contener la cosa. Las estudiantes de Derecho lloraban y se fueron corriendo de la fiesta, junto con otras veinte o treinta personas que no tuvieron estómago para aguantar aquello. Los que se quedaron eran amigos cercanos que también leían demasiado a Bataille o, francamente, desequilibrados que empezaron a jugar con las cabezas de pollo y los trozos de intestino que había dentro de la piñata. A pesar de que estaba borracho, hice un esfuerzo por limpiar un poco. Saqué una bolsa de basura y, arrepentido, me hincé en las baldosas de la terraza a recoger la casquería, usando unos guantes de cocina. Les pedí a los invitados, encarecidamente y con nulo éxito, que no metieran sangre al departamento y que, si no iban a ayudar, me dejaran limpiar tranquilo la terraza. Solo mi amiga Constanza, más sobria o más amable que el resto, me ayudó a recoger un poco. Pero la sangre de las vísceras se había metido

entre las baldosas del balcón y no lograba limpiarla. Debo haber estado allí, de rodillas en la penumbra, sintiendo el viento fresco de la primavera, al menos una hora.

Cuando entré de nuevo, la fiesta había pasado a una nueva etapa. El baño estaba cerrado por dentro y se escuchaban gemidos desde el otro lado de la puerta, una pareja se besaba con espíritu caníbal en el pasillo y los solitarios bailaban como en estado de trance, ajenos a la lubricidad ambiente.

Yo solo quería que todo acabara rápido.

Entré a la cocina para tirar la bolsa llena de vísceras y papeles sanguinolentos y vi a C. cogiendo con un invitado al que no pude reconocer, pero que llevaba sombrero. Ella estaba recargada contra la pared del fondo, tenía el vestido arremangado y su navaja estaba en el piso, junto a uno de sus pies (el otro, en una contorsión extraña, reposaba sobre la estufa). Su amante me daba la espalda y tenía el pantalón en las rodillas. Tal como lo recuerdo –pero reconozco que aquí puedo estar exagerando, porque nada tan perturbador me ha sucedido nunca desde entonces–, C. me miró y sonrió un poco, como si aquella representación me estuviera dedicada.

Ninguna lectura de Bataille me preparó para ver eso. Dejé caer la bolsa con las vísceras y salí de la cocina al borde de las lágrimas. «Me pusieron el cuerno», pensé, olvidando toda la sofisticación de mis lecturas. Maldije la filosofía francesa y la ciudad de Madrid y quise ser viejo y tener demencia, volver a un estado de inocencia adánica u olvidar todo.

Me senté en un sillón de la sala, me robé un vaso de vino que encontré en un librero y me quedé allí pasmado el resto de la noche. La poca gente que quedaba se fue yendo hacia las 5 a.m. Algunos amigos, demasiado borrachos, se acurrucaron en la sala, a mi alrededor, para dormir un poco. C. y su amante se encerraron en mi cuarto y supongo que durmieron, porque no volví a verlos ni escucharlos.

Un tipo mucho mayor que todos nosotros, que tendría unos treinta y cinco años, me sacó de mi letargo preguntándome de pronto si me gustaba el heavy metal andaluz. Le dije que no, que era lo que menos me gustaba en la puta vida, pero le dio igual: puso un casete que llevaba en la chamarra de cuero y empezó a agitar el pelo largo –que disimulaba una incipiente calvicie– como si estuviera en un concierto. Con fastidio, le pregunté quién lo había invitado y me dijo que había visto el *flyer* de la fiesta tirado en el suelo de la facultad, y que al ver que se buscaban «forajidos» había decidido presentarse a la fiesta, y no se arrepentía: lo de la piñata con sangre había «molado mazo». No llevaba ningún disfraz. Me explicó, sin que yo le preguntara nada, que lo buscaban por una serie de delitos en Andalucía: un par de robos a mano armada. Le pedí que se fuera de mi casa, pero sin mucha convicción, casi en un murmullo. Me dijo: «Una canción más y me piro, colega; menuda fiesta, chaval, estáis locos.»

A las seis de la mañana se asomó el sol en el horizonte. Yo había estado llorando y tenía los ojos hinchados. Con las primeras luces pude ver el estado de devastación y las manchas de sangre por el piso. Los restos de papel maché de la piñata, manchados de un rojo oscuro que ya era marrón, me dieron arcadas. No pude con la visión y salí a dar un paseo, dejando tras de mí una auténtica alfombra de personas semidesnudas y animales muertos.

Caminé calle abajo por la avenida San Bernardo hasta pasar el metro de Noviciado y la calle del Pez. No se veía mucha gente, salvo algún que otro borracho que volvía a casa en silencio y algún grupo de náufragos de Malasaña que rompían botellas y cantaban.

En una esquina vi el letrero luminoso de un sauna gay y decidí entrar, sin pensarlo mucho.

En el Bois de Boulogne, durante la época más turbulenta de su vida, Georges Bataille encabezó una comunidad secreta en la que se practicaban rituales de inspiración pagana; había iniciaciones y códigos y, presumiblemente, encuentros sexuales y quizás incluso sacrificios. Bataille decidió en algún punto que, para ser congruente con su propuesta filosófica, aquella comunidad tenía que decapitarlo: *Acéphale* era, finalmente, el nombre de la revista que les servía como órgano informativo. Pero los burgueses parisinos que participaban en la secta se asustaron con la más extravagante de las peticiones de su líder, al que dejaron la cabeza sobre los hombros. La sociedad se disolvió y algunos de los involucrados se alejaron de Bataille para dedicarse a otras empresas intelectuales. Leiris se fue al África y Caillois a la Argentina.

Al entrar al sauna me dieron una toalla y guardé mi ropa en un casillero. Recuerdo que llevaba la llave amarrada a la muñeca con una liga. Adentro había, sobre todo, hombres maduros, pero de esto me acuerdo a medias porque durante muchos años elegí olvidarlo por completo. Un árabe, que hablaba con acento, me dijo que lo acompañara a ver una película y me agarró de la mano. Agradecí el gesto cariñoso y lo seguí, sumiso. Había una pequeña sala de cine ahí adentro: tres o cuatro filas de butacas y una pantalla con escenas bastante explícitas. Nos sentamos y, sin mayor ceremonia, me pidió que se la chupara.

Me metí su verga en la boca sin pensarlo mucho. Yo estaba emocionado, claro; el corazón me latía a mil por hora, pero también estaba agotado por el desvelo y los acontecimientos de la fiesta, el festín de las vísceras, el amorío público de C. y la idea de que, muy probablemente, iba a tener que buscarme otro lugar donde vivir, pues los vecinos criptofascistas se encargarían de echarme. Era la primera vez que chupaba una verga y, con tantas cosas en la cabeza, lo más seguro es que lo estuviera haciendo fatal. Se la mamé al árabe unos minutos más y luego, pidiéndole disculpas con propiedad, como si lo hubiera pisado en la fila del súper, me puse en pie, volví a los casilleros y me vestí con prisa.

Unos hombres muy velludos que estaban a la entrada del sauna me preguntaron por qué me iba tan rápido y les dije que no me sentía muy bien. Fueron muy amables conmigo: me dijeron que tenía mala cara. Sin entrar en muchos detalles, les dije que había tenido una pésima noche, que mi casa estaba hecha un asco, que mi novia me había dejado y no sabía qué hacer con mi vida. Me quedé platicando un rato con ellos y me dijeron que me lo tomara con calma. No recuerdo ya sus palabras exactas, pero bromearon conmigo, me dijeron que era muy guapo y me hicieron reír un poco. Ahora, recordándolo con una nitidez que no me había permitido recrear nunca, me parece que les di ternura. Y hoy, por fin, me doy también ternura de mí mismo, a través de la mirada de esos dos hombres desnudos, cerca de la puerta de un sauna gay, en el Madrid de principios de siglo.

La literatura tiene esos milagros: uno puede volver a una escena del pasado y observarla, de pronto, con la mirada del testigo; un testigo capaz de compasión y risa.

Antes de salir del sauna me despedí de aquellos dos osos mágicos como si los conociera de toda la vida. Les agradecí que hubieran hablado conmigo y les dije que ellos eran también muy guapos. De camino al departamento pasé a comprar detergente líquido.

*An Eskimo custom offers an angry person release by walking the emotion out of his or her system in a straight line across the landscape; the point at which the anger is conquered is marked with a stick, bearing witness to the strength or length of the rage.<sup>1</sup>*

LUCY R. LIPPARD

1

El ascenso al Tepeite, hasta la zona de las pozas, podía llevar unas tres horas a buen paso. El cerro al principio parecía bastante ralo, afectado por la tala y por la construcción de un canal que proveía de agua a todo el pueblo. Uno caminaba junto al canal –un elemental acueducto en piedra–, dejándose guiar por el sonido del agua. Conforme se avanzaba, el bosque de coníferas se iba espesando en torno a la vereda que transcurría junto al acueducto; la pendiente se iba haciendo cada vez más pronunciada; los animales avistados eran cada vez más coloridos. Los locales, habitantes del pueblo de Santa María Ahuacatitlán, paseaban sobre todo en las zonas bajas del cerro, aunque algunos subían en grupos hasta la cumbre. Al cabo de tres horas, uno llegaba a la fuente del canal: un río de apenas tres o cuatro metros de ancho en aquel punto –quizás un afluente del río Tetela, no lo sé–, con idílicas pozas donde los caminantes podían sumergirse.

El Tepeite conecta Santa María con el Parque Nacional Lagunas de Zempoala, a través del bosque de Huitzilac. Los caminantes más avezados continúan la ruta y descienden hacia las lagunas, acampando en algún punto del trayecto. Una de las veredas divergentes del cerro se tuerce hacia el oeste y se vincula con la antigua subida a Chalma. Aunque no es el trayecto más usado, algunos peregrinos caminan una parte del Tepeite para luego sumarse a aquella ruta de peregrinación, una de las más importantes del catolicismo sincrético mexicano, en los límites del estado de Morelos con el estado de México.

Durante mi adolescencia viví en las faldas del Tepeite, y a menudo remonté el cauce del canal hasta las pozas del río y un poco más allá. Llegaba hasta ahí exhausto, solo, y encontraba en el agua el alivio buscado. Caminaba con atención al ritmo de mi respiración y de mis pasos. Buscaba un tipo de silencio que solo se alcanza en la agitación aeróbica, con las venas de la frente marcadas por el esfuerzo y la mirada perdida de quien tiene una meta en un lugar digamos suprasensible. Criado en una familia más bien atea, jamás consideré sumarme a la peregrinación a Chalma ni a ninguna otra ruta de peregrinaje establecido. Miraba a los peregrinos que me topaba en mi ascenso con admiración pero también con cierta distancia: el suyo era un mundo, y un estilo de caminar, que me estaba vedado –o eso creía entonces.

Pero el mito de que el progreso de los pueblos implica una total secularización de sus costumbres me parece cada vez más endeble y dudoso. Las formas de lo religioso se transforman y emergen en el contexto de las sociedades laicas bajo disfraces no siempre reconocibles. Sin saberlo, a mis dieciséis años convertí el ascenso al Tepeite en una caminata ritual propia, un

método de purificación que estaba lejos de cumplir con las exigencias del logocentrismo que mi educación había marcado como ineludibles.

¿Qué es lo que caracteriza a las caminatas rituales o peregrinajes? El hinduismo designa como *tirthas* a los lugares sagrados de peregrinación. *Tirtha* es vado: lugar por donde es posible atravesar un cuerpo de agua, la zona menos riesgosa para cruzar un río. Pero la religión concibe tres tipos de *tirtha*: el primero es vado, confluencia de cuerpos de agua, desembocadura; el segundo es el *tirtha* mental, interior (el estado que el peregrino busca alcanzar en sí mismo, la respiración y el silencio); el tercero son los *tirthas* móviles: personas que en virtud de su santidad se han convertido ellas mismas en un *topos* sacro. Casi todos los sistemas de culto y las principales religiones coinciden en la unión de los dos primeros tipos de *tirtha*. Se camina hacia un destino que está tanto afuera como adentro del peregrino.

El budismo tibetano es una de las pocas tradiciones budistas en que se practica la caminata circunvalatoria ritual. Los devotos caminan en círculos en torno a una montaña sagrada (el monte Kailash), a menudo practicando la prosternación completa cada pocos pasos (es decir, tocando el suelo con la frente, sin importar los accidentes orográficos). Se puede encontrar un registro moderno de esta costumbre en el documental *Wheel of Time* (2003), de Werner Herzog. Pero lo interesante de esta tradición es que el destino exterior de la peregrinación es menos importante que el destino interior: los peregrinos deben concentrarse en un mandala que recorren con la imaginación mientras sus cuerpos avanzan por las escarpadas regiones de la montaña.

«Ni a los lestrigones ni a los cíclopes / ni al salvaje Poseidón encontrarás / si no los llevas dentro de tu alma / si no los yergue tu alma ante ti», escribe Cavafis.<sup>2</sup> La meta de la peregrinación es doble, y en última instancia el destino es irrelevante: «Ítaca te brindó tan hermoso viaje. / Sin ella no habrías emprendido el camino / pero no tiene ya nada que darte.» Ítaca, el destino, es un estado de ánimo del peregrino: un cierto fervor, una paz, una precisa modalidad del entusiasmo.

Mi ascenso ritual al Tepeite era, en cierto modo, parecido a la costumbre de los esquimales descrita por Lucy Lippard en el epígrafe que abre estas líneas: no había una meta fijada en el bosque de antemano, sino más bien una morada interior –por decirlo con Santa Teresa de Jesús– a la que me dirigía, casi siempre avanzando a pasos largos y veloces, con el vigor irreprimible de mi ira. Al caminar por la vereda del Tepeite para alcanzar un estado de paz interior (para encontrar el *vado* donde cruzar al otro lado de mí mismo), sin saberlo, me acercaba a la comprensión de aquellos peregrinos con los que me cruzaba de tanto en tanto, en su camino a Chalma.

Aunque la peregrinación se asocie a las religiones instituidas, en realidad las antecede y rebasa. Resabio del nomadismo pero también práctica en la base del pensamiento occidental – desde los filósofos peripatéticos de la Grecia antigua hasta los ensayistas ingleses, pasando por Rousseau–, la caminata como actividad medicinal del alma es una noción que trasciende épocas y estructuras. Cuando Werner Herzog, en el otoño de 1974,<sup>3</sup> emprendió una peregrinación personal, caminando de Múnich a París para pedir por la salvación de su amiga Lotte Eisner, no estaba haciendo un comentario sobre la historia de las peregrinaciones, ni cediendo al *pensamiento mágico organizado* de las grandes religiones monoteístas, sino siguiendo una intuición universal que probablemente ha definido a nuestra especie desde el alba de su aventura

bípeda. El vínculo de la caminata con los procesos de duelo o penitencia bien podría estar en el origen mismo de la fe.

Pero las peregrinaciones no son solamente el retorno del héroe a Ítaca, ni el camino silencioso del asceta, ni el solitario tránsito del eremita a través del desierto de su fe. El peregrino es pájaro de parvada, sometido a las formaciones de vuelo, a las rutas de una colectividad que lo precede y le da sentido.

«La modernidad no puede ser pensada como una politización/secularización de las sociedades, que se traduciría en el decline de los peregrinajes.»<sup>4</sup> La idea de que la humanidad puede prescindir completamente de la dimensión religiosa alimentó los sueños de la razón ilustrada –que produjeron monstruos–. Hoy en día, ese fin parece cada vez más irrealizable. El eterno retorno de lo reprimido resultó ser una realidad aterradora: cuando las sociedades aniquilaron por decreto la existencia de lo religioso, el Estado como entidad suprema tomó su lugar en los sistemas totalitarios del siglo xx. Las peregrinaciones laicas de la política de masas<sup>5</sup> no son sino el revés oscuro de una necesidad humana de encontrar sentido mientras se avanza.

Comunión peripatética, peregrinar es acompañar al otro en su camino hacia sí mismo. La dificultad de ese tránsito interno, claro, debe encontrar una traducción física, una adversidad a la medida. Como recuerda Rebecca Solnit: «*Pilgrims [...] often try to make their journey harder, recalling the origin of the word travel in travail, which also means work, suffering, and the pangs of childbirth.*»<sup>6</sup>

La dificultad del peregrinaje deberá ser proporcional a la petición o la culpa que el peregrino desee obtener o expiar. Según la purificación que uno deba atravesar para encontrar la paz será el tamaño del obstáculo que se imponga. Estas equivalencias o tablas de precios son sumamente precisas y pueden venir dictadas por la fe individual o la norma compartida de un culto.

En el hinduismo, si uno comete la ofensa mayor de asesinar a un brahmán, deberá caminar en línea recta en dirección noreste, sin importar los ríos, las montañas o las bestias salvajes, hasta encontrar la muerte.

## 2

El espacio involucrado en la experiencia del peregrino no puede ser reducido a las coordenadas cartesianas. En la peregrinación, «el espacio se hace astillas en los sitios».<sup>7</sup> Los mapas que consignan las rutas de peregrinaje contienen indicaciones aproximadas, pero sobre todo reafirman el carácter simbólico del trayecto. No puede haber una representación puntual del mundo, pues el paisaje del peregrino es tanto interior como físico. Si yo hubiera querido trazar el mapa de mi ascensión al Tepeite, habría tenido que consignar, de algún modo, las variaciones de mi respiración, los momentos de plenitud cardíaca o el avistamiento repentino de los loros como insinuaciones místicas en la maleza. La topografía del peregrinaje es necesariamente *hierográfica*: dibuja una espacialidad de lo sagrado.

Por otro lado, el tiempo mítico en el que transcurren las peregrinaciones debe convivir con la temporalidad de la Historia, que siempre pasa dejando un reguero de sangre. En nuestros días,



peregrinar en México es peregrinar por un país sembrado de fosas, sometido por la amenaza constante del crimen organizado. Pero para el peregrino el peligro es un aliciente que aumenta el valor de la penitencia: incluso en los más revueltos y sanguinarios tiempos de la Revolución o la guerra de los cristeros, rutas como la peregrinación a Talpa, en Jalisco, han mantenido viva la tradición, especialmente en Semana Santa. Esta continuidad no puede atribuirse exclusivamente al vigor de la fe –que no pongo aquí en duda–: es innegable que también juega su parte la utilización política de las peregrinaciones, cuya historia es en sí misma un tema fascinante en el que no puedo detenerme mucho.

Durante la Edad Media, con Tierra Santa bajo el dominio musulmán, surge el «peregrinaje de sustitución», elemento fundamental en la expansión de la Iglesia católica. Cualquier cerro, montaña o montículo se convierte, por asimilación analógica, en el Gólgota. Un juego de espejos multiplica, distorsionada, la orografía de Jerusalén, proyectándola por todo el mundo. De la noche a la mañana, toda colina es Calvario. Las montañas pierden su individualidad y se convierten en signos: estructuras semánticas que apuntan hacia otro sitio. A diferencia de las caminatas rituales de meta única, como la gran peregrinación a La Meca del islam (considerada uno de los cinco pilares de dicha religión), la versatilidad del catolicismo gracias al peregrinaje de sustitución permitió la identificación de los puntos de culto con construcciones religiosas preexistentes. En el caso del Nuevo Mundo, las órdenes mendicantes aprovecharon las rutas de peregrinaje de la época prehispánica para afianzar el proceso evangelizador durante la colonia.

Al margen de estas estrategias, es interesante el tipo de arquitectura que el peregrinaje católico de sustitución propicia, y cuyo apogeo tiene lugar a partir del fracaso de las grandes cruzadas de la Edad Media. Unas de las construcciones directamente derivadas del peregrinaje de sustitución son las ermitas del Calvario: edificaciones de culto no permanente a las que los peregrinos acuden en la fecha señalada de la crucifixión del Cristo.

Si la catedral es construcción para la eternidad, cuyo sentido fundamental es la permanencia, las ermitas son edificios levantados para un reloj distinto: no la posteridad inmóvil, sino el tiempo circular del mito, que activa y desactiva la sacralidad de un *topos* según la indicación del calendario religioso. La sencillez de las primeras ermitas refleja esa peculiar situación, su temporalidad cíclica. La ermita rupestre de San Vicente, en Pisuerga (España), construida hacia el año 932, es un ejemplo de esa arquitectura mínima, concebida para el tiempo del rito y el mito. Se trata de una capilla excavada a partir de una cueva: una galería rectangular de groseros vanos, rodeada de un puñado de tumbas. La ermita es templo provisorio, pero sobre todo refugio y sombra: techo apenas para que el peregrino evite el rayo del sol en primavera.

Hace seis años, Dan Stevenson, vecino de la calle East 19th, en Oakland, California, decidió que estaba harto de ver pilas de basura frente a su casa. Se trataba de un barrio violento, con narcomenudistas y prostitución, pero él lo único que quería remediar era la acumulación de basura. Así que compró una escultura de un Buda y la empotró en la piedra, en el espacio público. Dan no era ni es budista, pero pensó que poner la escultura evitaría que los seguidores de cualquier religión –o de ninguna– dejaran bolsas en aquel punto. El Buda no solo disuadió a los vecinos de arrumbar desechos, sino que se convirtió en un destino de peregrinación de la comunidad vietnamita de Oakland. Una familia lo tomó a su cargo. Le construyeron un pequeño santuario, lo pintaron y la gente comenzó a dejarle ofrendas. Lentamente, el Buda atrajo a visitantes locales y foráneos. Su leyenda creció a través de las redes sociales y los artículos

periodísticos.<sup>8</sup> Con la celebridad del santuario vino también un lento cambio en el barrio. Los narcotraficantes y los proxenetas fueron paulatinamente desplazados por ancianos, turistas y familias que se acercaban a dejar su ofrenda o tomarse una foto con el Buda de la calle 19. Una mínima intervención ciudadana, incidental, detonó una serie de modificaciones respecto del urbanismo, gracias al peregrinaje.

Claro que también hay peregrinaciones que exigen la construcción de ciudades enteras, instantáneas, portátiles, como las descritas por Marco Polo para el gran Kan en el libro de Italo Calvino.<sup>9</sup> El *Kumbh Mela* hinduista, que tiene lugar cada doce años, es el mayor peregrinaje del mundo. Alrededor de 120 millones de personas se dieron cita, durante dos meses de 2013, para bañarse en las aguas del Ganges en un territorio de apenas 20 kilómetros cuadrados. Se calcula que 30 millones de peregrinos llegaron a confluir en un solo día. Allahabad, la ciudad que recibió esta ingente cantidad de visitantes, tiene una población fija de poco más de un millón de personas. Las cifras de la infraestructura hablan por sí mismas: un hospital de cien camas y doce centros de salud más pequeños, 156 kilómetros de carreteras, más de 80 millones de litros de agua potable, 25.800 toneladas de arroz y trigo, 30 estaciones de policía y 40 puestos de seguridad, 22.000 puntos de alumbrado público, estacionamiento para 231.000 vehículos (incluyendo autobuses y tráilers), 750 trenes...<sup>10</sup> ¿Qué tan masivo puede ser lo efímero? ¿Y qué tan efímero es realmente lo que está llamado a repetirse, sin interrupción, mientras la humanidad persista, terca, en trazar círculos?

La arquitectura de peregrinación se enfrenta a una doble exigencia: debe ser fiel al paisaje interior del peregrino, propiciar la *tirtha* mental, evocar el mandala, referir por sustitución el ascenso del Gólgota; y, a la vez, cumplir como refugio, como cobijo y resguardo de una comunidad flotante que pasa, de rodillas o prosternándose, en su camino ritual hacia una cierta calma.

El emperador Ashoka, en la India del siglo III a. C., desató una guerra en la que murieron más de cien mil personas. Arrepentido por el dolor que había provocado, Ashoka se convirtió al budismo y peregrinó a los cuatro puntos fundamentales indicados por el Buda: ahí donde el iluminado nació, donde tuvo lugar su despertar, donde dictó su primer sermón y donde murió junto a su discípulo. Ashoka mandó construir en cada punto un templo para recibir a los peregrinos, asegurando así la primera gran expansión del budismo.<sup>11</sup>

Edificar para el peregrinaje es sentar los fundamentos de una comunidad dispersa. Bajo los techos de las ermitas excavadas en la montaña, en las carpas de Allahabad, en el pozo de Zamzam rumbo a La Meca o a la sombra de los altos ahuehuetes camino a Chalma (adonde ya se peregrinaba en tiempos prehispánicos para honrar al Señor de las Cuevas), lo religioso se convierte en político: conversión y conversación confluyen allí donde los peregrinos se sientan a compartir el agua.

El Jerry fue mi maestro cetrero. Debía rondar los cuarenta años, pero aparentaba más. Tenía la piel curtida y la mirada quemada de quien ha pasado mucho tiempo en el campo. Un tatuaje de halcón le adornaba el antebrazo izquierdo; el derecho estaba surcado de cicatrices. Llevaba siempre una gorra y una mochila remendada con hilo de cáñamo.

Nos veíamos a las seis de la mañana en una azotea de la ciudad. Él estaba acostumbrado a madrugar: era la mejor hora para entrenar a los halcones. Cuando yo llegaba a la azotea, el Jerry ya estaba listo: las dos aves en sus perchas, la carne de liebre a la mano, el señuelo de carnaza, con forma de pato, tirado en el piso.

El Jerry me enseñó a recibir un halcón: el brazo izquierdo parcialmente extendido, el cuerpo rotado de tal forma que se le ofrezca al ave en tres cuartos de perfil, más o menos. El alimento debe asomar en el guante –la vista, claro, es el sentido privilegiado de las aves de presa, y cuando ven el rojo de la sangre fijan allí la mirada–. Es importante tener bien aferrado el trozo de carne cruda, de modo que, cuando el halcón se pose, no lo robe y escape de inmediato.

Cuando el halcón se aproxima –las alas extendidas, magníficas– el cetrero puede sentir un momento de pánico, pero debe dominarse y permanecer quieto, comunicarle esa seguridad al animal; si no, puede suceder que el ave, percibiendo la duda, decida no posarse en el guante sino torcer el rumbo en el último momento –sonido de alas batiendo el aire– y seguir su camino.

Cuando el halcón impacta contra el guante se siente un golpe sordo, un peso repentino que siempre es mayor de lo esperado: la ligereza del vuelo engaña. Casi de inmediato, el cetrero percibe el apretón: las patas del pájaro –tarsos, zancos– ciñéndose en torno a la piel del guante. El cetrero entonces asegura las pihuelas –esas correas de cuero que le cuelgan al halcón de las patas– enganchándolas alrededor de su pulgar y, con la mano libre, esconde el pedazo de carne que sirvió para atraer al ave. La mirada del animal al principio escudriña, se inmiscuye, pasea –nerviosa– por la fachada del cetrero, buscando el alimento que este le ha robado. Pero poco a poco, en ausencia de la carnada, el ave se tranquiliza. Basta con cerrar el puño en torno al alimento para que desaparezca esa ansiedad depredadora del halcón, esa mirada inquieta que parece anticipar el agasajo de la sangre. Y cuando está tranquilo, el halcón se vuelve dulce, mira al cetrero y entrecierra el ojo, se deja acariciar las plumas suaves del pecho.

Las palabras propias de la cetrería, arrastradas por todo el castellano desde el siglo XVI, transmiten –con el sonido, con la certeza de estar hablando un lenguaje cifrado– la emoción de ese encuentro.

Tiene la cetrería un aire de comunidad secreta, de grupo de iniciados que comparten un código, un glosario y una fascinación que arrebatada y convierte. Por estar con halcones hay quienes lo dejan todo: sacrifican cualquier aspiración o familia para pasar sus madrugadas espionando entre la niebla, con el brazo izquierdo en alto, sosteniendo un ave.

Paradójicamente, a pesar de ese aire de comunidad secreta, cazar con halcones no termina de ser una actividad gregaria. La relación del cetrero con el ave es tan intensa que expulsa cualquier

otra compañía –una alianza impermeable–. Mirar al Jerry conviviendo con sus aguilillas de Harris era una lección en sí misma: de empatía, de atención, de conciencia del entorno. Ningún MFA en escritura creativa te enseña en dos años lo que un cetrero experimentado en dos semanas.

Bajo la dirección del Jerry aprendí a adiestrar al halcón con fiador (un cordel que se le amarra a una de las patas) para ir ganando su confianza, incrementando gradualmente la distancia desde la que se le convoca y recompensándolo con carne cada vez. Me contó cómo amansar a un halcón salvaje, cómo *placearlo* –habituarlo a estar entre las gentes–: «Tiene que poder estarse en una cantina ruidosa sin batir las alas, sin asustarse», me decía. El Jerry era –es– un hombre complejo, con una pasión omnívora que había terminado por devorar su vida. Cada mañana pesaba a sus dos aguilillas en una báscula, las sacaba con mimo de la jaula y las llevaba a volar a un parque donde los transeúntes, nerviosos, lo miraban con desconfianza. Una vez por semana, iba al campo a cazar con alguna de ellas: una hora de transporte público, al despuntar el día, con un halcón dormido en el brazo. Volvía cuatro horas más tarde con dos o tres liebres muertas escondidas en el chaleco, contento, lleno de tierra, oliendo a sangre.

Nunca le pregunté al Jerry cómo se había iniciado en la cetrería, qué decepciones o qué sueños lo habían arrojado en sus redes. Asumí el papel de aprendiz diligente y le pregunté todo lo que se me ocurría sobre el oficio mismo. Garabateé en mi cuaderno algunas palabras o frases cuyo significado olvidé luego: *improntar*, *timonera*, *pico a viento*.

Nos teníamos paciencia. Él se reía de buena gana cuando mi puño, inseguro, comunicaba ansiedad al halcón y lo hacía revolverse. Yo lo miraba con una mezcla de admiración y extrañeza cuando me explicaba el origen de cada cicatriz que le serpenteaba en los brazos: «Esta fue de un día que le quité la liebre y me prendió con la llave», decía.

Su halcón favorito, con el que llevaba más tiempo, se llamaba Greta.

Practiqué cetrería durante tres o cuatro meses, solamente. No llegué a tener mi propio halcón, aunque estuve tentado. Aprendí con Greta y acompañado siempre por el Jerry, que venía en mi ayuda cuando el halcón me ignoraba. Pasé mucho tiempo intentando ponerle a Greta la caperuza –esa especie de máscara que le cubre vista: solo en la oscuridad descansan–, y llamándola sin éxito mientras me miraba, altiva, desde alguna rama distante.

Vi morir una sola liebre y con eso tuve suficiente. Soy un hombre impresionable. Sucedió en los terrenos lebreros del estado de Hidalgo, zona de nopales y polvo. El Jerry me explicó cómo avanzar, en silencio, a la espera de que un movimiento entre las ramas de un arbusto revelara la presencia de la liebre. De madrugada, conforme la niebla se disipaba y el sol empezaba a castigar, caminamos durante casi dos horas sin que saliera nada: «Hay días así –me explicó el Jerry– y días en los que aparecen tres liebres en veinte minutos.» Los halcones se impacientaban tanto como nosotros, y comenzaban a batirse en nuestros puños, reclamando que los dejáramos volar libres. Conforme subía la temperatura se hacía más improbable encontrar una presa. Refrescamos a los halcones rociándoles un poco de agua en la cara y reemprendimos la marcha. Y entonces sucedió: a lo lejos, detrás de una roca, se percibió un movimiento que muy pronto fue más evidente. El Jerry gritó «¡Liebre!» y yo lancé en esa dirección a Greta, que ya había visto a la presa y se agitaba ansiosa. Las dos aves volaron y tras ellas salimos corriendo nosotros, hasta

alcanzar la nube de polvo y aleteos en cuyo centro se debatía la liebre, ya sin posibilidades, sometida por los dos halcones simultáneamente.

El Jerry me pidió que sostuviera a la liebre mientras él le quitaba de encima a su halcón. Luego se acuclilló a mi lado. El chillido de la liebre lastimaba los oídos; era como el llanto de un bebé o el gemido de una gata ayuntada. Se me grabó a fuego. Luego el Jerry sacó su navaja y terminó de matar a la liebre. Dejamos que los halcones comieran un poco, salpicando sangre, a manera de premio («A esto se le dice cebarlos», me explicó, y le dio el corazón de la liebre – dulce recompensa a Greta).

Más tarde, una vez que los halcones estaban ya en sus perchas, con las caperuzas puestas, el Jerry hizo un cuenco con sus manos y lo llenó con la sangre todavía tibia de la liebre. «Este es tu bautizo», me dijo burlón, y me esparció la sangre por toda la cara. Yo aguanté el ritual con estoicismo y asco.

Terminada la cacería me enjuagué el rostro con agua de garrafón. De regreso paramos a comer unos tacos de barbacoa en un puesto a la orilla de la carretera y allí volví a lavarme, un poco más a conciencia y con detergente. Pero a pesar de ese doble esfuerzo, el olor a sangre no se me quitaba. Ana dijo que me duró una semana.

Al fin de semana siguiente Jerry me dijo que lo acompañara a cazar de nuevo, pero no me sentí listo para repetir la experiencia. Él pareció decepcionarse un poco, pero no dijo nada y nos seguimos viendo entre semana, temprano, para seguir con la enseñanza y volar los halcones en una azotea, en un parque.

Al final me encariñé con el aguililla, con Greta. Aprendí a reconocer cuándo estaba contenta, cuándo tenía hambre. Conquisté –con una dificultad absurda la seguridad necesaria para pasar varias horas volándola y llamándola al guante sin que se me escapara. Recibí un par de rasguños y quiero creer que aprendí otras cosas a las que no puedo poner palabras todavía.

Luego volví a mi vida de editor de libros, de traductor pluriempleado, de escritor en ciernes. Volví a despertarme tarde, a mirar el cielo sin esperar nada.

El Jerry, por su parte, siguió con su vida de cetrero madrugador, y a veces me manda alguna foto de Greta junto a una presa abatida, como un padre orgulloso que informa a sus amigos de los progresos del hijo.

Pasaron un par de años y una tarde me descubrí pensando en halcones. Extrañaba esa especie de miedo que sentía al saberme observado por uno de ellos. Recordé un espectáculo de halcones peregrinos al que acudí una vez con el Jerry, en un llano polvoriento, también en Hidalgo. A diferencia de las aguilillas de Harris, que son aves de vuelo bajo (es decir, que cazan sobre todo roedores), los peregrinos suben hasta perderse en el cielo y luego se dejan caer en picada, a una velocidad inaudita, hasta impactar contra una paloma, a la que matan de un golpe.

Empecé a imaginarme qué tipo de ave de presa tendría yo, en caso de hacerme cetrero. Los azores tienen fama de ser particularmente difíciles. Los cernícalos son demasiado pequeños. Los gerifaltes me parecen muy aristocráticos con su plumaje blanco, más apropiados para las gentes

que viven muy al norte. Entrenar búhos es de magos o de farsantes. Quizás –pensababuscara una aguililla de Harris, como Greta. Extrañaba a Greta.

Recordaba la devoción con que el Jerry trataba a sus animales y echaba en falta algo parecido: una pasión que lo absorbiera todo, una comunión interespecie que se convirtiera en el sentido único de mi vida. Algo capaz de hacerme salir de la cama a las 5.00 a.m., con frío o con lluvia, para ir al campo. Un norte magnético que alineara la loca dispersión de mis brújulas espirituales.

Me empezó a pasar algo raro: me imaginaba catástrofes personales –divorcios, adicciones, muertes violentas, fracasos súbitos que acabarían con mi estabilidad y mi rutina–. La fantasía se desarrollaba como una película bastante predecible en mi cabeza: después del colapso, mi vida cambiaba por completo, dejaba la ciudad y, refugiado en una choza junto a algún barranco, me dedicaba a criar un halcón a tiempo completo. Esta ficción diurna se filtró a mis sueños.

Para entonces me había mudado y ya no vivía en México. No podía llamar por teléfono al Jerry y pedirle que me llevara de cacería de nuevo, a los terrenos lebreros del estado de Hidalgo. Así que decidí sustituir la experiencia directa por los libros, las películas. Leí todo lo que pude sobre cetrería; desde antiguos manuales y revistas especializadas hasta novelas clásicas. Intenté enterarme un poco sobre el dios Horus de los egipcios. La obsesión se desplazaba, como tantas veces, al territorio de las letras sobre la página.

Me sorprendió descubrir que mis lúgubres ensoñaciones tenían un correlato en los libros. Hay muchas historias en las que el halcón aparece para llenar una ausencia, para superar un duelo o enderezar un carácter agriado por la desgracia. El protagonista se aleja del mundanal ruido y, sin atreverse al suicidio, se repudre en la soledad hasta que un halcón lo rescata.

Por ejemplo en *Kes* (1969) –adaptación fílmica de Ken Loach a partir de *A Kestrel for a Knave*, novela de Barry Hines–, donde esta ecuación es muy evidente. Billy Casper es un niño solitario; vive con su madre y su hermano mayor, quien lo maltrata aprovechando el vacío dejado por un padre ausente. La vida de Billy transcurre entre abusos y mangoneos, sin un propósito claro, hasta que adopta un cernícalo (*kestrel*) y aprende a amaestrarlo por sí solo, con ayuda de algunos libros. El cernícalo, Kes, se convierte rápidamente en el origen de una nueva etapa y en el motivo de un nuevo decurso en la vida del protagonista. La infancia de Billy, en retrospectiva, no podrá ser contada omitiendo la existencia y el protagonismo de ese animal, que más adelante desaparece de modo trágico.

En *H de Halcón* (2015), magnífico ensayo personal de Helen Macdonald, hay un proceso de duelo, tras la muerte del padre de la narradora, que el adiestramiento de un azor contribuye a catalizar y, en última instancia, a que ella sobreviva.

«*Looking for goshawks is like looking for grace: it comes, but not often, and you don't get to say when or how*», escribe Macdonald. El halcón redime cuando quiere, y puede torturar al cetrero, postergar la gracia. El humano queda a merced del animal, de sus ritmos y caprichos. Al mismo tiempo, el animal se presta como prótesis emocional, muleta que sostiene al doliente en su duelo.

La propia Macdonald analiza, también, el caso de T. H. White, autor de *The Goshawk* (1951). Dicho libro relata con minucia el proceso –rico en crueldad, contrario a los principios de la cetrería– de amaestramiento del azor como una lucha de voluntades. El autor, a diferencia de Macdonald, nunca consigue domeñar al pájaro, acaso porque hay en él una falla, una frustración

—su homosexualidad no asumida— que le impide conquistar el aplomo necesario para convivir con halcones.

En *El peregrino* (1967), de J. A. Baker, la sola observación de los halcones peregrinos, durante un invierno en la costa de Essex, acompaña una transformación personal de corte casi místico, descrita con una prosa de resonancias líricas que alcanza alturas tan notables como las del animal en cuestión (la reciente traducción de Marcelo Cohen, publicada por la editorial Sigilo, le hace justicia a ese clásico recuperado de la literatura sobre la naturaleza).

¿De qué índole es la transformación que los halcones detonan o propician? En mi lectura —en mi exigua experiencia—, el halcón es una puerta privilegiada al mundo animal.

Los cetreros, tradicionalmente, capturan a sus halcones en estado salvaje. Los tratados glosan las ventajas y desventajas de *desnidar* o capturar al halcón en las diferentes etapas de su desarrollo. Si se le captura cuando todavía no ha abandonado el nido por sí solo, cuando conserva todas sus plumas de pollo, entonces el animal crecerá más manso y será más fácil de adiestrar. La desventaja de esta estrategia es que le costará más trabajo aprender a cazar por sí mismo, y nunca será tan buen cazador como un halcón que ha sido desnidado más grande, a mitad de la primera muda de plumas (*entremudado*) o cuando ya ha volado solo algunas veces.

El halcón capturado joven es más manso a la mano del hombre porque confunde a este con su madre. En *Kes*, la película de Loach, esta *familiarización* casi simbiótica opera en ambos sentidos: el halcón pollo confunde a Billy con su madre, y Billy a su vez identifica al halcón con el padre ausente.

Cuando halcón y cetrero se miran, esa mirada construye un mundo intersticial, donde el halcón pertenece a una familia humana o el humano a una familia avícola. Hay una restitución parcial de la animalidad perdida, un sentido de pertenencia a un mundo feral que deja la puerta entreabierta, para que el humano otee sin trasponerla.

En la mitología griega resuena esta cualidad de los halcones en la diosa *Kírke*<sup>-</sup>, o Circe (la de las bellas trenzas), cuyo nombre proviene de *Kírkos*, «halcón». Circe convierte en animales a los hombres que llegan hasta su isla, pero en animales que conservan su mente humana. Y en ese espacio intermedio o simbiótico que la mirada del halcón inaugura, el cetrero, me parece, descubre una posibilidad salvífica.

No sé si alguna vez me convertiré del todo a la cetrería. Después de tanto fantasear con ello, creo que solo una desgracia personal mayúscula podría llevarme por ese camino, y prefiero que tal desgracia no ocurra. Tal vez sea mejor conformarme con lecturas y fantasías.

Lo que es seguro es que, cuando alguien convive estrechamente con halcones durante algún tiempo, la sombra del pájaro con las alas extendidas, recortada contra el cielo soleado, ya no lo abandonará nunca. El olor de la sangre de esa única liebre que cacé con Greta seguirá impregnado bajo mi barba, como un recordatorio de que, en cualquier momento, Circe abrirá, de par en par, las puertas de mi propia animalidad.

## HISTORIA SECRETA DE MI BIBLIOTECA

Libros perdidos, abandonados en casas a las que no regresé nunca; diccionarios extraviados en una mudanza; siete cajas rematadas a una librería de viejo... La historia de mi biblioteca es la historia de una pérdida y de una colección imposible, desperdigada en varios países, reconstruida a cachos pero incompleta siempre.

No tengo una de esas bibliotecas personales de 20.000 ejemplares de las que los escritores de generaciones previas ya presumían a los treinta y tantos. Vivo en un departamento de 68 metros cuadrados que me obliga a hacer una curaduría bastante selecta. Mis padres se han mudado decenas de veces en la última década, por lo que nunca pude dejar todos mis libros en el sótano o en el ático de una casa familiar, con la promesa de volver por ellos.

Tengo, más bien, una biblioteca fantasma: el recuerdo de los libros que podrían pertenecerme si los hubiera conservado. Escribir sobre mi biblioteca es, por lo tanto, un ejercicio de arqueología a partir de indicios y recuerdos, como ensamblar la maqueta de una ciudad arrasada. Una genealogía.

Cuando era niño, la biblioteca era doble: los libros de casa de mi mamá y los libros de casa de mi papá. Era una biblioteca dividida en dos ciudades, entre las que yo viajaba dos veces por semana. Mis libros –de Jules Verne, sobre vampiros o de la serie *Elige tu Propia Aventura*– habitaban un limbo entre esos dos polos. El libro que más quería estaba siempre en la otra casa, con la otra familia, a 90 kilómetros de distancia.

Mi espacio de lectura, muy pronto, fueron los autobuses Pullman de Morelos. Mi padre me subía a un autobús en Cuernavaca y mi madre me recogía en la terminal del DF. En ese entonces no ponían películas, y yo pasaba el trayecto leyendo o al menos hojeando distraídamente un libro.

Hacia los diez años leí, en esos autobuses, *El llamado de la selva* de Jack London. No recuerdo mucho de esa novela, excepto que contaba la historia de un perro llamado Buck y que me impactó profundamente. En cuanto la acabé, le rogué a mi papá que adoptáramos un perro y lo llamáramos como al del libro. Pero yo no hablaba inglés, y pronunciaba mal el nombre del perro: le decía *Buc* (*book*), es decir, «libro». Para mí, el perro era el libro y el libro era el perro. Mi primera mascota había salido de una novela, tenía nombre de libro y acariciarlo era como acariciar a un personaje fantástico, a una bestia mitológica mitad ficción y mitad terrier irlandés.

La unidad habitacional donde vivíamos mi papá y yo no estaba lista para una criatura como aquella. A los pocos meses de haberlo adoptado, un vecino envenenó a mi perro, a Buck –o Book–, que murió echando espuma por la boca.

Poco después, una tía que vivía en la Ciudad de México se fue a vivir a España y me dejó dos cajas de libros que pasaron a formar el núcleo de mi biblioteca durante algunos años. La primera caja contenía la colección completa de *Grandes Maestros del Crimen y Misterio*, de la editorial Orbis: unos libros de tapa dura, en colores negro, rojo y dorado.

Me gustaría decir que con esa colección empecé a leer a Patricia Highsmith o a Georges



Simenon, que son tal vez los autores con más prestigio literario de la serie, pero la verdad es que esas fueron lecturas posteriores. A mis doce o trece años, los escritores que me cautivaron y me convirtieron en un ávido lector de novelas de misterio fueron Agatha Christie, Chester Himes y, sobre todo, Rex Stout.

El detective de Stout, Nero Wolfe, es un hombre obeso y sibarita que muy rara vez sale de su casa. Su insistencia en no moverse es extrema, radical, casi absurda. Desde el sillón de su estudio, Wolfe resuelve los más enrevesados crímenes por pura especulación mientras su asistente (que es el narrador) hace el trabajo sucio y entrevista a sospechosos.

El detective Nero Wolfe fue el primer personaje inmóvil que me fascinó; el primero de una larga serie que, más adelante, habría de incluir al Bartleby de Herman Melville, a Estragón y Vladimir de *Esperando a Godot* o a Proust –que recuerda el pasado desde su cama–, entre otros.

La segunda caja de libros que heredé de mi tía era una enciclopedia de historia del arte. Tenía, si no recuerdo mal, veinte volúmenes en formato grande y con imágenes a color. Salvo por un par de tomos dedicados al arte asiático y precolombino, la enciclopedia era de arte europeo y estaba en francés: yo no entendía nada, pero pasaba muchas horas mirando las imágenes y fingiendo que leía los artículos. Mis tomos preferidos eran el del Renacimiento italiano y el del Surrealismo, del que llegué a memorizar todas las pinturas. La portada de ese tomo tenía una reproducción de *Eine kleine Nachtmusik* –o *Pequeña música nocturna*–, un cuadro de Dorothea Tanning que muchos años después fui a ver –como en una peregrinación que era también un regreso a mi infancia– en la Tate Modern de Londres.

Seguramente yo hubiera sido un lector más bien amateur, de novelas policiales y libros de aventuras, si no me hubiera topado a los doce años con Federico García Lorca, cuyos versos me parecían la traducción literaria de aquel cuadro de Tanning. En la escuela nos dejaron de tarea memorizar algún poema; yo encontré en el librero de mi madre un pequeño volumen rojo de la editorial Aguilar con la obra del poeta español. Elegí un poema titulado «El niño mudo» y lo repetí con ánimo ritual, como una especie de mantra, durante días: «El niño busca su voz. / (La tenía el rey de los grillos.) / En una gota de agua / buscaba su voz el niño.» La musicalidad de la poesía me obsesionó a partir de entonces, y de un día para otro abandoné las novelas de detectives y la enciclopedia de arte para volcarme a leer a Lorca, a Girondo y, poco después, a los estridentistas mexicanos, lo cual amerita un paréntesis sobre mi primera incursión en el mundo editorial.

Cuando tenía catorce años estudiamos las vanguardias para la clase de Español de la secundaria y el profesor tuvo una idea magnífica: dividió al grupo en equipos de cuatro personas y cada equipo escogió una vanguardia. Yo convencí a los integrantes de mi grupo de elegir el estridentismo, que era mucho menos popular que el surrealismo o el futurismo. La consigna era que teníamos que editar una antología de poemas de esa vanguardia y el formato del poemario debía tener una relación directa con la propuesta estética de la vanguardia. Así, por ejemplo, los que eligieron el futurismo hicieron una especie de coche de cartón con los poemas escritos sobre la carrocería. Los dadaístas creo que hicieron una portada en collage para su libro. Y nosotros, los estridentistas, decidimos que teníamos que causar algún tipo de revuelo para hacerle justicia a Manuel Maples Arce y Germán List Arzubide: compramos una cabeza de cerdo en una carnicería y, con la sangre del animal, le pegamos poemas estridentistas sobre la piel muerta, en la lengua y las orejas. La clase de Español era la primera del día, así que pudimos llegar con la

cabeza de cerdo antes de que empezara a oler mal. El profesor la vio sobre su escritorio y, horrorizado, leyó en voz alta el lema que el animal tenía pegado en la frente: «¡Viva el mole de guajolote!» Lo único que nos dijo fue que teníamos diez si nos llevábamos al cerdo de inmediato.

Mi biblioteca fantasma también está formada por los libros que he editado, y ese –la cabeza de cerdo estridentista– fue el primero: un libro efímero que existió el tiempo que tarda en descomponerse la carne; un tiraje de un solo ejemplar que me valió la mejor calificación de mi expediente (en el que los dieces eran raros) y una merecida fama de problemático.

Aunque he trabajado como editor desde hace quince años, y he publicado varios libros a lo largo de ese tiempo, creo que nunca he vuelto a tener un auténtico destello de genialidad editorial como ese que tuve a los catorce años.

La adolescencia de mi biblioteca tiene dos libros paradigmáticos, que leí casi al mismo tiempo aunque no tienen nada que ver uno con otro. Por un lado, *Más que humano*, de Theodore Sturgeon, en la edición de Minotauro. Por otro, *El corto verano de la anarquía*, de Hans Magnus Enzensberger. Ambos libros los leí durante un viaje a la selva, a mis diecisiete años, en el que también probé los hongos alucinógenos. El de Sturgeon, un clásico de la ciencia ficción, inauguró una veta de mi vida como lector que me llevó a Olaf Stapledon y a Bradbury, y que a veces, cuando me agarra la nostalgia, revisito –parodia mediante– en los libros de Kurt Vonnegut.

El de Hans Magnus Enzensberger me inflamó de heroísmo anarquista durante algunos meses. El libro –una especie de novela de no ficción– narra las gestas de Buenaventura Durruti, al frente de su columna, durante la Guerra Civil española. Entre julio y septiembre de 1936, el presidente de la Generalitat, Lluís Companys, entregó el poder de Cataluña a las fuerzas anarcosindicalistas que gobernaban de facto en las calles. Mi abuelo, que era un niño español atrapado por la guerra, estaba en Barcelona en ese momento, y hasta el día de hoy le gusta presumir de que vivió bajo el único gobierno anarquista de la historia. Mi bisabuela –es decir, su madre– había ido recogiendo niños huérfanos de familias republicanas de camino a los Pirineos, que pretendía cruzar para huir de la guerra. Mi abuelo, rodeado de pronto de una manada de chamacos asilvestrados, recorría las calles de la ciudad en medio del desmadre general, buscando casquillos de bala percutidos para vender a los compradores de chatarra. Estas historias me las contó mi abuelo porque me vio leyendo aquel libro de Enzensberger sobre Durruti.

Pero también de mi abuela guarda un recuerdo importante mi biblioteca. Mi abuela, María Teresa, se interesó por el psicoanálisis desde sus años de estudiante de Medicina, en el Madrid de la posguerra, y terminó ejerciendo de psicoanalista durante más de cuarenta años en la ciudad de Ginebra, adonde se mudó con su marido, huyendo de la cerrazón franquista, en los años cincuenta.

Como regalo de bodas, alguien le dio a mi abuela los tres primeros volúmenes de las obras completas de Sigmund Freud en la traducción de López Ballesteros, que era la única que existía entonces. Mi abuela subrayó profusamente esos libros durante décadas, antes de regalárselos a mi madre, quien a su vez los leyó y los subrayó antes de dárme los a mí.

Atesoro esos tres tomos como ningún otro ejemplar de mi biblioteca. En las varias capas de ese palimpsesto de mujeres lectoras que me preceden, en ese linaje femenino de anotadoras al

margen –de glosas y comentarios del padre del psicoanálisis–, está, elijo creer, el origen de mi vocación como narrador.

Con mi entrada a la edad adulta y a la carrera de Filosofía, en España, mi biblioteca personal se independizó por completo de la de mis padres y empezó a crecer a un ritmo más estable, alimentada por las lecturas obligatorias de la universidad. Pero además de deslumbrarme con *El origen de la tragedia*, de Nietzsche, y de arrugar las páginas del *Tractatus* de Wittgenstein durante varias noches de incompreensión exaltada, en esos cuatro años que viví en Madrid transcurrió, a costa de mis estudios, mi verdadera educación literaria. Leí *Residencia en la Tierra* de Neruda y luego perdí el libro en un concierto de Iggy Pop en el que también perdí el conocimiento. Leí a Beckett, a Virginia Woolf, a Simone de Beauvoir, a Peter Handke y a Robert Musil sacando libros de la biblioteca pública o robándolos de la Casa del Libro de la Gran Vía.

A los diecinueve años entré a hacer mis prácticas laborales a una revista cultural. Muchas editoriales mandaban a la redacción sus novedades, a fin de que se reseñaran, y mi jefe me dijo que podía llevarme cualquier libro de los que terminaban abandonados en la oficina. (Desde ese día, siempre he buscado trabajar en lugares donde me regalen libros, aunque a veces lamento no haber elegido un oficio donde me ofrezcan, más bien, seguro médico y ahorros para el retiro.)

En aquella revista, además de aprender a editar textos, descubrí que podía llamar por teléfono a las editoriales, decir que necesitaba cierto libro para un artículo, y en general me lo mandaban sin hacer preguntas. Con ese timo, mi biblioteca creció según mi capricho y sin gastar un peso. Entre los libros que más recuerdo de esa época están *Psicología y alquimia*, de Jung (editado por Trotta); *El hombre y lo sagrado*, de Roger Caillois, y *Edad de hombre*, de Michel Leiris.

En esos años empecé también mi primera colección bibliófila. En una librería de viejo de la calle San Bernardo encontré un librito de cuentos de Witold Gombrowicz, *La virginidad*, en una edición que me gustó mucho. Era parte de la colección Cuadernos Ínfimos de Tusquets, pero tenía un troquelado de pequeños orificios en forma de X en la portada. Se trataba de la serie Los Heterodoxos, dirigida por Sergio Pitol, quien vivió en Barcelona en la década de los setenta. Beatriz de Moura, directora editorial de aquella casa, le encargó a Pitol esa pequeña serie de clásicos no tan conocidos, y Pitol publicó, entre otros, a Oscar Wilde, a Tristan Tzara, a Raymond Rousell y a Macedonio. Tardé diez años en reunir los 19 títulos de la serie, que fui encontrando –sin buscar con demasiado ahínco– en librerías de viejo de México, Argentina y España. Esa serie es una de las pocas partes de mi biblioteca que conservo intacta y que he ido arrastrando de una mudanza a otra. No así la colección de diccionarios que amasé durante un tiempo, y de la que ya solo guardo el *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*, de Sebastián de Covarrubias, cuya definición de «tigre» es uno de mis cuentos favoritos de todas las épocas.

Volviendo al librito de Gombrowicz, el de *La virginidad*: fue también el libro que me llevó más adelante a leer los diarios del polaco, con los que se inauguró mi afición por la lectura de diarios personales, que hoy día está en el centro de mis intereses. Desde hace un par de años empecé a coleccionar diarios íntimos y retomé la escritura de mi propio diario, que empecé en la adolescencia y que llevaba varios años en pausa. Cesare Pavese, Pizarnik, Julio Ramón Ribeyro, Sylvia Plath, Tolstói, Katherine Mansfield, Salvador Elizondo, Anaïs Nin, Kafka, Susan Sontag, Gil de Biedma, Pessoa, Virginia Woolf, José Donoso, Jules Renard y André Gide son algunos de

los autores de esa pequeña colección. Mi biblioteca de diarios íntimos crece a razón de dos libros por mes, más o menos; libros que leo desordenadamente, nunca de un tirón, jugando a veces a que funcionan como un oráculo: leo cinco o seis entradas distintas correspondientes a un mismo día –por ejemplo, al 17 de octubre– y finjo que aquello tiene algún sentido adivinatorio.

Hace poco más de un año volví a vivir a la Ciudad de México después de pasar tres años en Montreal. Mi biblioteca, o lo que quedaba de ella, estaba repartida, sobre todo, en dos sitios: unas cajas de cartón en un departamento de mi mamá, al sur de la ciudad, y un par de libreros llenos que le dejé encargados a un amigo, en la colonia Roma.

Mi amigo perdió su casa en el terremoto del 19 de septiembre de 2017. Los libros –suyos y míos– cayeron al piso junto con fragmentos de muro, trozos de yeso y vidrios rotos. Mi amigo logró rescatar la biblioteca y se los llevó a otro departamento, en la colonia Narvarte, donde yo pasé a buscar mis ejemplares con un par de maletas grandes a finales del año pasado.

Mi biblioteca, ahora, convive con la biblioteca de Ana, mi pareja, que es hija de exiliados argentinos que huyeron a México por la dictadura militar. Nuestra biblioteca está organizada por orden alfabético de apellido del autor, sin distinción de géneros. Empieza en los libreros de la sala, que son los más grandes, continúa en el estudio, y el final del abecedario está en el pasillo, frente a la puerta del departamento. El orden alfabético traza un recorrido desde el ventanal hasta la puerta, siguiendo el sentido de las corrientes de aire.

Esa convivencia más o menos azarosa de nuestros libros ha reunido mi historia y la de mi familia con la de ella y los suyos. Nuestra biblioteca común es resultado de mudanzas, exilios, viajes y anécdotas que pasan por México, España, Argentina, Chile, Suiza y Quebec. No son muchos libros, pero entre todos, de alguna manera, dibujan una genealogía: la nuestra.

A veces Ana me cuenta el origen de uno de sus libros –las obras completas de Borges que su abuelo compró por entregas con el periódico, por ejemplo–. Otras veces le cuento yo la historia de esa primera edición que Raúl Zurita me dedicó hace años, durante un invierno santiaguino. Y así nos vamos leyendo, y nos conocemos más a fondo por la intermediación de los libros que tenemos o tuvimos.

## AGRADECIMIENTOS

Versiones anteriores de algunos textos aquí incluidos fueron publicadas en las siguientes revistas, antologías y libros de artista:

«Aviones sobrevolando un monstruo»: *Electric Literature*, agosto de 2016 (en traducción de Philip K. Zimmerman), y *El Malpensante*, septiembre de 2018. «Malcolm Lowry en el supermercado»: *Reporte SP*, marzo de 2016, y *BOMB!*, julio de 2016 (en traducción de Christina MacSweeney). «Regresar a La Habana»: *Reporte SP*, agosto de 2018, y en Varios autores, *Una pequeña ciudad mexicana en La Habana*, ed. de Rubén Gallo, Hypermedia, 2020. «Apuntes para la fetichización del silencio»: *Vano Sonoro* (vanosonoro.com), agosto de 2018. «Peregrinaje y arquitectura»: en Tatiana Bilbao, *Paisaje de fe: intervenciones arquitectónicas a lo largo de la Ruta del Peregrino en México*, Lars Müller Publisher/Tatiana Bilbao Estudio, 2018. «Historia secreta de mi biblioteca»: texto leído en la Biblioteca Ampersand el 17 de octubre de 2019 (Residencia de Escritores del Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires) y publicado después en el *Blog de Eterna Cadencia*, 14 de enero de 2020.

Agradezco a Mónica de la Torre, Ottessa Moshfegh, Christina MacSweeney, Philip K. Zimmerman, Harold Muñoz, Dwyer Murphy, Miguel Calderón, Tatiana Bilbao, Luis Felipe Fabre, Rubén Gallo, Juan Carlos Bautista, Pablo Soler Frost, Víctor Jaramillo, Antón Arrufat, Nayeli García, Guadalupe Nettel, Diego Erlan, Valeria Tentoni, Emilio Hinojosa y Jorge Solís Arenazas por provocar la escritura de algunos de estos textos (o de otros, anteriores, que les sirvieron de base), por ser sus editores o primeros lectores y por enriquecerlos con sus correcciones, traducciones o sugerencias. Agradezco a The MacDowell Colony, al Omi International Center for the Arts y a la Residencia de Escritores del MALBA, bajo cuyos auspicios escribí algunos de los textos aquí incluidos; al Eccles Centre, el Hay Festival y la Biblioteca Británica, con cuyo apoyo pasé un tiempo leyendo sobre Cuernavaca en Londres; al Departamento de Español de la Universidad de Princeton, que financió mis dos viajes a La Habana, y a los drogadictos en rehabilitación de la isla de Montreal.

1. *Overlay: Contemporary Art and the Art of Prehistory*, The New Press, Nueva York, 1995. (Citado por Rebeca Solnit en *Wanderlust*.)
2. «Ítaca», traducción de Pedro Bádenas de la Peña. En C. P. Cavafis, *Antología poética*, Alianza Editorial, Madrid, 1999.
3. El diario de la peregrinación de Herzog es *Of Walking in Ice*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 2015.
4. Luc Chantre, Paul D'Hollander y Jérôme Grévy (coords.), *Politiques du pèlerinage. Du XVIIe siècle à nos jours*, Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 2014.
5. Por ejemplo, a la tumba de Mussolini, que atrae a unos 24.000 peregrinos anuales de acuerdo con Giovanni Sedita (*ibid.* p. 341).
6. *Wanderlust. A History of Walking*, Penguin, Nueva York, 2000.
7. Heidegger, en la lírica y abstrusa traducción de José Gaos: *El ser y el tiempo*, FCE, México DF, 1951.
8. «He's neutral», en *Criminal*, episodio 15: <http://thisiscriminal.com/episode-15-hes-neutral/>
9. *Las ciudades invisibles*, traducción de Aurora Bernárdez, Siruela, Madrid, 1997.
10. «Kumbh Mela festival», en BBC News India (<http://www.bbc.com/news/world-asia-india-20935019>, consultado el 15 de agosto de 2016). Y «Official Website of Kumbh Mela 2013» ([http://kumbhmelaallahabad.gov.in/english/kumbh\\_at\\_glance.html](http://kumbhmelaallahabad.gov.in/english/kumbh_at_glance.html), consultado el 15 de agosto de 2016).
11. Alberto Pelissero, Nicoletta Celli *et al.*, *Pellegrinaggi*, Mondadori Electra, Milán, 2011.

Edición en formato digital: abril de 2021

© imagen de cubierta, lookatcia

© Daniel Saldaña París. Por acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency, S. L., 2021

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2021

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4271-5

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

[anagrama@anagrama-ed.es](mailto:anagrama@anagrama-ed.es)

[www.anagrama-ed.es](http://www.anagrama-ed.es)